

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LV - Núms. 807-808
Septiembre-Octubre 1998

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Depósito Legal: B-15860-58

**Cincuenta años del Estado de Israel.
A la luz de la teología de la Historia**

J.MªA.R.

**San Pablo anuncia el cumplimiento
de las promesas**

La autorredención de Israel

José-Javier Echave-Sustaeta del Villar

La gloria de Israel

**Cien años de sionismo: del sueño
a la realidad**

**El pensamiento religioso de Israel
expuesto por Ben Gurion**

Juan Manuel Igartua (†)

María, esperanza de Israel

Ana Díaz

**Los contenidos de la esperanza
cristiana y la teología de la Historia**

Antonio Prevosti Monclús

**El templo de Jerusalén,
centro de la vida judía**

Jorge Soley Climent

El postulado de los hermanos Lémann

**San Ignacio de Loyola, peregrino
en Tierra Santa**

Santiago Fernández Fernández

**Las grandes corrientes religiosas
y políticas del mundo judío**

Jorge Soley Climent

Una judía en los altares: Edith Stein

Miguel Ferrer Flórez

**Tres testimonios: Juan María Lustiger,
Teodoro Ratisbona y Eugenio Zolli**

J.J.E.S.

Un peregrino en Tierra Santa

Miguel Ángel Belmonte

Actualidad religiosa

**El hogar de Nazaret, una escuela abierta
a las familias**

J.M.B.

Hace cincuenta años

CINCUENTA AÑOS DEL ESTADO DE ISRAEL

A LA LUZ DE LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

El 14 de mayo de este año se cumplió el cincuenta aniversario de la proclamación de independencia del nuevo Estado de Israel y CRISTIANDAD ha querido, una vez más, dedicar sus páginas a reflexionar sobre el «misterio de Israel» con la profunda convicción, siguiendo las enseñanzas del P. Orlandis, de que sólo a la luz de la teología de la Historia es posible comprender la importancia y significado de este hecho.

No hay ningún precedente histórico semejante al del pueblo judío: ha vivido en la dispersión durante casi dos mil años; ha estado en contacto con culturas y pueblos muy diversos; ha disfrutado, en ciertas ocasiones, de una influencia social muy destacada, mientras que en otras ha sufrido las más terribles persecuciones; pero, en cualquier caso, ha conservado su identidad y esperanzas de restauración política... El carácter tan singular de este pueblo va unido a su conciencia de pueblo elegido que vive en la esperanza de la realización de antiguas promesas, que tiene un cometido único en la historia con trascendencia para toda la humanidad. Particularismo y universalismo conforman de una modo muy especial la conciencia de este pueblo. Este tipo de consideraciones sociológicas pueden ayudar a entender cómo ha sido posible el retorno del pueblo judío a su tierra original; no obstante, son del todo insuficientes; no nos explican el origen de esta conciencia totalmente singular, unida a una vocación universal; ni siquiera nos dan razón del hecho, tanta veces repetido en los últimos decenios, de encontrarse el actual Estado de Israel en el centro de la política internacional.

Entre los hechos y actitudes que, a partir de fines del siglo pasado, fueron preparando la formación del nuevo Estado de Israel, destaca por su importancia decisiva y protagonismo el proyecto sionista, cuya inspiración ideológica es muy semejante a la de otros movimientos políticos de la Europa contemporánea. Nacionalismo y socialismo, unidos en su fin intrínsecamente secularizador, son las dos vertientes fundamentales del sionismo. Ante la alternativa, que se plantea desde finales del siglo XVIII a las comunidades judías en Europa, de asimilarse política y culturalmente al pueblo donde viven o conservar la esperanza del retorno y restauración de

Israel, el sionismo quiere utilizar ambas tendencias y al mismo tiempo superarlas. La total asimilación a la cultura europea moderna, inspirada en los ideales de la Ilustración y de la Revolución francesa, sólo se realizará cuando puedan constituir como las demás naciones su propio estado soberano. Parece repetirse aquella actitud que el pueblo de Israel manifestó en la petición dirigida al profeta Samuel: «Haznos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones». Y después de anunciarles el profeta las consecuencias dolorosas que les sobrevendrá si se lleva a cabo su demanda, insisten: «Tendremos un rey, nosotros seremos también como los demás pueblos». Esta voluntad de «ser igual» no significa perder su carácter singular, del que eran muy celosos, sino quererlo fundar en sus propios medios y confiarlo exclusivamente en sus fuerzas. En las palabras de Yahvé a Samuel encontramos la explicación de esta actitud: «No te han rechazado a ti —le dice Yahvé al profeta humillado—, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos». Desde esta perspectiva, la creación del nuevo estado significaría la realización más radical de los proyectos secularizadores. El pueblo judío se habría finalmente asimilado a «los demás pueblos». Así lo expresa la declaración de independencia del 14 de mayo de 1948: la soberanía del nuevo Estado es la realización de la voluntad del pueblo judío de «ser dueños de su propio destino como todas las demás naciones».

El sionismo laico y secularizador tuvo el protagonismo pero no habría podido realizar sus proyectos sin tener en cuenta la tradición religiosa de este pueblo. En la mencionada declaración de independencia también se alude a ella de forma muy explícita: «Después de ser exilados por la fuerza de su tierra, el pueblo mantuvo la fe en ella durante su Dispersión y nunca dejó de orar y tener esperanza en su regreso a la misma y en la restauración en ella de su libertad política».

La oración a que hace referencia se ha nutrido de la lectura de la Biblia, especialmente de los profetas y de los salmos, alimentando su esperanza durante los siglos que han vivido en la diáspora. Cuántas veces habrán repetido muchos judíos las palabras del salmista: «¿Hasta cuándo Yahvé me olvidarás? ¿Por siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?» «Sálvanos Yahvé Dios nuestro, reúnenos entre las naciones». Y debían sentirse reconfortados recordando: «Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé, el pueblo que se escogió por heredad», esperando el día en que podrían pregonar la realización de sus esperanzas: «Yahvé ha dado a conocer su salvación, a los ojos de las naciones ha dado su justicia, se ha acordado de su amor y lealtad para con la casa de Israel»; es decir, proclamar el cumplimiento de lo anunciado por los profetas: «Yo recogeré el Resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las empujé, las haré tornar a sus estan-

cias, criarán y se multiplicarán». La restauración anunciada por los profetas no era meramente volver a reunirse en la tierra de sus antepasados, en la tierra dada por Dios su pueblo; significaba también volver a poder alabar al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob en su templo reconstruido en la ciudad de Jerusalén. Esperaban el cumplimiento de las profecías mesiánicas vinculadas a la restauración de Israel, la realización de lo anunciado por el profeta Ezequiel: «Cuando los traiga de entre los pueblos y los recoja de los países de sus enemigos, manifestaré en ellos mi santidad a los ojos de numerosas naciones, y sabrán que yo soy Yahvé su Dios cuando, después de llevarlos al cautiverio, los reúna en su tierra sin dejar allí ninguno de ellos».

El cumplimiento de las profecías mesiánicas significaba, al mismo tiempo, la venida del Mesías esperado, la restauración de Israel, y la realización de los bienes mesiánicos anunciados por los profetas para su pueblo y para toda la humanidad. Es la esperanza proclamada por el anciano Tobit antes de morir: «Dios tendrá una vez más compasión de ellos y los volverá a la tierra de Israel; construirán de nuevo la Casa, aunque no como la primera, hasta que se cumplan los tiempos; entonces volverán todos del destierro, edificarán una Jerusalén maravillosa y construirán en ella la Casa de Dios, como lo anunciaron los profetas de Israel. Todas las naciones se volverán a Dios en verdad y le temerán; abandonarán los ídolos que les extraviaron en la mentira de sus errores y bendecirán al Dios de los siglos en justicia. Todos los hijos de Israel salvados aquellos días se acordarán de Dios en verdad, se reunirán e irán a Jerusalén y les será dada la tierra de Abraham que ellos habitarán por siempre y en seguridad».

En nuestros días la restauración política de Israel no ha significado la realización de lo anunciado por los profetas. De nuevo, el pueblo judío ha querido mostrarse a sí mismo y a todos los pueblos que el fundamento de toda la esperanza radicaba en su perseverante esfuerzo para mantener su identidad y ser dueños de su destino. En la declaración de Independencia las mismas Escrituras son presentadas, con un lenguaje pretendidamente ambiguo, como el fruto más significativo de este pueblo: «Aquí —refiriéndose a Palestina— alcanzaron por vez primera su condición de Estado, crearon valores culturales de significado nacional y universal y dieron al mundo el eterno Libro de los Libros». La gloria de Israel no es el Mesías esperado, sino su nuevo Estado, que también desearían orgullosamente que fuera la «luz de las naciones».

A pesar de las intenciones de los hombres que no quieren aceptar el don divino y reconocer los designios de misericordia que ha tenido con todos los pueblos y de un modo especial con su pueblo; a pesar de que el Verbo «vino a su casa y los suyos no le recibieron», hay que

recordar las palabras de san Pablo: «los dones y la vocación de Dios son irrevocables. Pues Dios encerró a todos los hombre en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia». Estos designios de misericordia son los anunciados también por san Pablo: «si su caída ha sido riqueza para el mundo y su mengua riqueza para los gentiles ¿qué no sera de su plenitud... porque si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué será de su readmisión sino su resurrección entre los muertos?... Pues no quiero que ignoréis este misterio, no sea que presumáis de sabios, el endurecimiento de Israel durará hasta que entre la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo». Esta es la esperanza que también proclama la Iglesia en el concilio Vaticano II: «Con los profetas y con el mismo Apóstol, la Iglesia espera el día, que sólo Dios conoce, en el que todos los pueblos aclamarán al Señor con una sola voz y le «servirán como un solo hombre (Sof 3,9)».

Con san Pablo repetimos: «cuán insondables son los designios de Dios e inescrutables sus caminos». Y al mismo tiempo, ¿cómo no reconocer que Dios va realizando sus designios por caminos muy ajenos a la voluntad de los hombres?

El pueblo judío ha logrado su restauración política y

la presenta al mundo como la realización de sus esperanzas mesiánicas. Su actitud responde a la lógica mundana que, como afirmaba recientemente Juan Pablo II, «está orientada a buscar signos que confirmen el deseo de autoafirmación y de poder del hombre»... forma parte de la «tentación diabólica de servirse de medios mundanos para realizar la venida del reino de Dios». Pero, al reunirse los hijos de Israel en la tierra prometida, ¿no estará Dios preparando las circunstancias que hagan posible la conversión del pueblo elegido?

El pasado 11 de octubre la Iglesia vivió la alegría de la proclamación de una nueva santa carmelita, Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz. «Una eminente hija de Israel, e hija fiel de la Iglesia —dijo el Santo Padre—. Junto a Teresa de Ávila y a Teresa de Lisieux, esta otra Teresa se sitúa entre la multitud de santos y santas que honran a la Orden carmelita». Ante este signo de los tiempos, una nueva primicia de la conversión de Israel realizada bajo la protección de la Virgen del Carmelo, tenemos un motivo más para renovar nuestra esperanza, de intensificar nuestra oración: «Ven Señor Jesús. Ven, Señor, no tardes».

J.M^a.A.R.

La plenitud de los judíos

La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia (cf. Rom 11,31), se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (Rom 11,26; Mt 23,39) del que «una parte está endurecida» (Rom 11,25) en «la incredulidad» (Rom 11,20) respecto de Jesús. San Pedro dice a los judíos de Jerusalem después de Pentecostés: «Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de los profetas» (Hch 3,19-21). Y san Pablo le hace eco: «Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (Rom 11,5). La entrada de «la plenitud de los judíos» (Rom 11,12) en la salvación mesiánica, a continuación de «la plenitud de los gentiles» (Rom 11,25; cf. Lc 21,24), hará al Pueblo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (Ef 4,13) en la cual «Dios será todo en nosotros» (1Cor 15,28).

(Catecismo de la Iglesia católica, núm. 674)

San Pablo anuncia a Israel el cumplimiento de las promesas

(*Epístola a los Romanos, cap. 11*)

Digo, pues: ¿por ventura repudió Dios a su pueblo? ¡Eso, no! Que también yo israelita soy, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No repudió Dios a su pueblo, en quien de antemano puso los ojos. ¿O no sabéis qué dice en «Elías» la Escritura, cómo interpela a Dios contra Israel? «Señor, a tus profetas mataron, tus altares socavaron; y quedé yo solo, y acechan a vida». Mas, ¿qué le dice el oráculo? «Me reservé siete mil hombres, quienes no doblaron la rodilla ante la imagen de Baal». Pues así también en el tiempo presente ha quedado un residuo según la selección de la gracia. Ahora bien, si es por gracia, ya no es por obras; que si no, la gracia ya no resulta gracia. ¿Luego qué? Que lo que busca Israel, eso no lo alcanzó, mientras que la selección lo alcanzó; cuanto a los demás, se endurecieron según que está escrito: «Dióles Dios espíritu de embotamiento, ojos de no ver y orejas de no oír, hasta el día de hoy.» Y David dice: «Tórneselos su mesa en lazo, y en red, y en ocasión de tropiezo y en justo pago; entenebrézcense sus ojos para no ver, y su espalda dobléjala continuamente.» ¡Digo, pues: ¿acaso tropezaron para caer? ¡Eso, no! Mas por su caída ha venido la salud a los gentiles para meterles celos. «Pues ya, si su caída es riqueza del mundo, y su mengua, riqueza de los gentiles, ¿cuánto más no será su plenitud?

A vosotros lo digo, los gentiles. En tanto, pues, que yo soy apóstol de los gentiles acredito mi ministerio, por si de algún modo meto celos a los de mi sangre y salvo a algunos de entre ellos. Porque si su repudio es reconciliación del mundo, ¿qué será su acogimiento sino un retornar de muerte a vida? Y si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas. Que si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado en ellas, y entraste a participar con ellas de la raíz y de la grosura del olivo, no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces, no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a ti. Dirás, pues: Fueron quebradas las ramas para que yo fuese injertado. Muy bien: por

la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes... No seas altanero, antes teme. Pues si a las ramas naturales Dios no perdonó, no sea que tampoco te perdone a ti. Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: con los que cayeron, la severidad; contigo, la bondad de Dios, con tal de que te mantengas en la bondad; que si no, también tú serás cortado. Y ellos a su vez, si no persistieren en la incredulidad, serán injertados. Que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los naturales, serán injertados en el propio olivo?

Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio —para que no seáis prudentes a vuestros ojos—, que el encallecimiento ha sobrevenido parcialmente a Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado; y así, todo Israel será salvo, según que está escrito: «Vendrá de Sión el Libertador, removerá de Jacob las impiedades». «Y ésta será con ellos la alianza de parte mía, cuando hubiere quitado sus pecados». Respecto del Evangelio, son enemigos en atención a vosotros; mas por lo que toca a la selección, son amados en atención a sus padres; pues son sin arrepentimiento los dones y la vocación de Dios. Porque como vosotros fuisteis un tiempo rebeldes a Dios, mas ahora fuisteis objeto de misericordia con ocasión de la rebeldía de ellos, así también ellos ahora fueron rebeldes con ocasión de la misericordia hecha a vosotros, para que también ellos ahora sean objeto de misericordia. Porque a todos igualmente encerró Dios dentro de la rebeldía, para usar de misericordia con todos.

¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e irrastreables sus caminos! Pues, «quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién se hizo consejero suyo?» «¿O quién le dio primero, y se le pagará en retorno». Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas: a él la gloria por los siglos. Amén.

LA AUTORREDENCIÓN DE ISRAEL

«Los huesos se habían juntado, se cubrieron de tendones y crecía carne y, sobre ella, piel; pero carecían de espíritu» (Ez 37,8)

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA DEL VILLAR

La proclama fundacional del nuevo Estado

El 14 de mayo de 1948 David Ben Gurion, primer ministro del Gobierno Provisional, proclamaba así la fundación del Estado de Israel:

«La tierra de Israel ha sido la cuna del pueblo judío. Allí se formó su personalidad espiritual, religiosa y nacional, allí realizó su independencia, creó una cultura de ámbito nacional y universal, y allí escribió la Biblia para darla al mundo entero.

»Exilado de Palestina, el pueblo judío le permaneció fiel en todos los países de su dispersión, no cesando nunca de esperar ni de rezar para que llegara el día de su retorno y restauración de su independencia nacional.

»Movido por estos factores históricos, *los judíos durante siglos se esforzaron por regresar al país de sus antepasados y reformar su Estado. Durante el curso de estas últimas décadas, volvieron en masa, fertilizaron el desierto, hicieron revivir su lengua, construyeron ciudades y aldeas, y establecieron una comunidad vigorosa en constante crecimiento, poseyendo economía y vida cultural propia. Desearon siempre la paz, aun cuando prestos siempre a defenderse, llevaron a todos sus habitantes los beneficios del progreso».*

Tras señalar como hitos singulares de los últimos cincuenta años el primer Congreso Sionista de 1897, inspirado por Teodoro Herzl, la Declaración Balfour de 1917 y la votación de la Asamblea de las Naciones Unidas del 29 de noviembre de 1947, prosigue:

«Por consiguiente, nosotros, miembros del Consejo Nacional, representando al pueblo judío de Palestina y al movimiento sionista mundial, reunidos en asamblea solemne, en virtud de los derechos naturales e históricos del pueblo judío y de la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, proclamamos el establecimiento del Estado Judío en Palestina, y le llamamos Israel. El Estado de Israel fomentará el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los preceptos de justicia, de libertad y de paz, enseñados por los profetas hebreos... Llamamos a los judíos del mundo entero a unirse a nosotros en la tarea de la inmigración y

desarrollo, y a sostenernos en la gran lucha para la realización del sueño secular: la redención de Israel.

»*Poniendo nuestra confianza en Dios Omnipotente, firmamos esta Declaración... en el quinto día del mes de Iyar de 5708, 14 de mayo de 1948».*

Hemos subrayado las frases que, como comentaba Luis Creus Vidal en *CRISTIANDAD* en noviembre de 1966, evidencian que tal proclama nacionalista no la habrían suscrito ni Zorobabel ni Matatías. Su alusión a los Profetas y a la Biblia no es sino una glorificación del genio nacional de su pueblo. La fidelidad a lo largo de los siglos no habría sido a Yahvé sino a la tierra de Palestina, y la única alusión final a la confianza en Dios omnipotente tiene un tibio sabor más deísta que religioso. No parece, pues, la declaración de un pueblo que se siente pueblo de Dios, que confía en Él más que en sus propias fuerzas, ni que espera a Mesías alguno, pues las anunciadas bendiciones mesiánicas las trae y traerá el propio pueblo judío, que es el protagonista, y al que se le convoca a realizar la tarea aún pendiente: la autorredención de Israel.

La tentación de convertir la elección de Dios en privilegio dominador

Dice la Declaración de Independencia: «Desearon siempre la paz, aun cuando prestos siempre a defenderse, llevaron a todos sus habitantes los beneficios del progreso». Pero la historia de los años que la precedieron, y las cinco décadas transcurridas desde entonces, han puesto de manifiesto que el actual Estado de Israel ha surgido políticamente, y se ha ido expansionando, no en la paz mesiánica que anunciaron los profetas, sino entre la sangre, el odio, el terrorismo y la guerra, primero frente a la potencia mandataria, y luego frente al pueblo palestino y sus vecinos árabes. A su tentación secularizada nacionalista y dominadora se le podría aplicar lo que dice el Cardenal Lustiger en su libro *La elección de Dios*: «El pueblo judío existe porque Dios lo ha elegido. No tiene ninguna otra razón de existir, ni siquiera el sentimiento

nacional... Su elección concierne al designio de Dios sobre la humanidad... Dios es quien ha otorgado la gracia a Israel y le ha dado la existencia para la salvación de toda la humanidad, para la venida de su Reino... pero la elección no es un privilegio para un pueblo determinado. El nazismo pervirtió la noción de pueblo elegido en un mesianismo infernal, porque no está orientado a Dios, sino al contrario, hacia el superhombre, y por lo tanto hacia la aniquilación del resto de la humanidad. El nazismo identifica elección y dominación, elección y privilegio».

«Mantener aislado es mantener en reserva»

Sigue diciendo la Declaración: «Exilado de Palestina, el pueblo judío le permaneció fiel en todos los países de su dispersión, no cesando nunca de esperar ni de rezar». Aunque literalmente la fidelidad se seculariza y no es ya a Yahwé, sino a Palestina, se refiere a la larga etapa, y a la doctrina del gueto, que preservó la existencia diferenciada de Israel durante siglos. De ella dice el Cardenal Lustiger: «El aislamiento de Israel es un misterio. Ahora bien, mantener aislado es mantener en reserva. El que está aislado está escondido en la mano del Señor con el fin de servir a los designios de Dios». Los judíos religiosos amaban el gueto; en él se sentían pueblo elegido sufriente y expectante. Sus límites expresaban cómo un abismo infranqueable separaba a Israel de los demás pueblos, ya que incumbía a los judíos, hasta la venida del Mesías, permanecer inertes y ser considerados en todas partes como extranjeros. Con la Revolución francesa llegó la concesión de derechos cívicos, cayó la barrera protectora y humillante del gueto, pero comenzó otro peligro más grave para Israel, el riesgo de desaparición por asimilación.

«Oyóse un gran estrépito, y los huesos se juntaron unos con otros»

Hace ahora un siglo, en los planes de Dios para la salvación de la humanidad suena una de las horas señaladas por su providencia misericordiosa para con su pueblo. De manera insospechada y mediante protagonistas no religiosos, pero que realizan cumplidamente su tarea, pone fin a una etapa, la de la secular diáspora del judío errante, haciendo surgir en su seno el irresistible deseo de dignificarse, reunirse y ponerse en marcha hacia algún lugar seguro, sin saber muy bien a dónde.

Algunos miles de judíos piadosos habían emigrado ya a Palestina y malvivían allí, pero no arranca de ellos la raíz del actual Estado de Israel, sino del sionismo eu-

ropeo. Este movimiento fue promovido por judíos que habían secularizado la esperanza mesiánica y que personalmente no sentían interés especial por el duro suelo de Palestina. Eso sí, querían acabar con la diáspora de los judíos en Europa, atajando los dos graves peligros coexistentes: la asimilación y los pogroms.

En el último siglo de historia del pueblo judío, misteriosamente despertado por Dios de su secular letargo, para ponerle en marcha hacia su misión, la Providencia esta vez no se ha valido de un Moisés, amigo de Dios, fiel a sus mandamientos, sino de otros instrumentos humanos que, como Nabucodonosor —«Mi siervo»—, con sus propios proyectos orgullosos y deletereos, y a veces antiteísticos, han cubierto al cabo, sin pensarlo ni quererlo, una etapa de las previstas por Él. La Declaración que comentamos señala tres de estos instrumentos: Teodoro Herzl, Gran Bretaña y su Declaración Balfour, y la Resolución de las Naciones Unidas de 1947.

Teodoro Herzl: «Los judíos deben tener una patria»

«En el año 1897, el primer Congreso Sionista, inspirado por la visión de Teodoro Herzl de un Estado judío, proclamó el derecho del pueblo judío a un renacimiento en su propio país.»

El primero y prototipo de estos instrumentos de la Providencia fue en verdad Teodoro Herzl, judío austriaco de clase media alta, cultivado, agnóstico y amante de vivir bien, que se hallaba en su salsa en la Viena de los Habsburgo, y era el modelo de un judío asimilado, que nunca quiso aprender a hablar hebreo, pues le habría gustado que la lengua de Israel fuera el alemán. Estuvo en Palestina sólo una vez y le pareció un lugar espantoso por lo atrasado. El joven periodista que escribía en revistas de todo Europa, se hallaba cubriendo en París la información del caso Dreyfus, cuando tuvo que oír a turbas enfurecidas que gritaban: «¡Mueran los judíos!». En aquel momento comprendió el fracaso de la asimilación y, con él, el de su propia existencia, y creyó oír una voz interior: «los judíos debían tener una patria». Escribió en tres días su apasionado sueño en un libro, *El Estado judío*, publicado en 1896, en el que denunciaba el fracaso y la imposibilidad de la asimilación, y reconocía que el judío, por muy francés, alemán, ruso o inglés que se sintiera, siempre sería un extranjero, un ser aparte, que era mirado por sus huéspedes con rencor y suspicacia. Había que crear un Estado judío independiente en algún lugar, de preferencia en Palestina.

En Europa, tanto los ricos y poderosos judíos asimilados, como los ortodoxos fueron hostiles a su idea y le negaron toda ayuda. Sólo los pobres judíos rusos y pola-



Hayyim Weizmann, primer presidente de Israel

cos «Amantes de Sión» creyeron en él y le pidieron que los guiara, aunque luego le abandonarían al ofrecerles sólo Uganda como nueva tierra de promisión. Moría desengañado a los 44 años.

La gran Inglaterra calvinista, vencida por el minúsculo Israel

Sigue la Proclama: «Tal derecho fue reconocido por la Declaración Balfour de 2 de noviembre de 1917 y reafirmado por el Mandato de la Sociedad de Naciones, quien concedió un reconocimiento internacional explícito a las relaciones históricas que unen al pueblo judío a Palestina, y a su derecho a reconstruir su Hogar Nacional.»

Aparece en escena el segundo protagonista: el Imperio británico. Habría que remontarse a los tiempos de Cromwell para entender el vínculo que ha unido a los judíos y Gran Bretaña, haciendo de Londres su centro de influencia mundial: el orgullo del puritanismo calvinista de pertenecer a un pueblo, el inglés, destinado también por Dios a dominar a los demás y a enriquecerse a su costa, como signo de su predestinación. Cromwell supo revestir con un motivo religioso —la protección del pueblo elegido del Antiguo Testamento por el elegido del Nuevo Testamento—, la pretensión británica de hegemonía mundial y, como buen puritano, además pensó en los grandes beneficios económicos que le reportaría el retorno del pueblo expulsado hacía cuatro siglos. Así el

judaísmo volvió a Inglaterra de la mano del puritanismo, y con él la sede del comercio mundial.

A la muerte de Teodoro Herzl, Hayyim Weizmann, otro intelectual polaco asimilado, intentó ocupar su puesto como líder de la causa sionista, poniéndola esta vez bajo la protección del Imperio británico, del que conseguiría en su momento arrancarle un papel que los futuros constructores del Estado de Israel esgrimirían como su gran fundamento jurídico, la Declaración Balfour.

Weizmann sembró en Londres la semilla de la patria judía en Palestina entre sus amigos David Lloyd George, Winston Churchill y Arthur Balfour, quienes por reminiscencias calvinistas, aún teniendo simpatía por su causa, pensaban más en consolidar la hegemonía del Imperio en Oriente Medio y en que, una vez desaparecido el decadente Imperio turco, los judíos, que tenían un uso político, se podrían utilizar en beneficio propio.

Mediada la primera guerra mundial, la situación de Inglaterra y sus aliados era preocupante. Sólo la entrada de Estados Unidos en guerra podía cambiar el signo de los acontecimientos. Weizmann se comprometió a conseguirlo a través de la influencia de sus correligionarios en América, pero pidió a cambio que Inglaterra garantizase la creación de una patria judía en Palestina. Así fue. América entró en guerra, los Imperios Centrales alemán, austriaco y turco fueron derrotados, y al cabo de siete siglos la bandera de la media luna dejó de ondear sobre Jerusalén. El Gobierno inglés, pese a sus reservas, no tuvo más remedio que publicar en 1917 la extraña Declaración Balfour, un documento diplomático del viejo estilo, informal y ambiguo en el que no se comprometía realmente a nada, siendo sólo una manifestación de buenas intenciones, ya que su núcleo —*el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío*— podía entenderse de modo distinto, según conviniera en cada momento. Weizmann sabía lo poco que suponía la Declaración Balfour, pero no teniendo nada más a qué agarrarse, decidió que había que convertirlo poco menos que en la nueva tabla de la ley cincelada en piedra: el instrumento de legitimidad política, la piedra angular sobre la que se construiría el futuro Estado de Israel.

En el reparto que se fraguó en el Tratado de Versalles en 1920, Inglaterra exigió en su lote el Mandato sobre Palestina, medio para llevar a cabo su ambigua Declaración de 1917, aunque su deseo real era el de asegurar su imperio en Oriente Próximo y el camino de la India, en el que los árabes y su petróleo pesaban más que los pobres emigrantes judíos. Una vez más, la peculiar habilidad de los estadistas ingleses fue la de presentar sus intereses cubiertos con la capa externa de un ideal altruista de bien común. Disraeli dijo una vez a Gladstone: «No me opongo a que mi honorable amigo se guarde un quinto as

en la manga, pero protesto contra su sugerencia de que el Señor lo puso allí». El genio de los estadistas ingleses consiste en convencer a los demás de que el quinto as aparezca no sólo como legal y justo, sino además como sagrado.

Inglaterra cierra el Hogar Nacional al Israel perseguido

El Gobierno Mac Donald, viendo venir la segunda guerra mundial, optó por cortejar a los árabes, y empezó a interpretar la Declaración Balfour en el sentido temido por los sionistas de que establecer un Hogar Nacional en Palestina no quería decir transformar Palestina en Hogar Nacional judío. Comenzó a hablarse de partición. En 1939, en vísperas de la guerra, y en pleno auge de Hitler, el Gobierno Chamberlain fijaba oficialmente la nueva interpretación del «Hogar Nacional» en su Libro Blanco: Los judíos permanecerían en Palestina en minoría. Se suspendió la inmigración y la compra de tierras. En definitiva, Inglaterra cerró a los judíos acosados el refugio de Palestina, precisamente en el momento en que comenzaba la mayor persecución de la historia contra su pueblo y, pese al exterminio a que fue sometido, cerró los ojos y los oídos al grito de la sangre, desentendiéndose totalmente de su suerte, y manteniendo herméticamente cerradas para ellos las puertas del otrora prometido Hogar Nacional. Las tornas no se harían esperar.

Los judíos no tenían entonces alternativa. Treinta mil, dice Ben Gurion, lucharon contra Hitler al lado de Inglaterra, como si no hubiera habido Libro Blanco, y luchamos contra el Libro Blanco, como si no hubiera habido guerra. Estos combatientes, y los huidos del holocausto que pudieron llegar clandestinamente a Israel, formarían luego las bases de la feroz violencia terrorista que a sangre y fuego doblegó el orgullo inglés y les hizo retirarse de Palestina con el rabo entre piernas. Al cabo de treinta años de Mandato se derrumbaba el maquiavelismo de la Declaración Balfour vencido por la misteriosa fuerza de aquel pueblo minúsculo e insignificante, al que había querido engañar y utilizar en su provecho. Al día siguiente de su retirada, el 15 de mayo de 1948, comenzaba el tercer acto de esta historia: el primer gran enfrentamiento armado entre árabes y judíos.

Inglaterra, en su ceguera teológica calvinista de poner el Reino de Dios al servicio de su reino terreno, no había comprendido que Israel, preservado misericordiosamente por la mano de Yahvé, no era la India o el Sudán, un pueblo que pudiera utilizarse como moneda de cambio al servicio de intereses nacionalistas o imperiales. Pocos años más tarde, el Imperio británico desaparecería de la historia.

El comunismo antiteísta, partero del Estado de Israel

«El 29 de noviembre de 1947 —sigue la Proclama de Independencia— la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó una Resolución aprobando el restablecimiento de un Estado Judío independiente en Palestina».

Anunciada la retirada de Inglaterra, los países árabes vecinos, confiados en su superioridad numérica y en un presunto apoyo, o al menos neutralidad soviética, rechazaron todo proyecto de partición, creyendo que echar al mar a los judíos era cuestión de días. Pero éstos, por el contrario, sostenidos por Estados Unidos, aceptaron de entrada cualquier reparto que les asegurase una cabeza de puente, que posteriormente ya se encargarían de ir agrandando. Las cancillerías diseñaban mapas y fronteras, que la diplomacia barajaba y subastaba. La cuestión decisiva iba a ser la actitud de la Unión Soviética. ¿Aceptaría o no Stalin la creación de un Estado judío en Palestina? Recientes estaban las purgas stalinistas de tantos dirigentes comunistas judíos, y su irreconciliable enfrentamiento a muerte con Trostky. El patrocinio americano al proyecto en plena guerra fría hacía prever la oposición rusa y su apoyo a la nación árabe. La Agencia Judía temía una negativa soviética frontal, que hubiera dado al traste con la repartición. Pero, misteriosamente —mejor, providencialmente—, no sólo no fue así, sino que la URSS de Stalin apoyó decididamente y de la mano con los Estados Unidos el nacimiento del nuevo Estado de Israel. Razones se han dado muchas, pero ninguna muy convincente. Gromiko en la Asamblea de la ONU en la primavera de 1947 habló de la quiebra del sistema de mandato y de los sangrientos disturbios, pero lo que la URSS deseaba era la quiebra del régimen colonial británico y su desenlace en una situación revolucionaria. Los laboristas ingleses en el poder tachaban a Ben Gurion de bolchevique porque los violentos jóvenes nacionalistas judíos, todos de izquierdas, proclamaban que cualquier cosa sería mejor que la imperante perfidia británica. Veían a Rusia como querían verla; no les seducía, pero se dejaban caer en sus brazos.

Dice Menahem Beguin en sus memorias: «La URSS nos ayudó, aunque sólo temporalmente, a realizar la primera fase de nuestra independencia, cuando comprendió que nuestra lucha en Palestina no era una comedia dictada por los imperialistas británicos... El mundo se quedó asombrado, no sólo porque recordaba el pasado, sino también porque recibimos la ayuda soviética al mismo tiempo que la americana». También reconoce que la mayor parte de las armas que permitieron el rápido desenlace victorioso de la guerra de independencia se debió a las armas que la URSS ordenó se enviaran de inmediato al recién nacido ejército judío, vía Checoslovaquia.

La ONU, mero instrumento jurídico del acuerdo USA-URSS

Una vez de acuerdo los Estados Unidos y la Unión Soviética en que el Estado de Israel convenía que naciera, faltaba sólo darle respeto jurídico mediante el formalismo de una Resolución aprobada por la Asamblea de las Naciones Unidas, para la que se precisaba mayoría de dos tercios: 31 votos. Cruzáronse promesas, presiones y amenazas.

El 29 de noviembre de 1947, mientras el gran rabino de Jerusalén convocaba a la comunidad judía a implorar la protección del Altísimo ante el muro de las Lamentaciones, se producía en Nueva York la votación, que aprobó la partición de Palestina en dos estados por 33 votos a favor, presididos por los Estados Unidos, la URSS y Francia; 13 en contra: 11 países musulmanes, Cuba y Grecia; y 10 abstenciones, encabezadas por Inglaterra.

Aquella tarde y durante toda la noche los judíos se echaron a la calle a cantar y danzar en Tel Aviv, Nueva York, Belgrado y Viena, en los campos de deportados de Alemania y en las colonias fortificadas de Galilea. En las sinagogas, los judíos religiosos elevaron plegarias de acción de gracias por el nacimiento del nuevo Estado, que muchos querían identificar con la resurrección de Israel anunciada por Ezequiel.

En el capítulo 37 de Ezequiel, mediante el símbolo de la multitud de huesos secos diseminados por la llanura, se profetiza la milagrosa reunión, la organización en Estado y, por último, la conversión de Israel a Yahwé, ya reunido y organizado. No hace falta interpretar, pues explícitamente el Señor dijo a Ezequiel: «Estos huesos son toda la casa de Israel». Hace un siglo muchos también se preguntaban: ¿Podrán revivir estos huesos?, y meneaban la cabeza. Pero, «Dios dice: “Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos secos, escuchad la palabra de Yahvé!”... Profeticé, pues, como se me había ordenado, y oyóse un estrépito, y se juntaron los huesos unos a otros. Miré y he aquí que los cubrían tendones y crecía carne, y extendíase por encima piel, pero carecían de espíritu».

«Infundiré en vosotros mi espíritu y reviviréis»

En los años treinta el padre Orlandis, cuando muchos dudaban de si los judíos se reunirían en Palestina y se organizarían políticamente creando un Estado, exponía esta profecía de Ezequiel y explicaba que tal reunión y Estado tendrían lugar ahora, pero que se trataba sólo del cumplimiento de la primera parte de la profecía, pues este Estado carecía de espíritu. La reunión de Israel des-

de todos los países donde fue dispersado, era la conjunción de los huesos secos, y su organización política en Estado, el crecimiento de tendones, carne y piel, pero ese cuerpo externamente completo está todavía muerto. Falta la culminación a la que se ordena toda la profecía: «Profetiza al espíritu y di al espíritu: Así habla el Señor Yahwé. ¡Llega, oh espíritu de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que revivan!... Y conoceréis que yo soy Yahwé cuando abra vuestras tumbas y os haga subir de vuestros sepulcros, pueblo mío. E infundiré en vosotros mi espíritu y reviviréis».

Los creadores del actual Estado de Israel no tendrían reparo en reconocer cumplida en él la profecía, pero no así los verdaderos israelitas como el que fuera gran rabino de Roma Israel Zoller, convertido a Cristo y bautizado Eugenio Zolli, quien en 1946, ante la nueva idolatría de su pueblo, expresaba así su desengaño:

«Yo siempre he sido filosisionista, porque desde joven adivinaba lo que estaba pasando: estragos y ruinas. Hubiera querido ver a los hebreos, los de los países de persecución, refugiados y recogidos, entregados a un trabajo fecundo, en Uganda o en otra parte cualquiera con un centro de vida espiritual e intelectual en Jerusalén, y todo esto no para enriquecer al mundo con un nuevo nacionalismo o un nuevo racismo (hartos hay, y a cada cual peor), sino para ver surgir de estos nuevos centros una luz nueva de espiritualidad, de universalismo, o sea, algo más que el cosmopolitismo helenista, una nueva luz de caridad humana y divina. Yo era un eterno peregrino del cielo, yo era un puro anhelo hacia el Eterno, hacia Dios. Yo soñaba, sí, con la tierra, pero como un trampolín para saltar al cielo. Pero, ¡ah!, la tierra vino a sustituir al cielo, y se llegó una vez más a negar el cielo por un poco de tierra... La Biblia vino a ser, no ya una fuente de piedad, el camino que conduce a Dios, sino un monumento nacional, como la Iliada, la Odisea, el Fausto... y así se sacrificó el Reino por el reino. Y mi alma se cubrió de crespones de luto. Yo me sentía un exiliado, un expatriado, un extranjero en la casa en que nació. Y me preguntaba: ¿Es acaso la idea del “reino” la que había inflamado mi alma con la palabra de Isaías? ¡Jeremías fue asesinado por amar demasiado! ¿Y la trágica suerte de Zacarías, el que tuvo la mirada fija en Aquel que había sido traspasado...? Y sin encontrar eco murió aquella plegaria, según la cual “Mi Casa” estaba destinada a ser “casa de oración para todas las gentes”. ¡Se acabó “la Casa”! Se la sustituyó por un “home”, por una casa y nada más que una casa... No lo niego: renace la lengua, la literatura, la ciencia, en suma, cuanto se necesita para amueblar el “home”: una casa no sólo habitable, sino hermosa. Y era así como yo iba languideciendo, muriendo; yo moría día por día, hora por hora, para resucitar en la gran luz de Cristo».



El padre Orlandis tradujo directamente del hebreo la segunda parte del libro de Isaías (caps. 40-66). Y no lo hizo con el ánimo de «superar» las traducciones existentes (a pesar de que su versión alcanza niveles léxicos y épicos difícilmente superables). De la importancia que daba a esta labor basta decir que aprendió la lengua de los profetas con el único objetivo de llevarla a cabo con propiedad y rigor. El padre Orlandis tradujo a Isaías de la forma en que lo hizo (nadie busque rimas ni mediciones silábicas, sino el ritmo de la poesía hebrea; y no un ritmo musical genérico, sino el concreto que cada verso tiene en el original) porque vio en esta parte del texto un poema, un poema lírico-dramático cuyo argumento era «la tragedia del género humano en sus relaciones con Dios», ligada a una tragedia más concreta, la tragedia de Israel. Y también a Israel le llegará la Redención, no por sus propios esfuerzos, sino por la misericordia de Dios, que siempre es fiel a sus promesas. El padre Orlandis dividió el poema en escenas. La que reproducimos, que corresponde al capítulo 60 del Profeta, lleva por título: «Gloria, felicidad y santidad de Jerusalén. De su luz y sus bienes participan los pueblos que humildemente se acogen a Sión». (Véase en CRISTIANIDAD, núm. 408, febrero de 1965 el texto completo de la traducción.)

LA GLORIA

«... la que antes eran abandonada,
la detestada, la sin romeros,
el orgullo de los siglos Yo te haré.»

Alzate y brilla que llega tu luz,
y la gloria de Jahwé ya clarea sobre ti;
mira qué obscuridad cubre la tierra,
y qué negros nublados las naciones.

Mas sobre ti ya alborea Jahwé
y su gloria se divisa sobre ti:
ya los pueblos a tu luz caminarán,
y los reyes al fulgor de tu mañana.

Alza en torno tus ojos y mira:
todos esos en bandadas a ti vienen,
son tus hijos que de lejos van llegando
son tus hijas las que a costas son traídas.

Y al mirar en aquel día fulgirás,
latirá y se ensanchará tu corazón,
cuando hacia ti se enderece el tráfico de la mar
y a ti arribe la riqueza de los pueblos.

Cubriráte una avenida de camellos,
dromedarios de Madian y de Hefá:
esos otros de Sabá te van llegando,
aportando su oro y su incienso,
y pregonando las glorias de Jahwé.

De Cedar las greyes todas se congregan para ti,
de Nabayot los carneros estarán a tu servicio,
y ascenderán aceptables a mi altar,
y exaltaré la casa de mi gloria.

¿Quiénes son éstas que vuelan cual nubes,
como palomas al palomar?
Son las islas que a mí me esperaban,
van a su frente las naves de Tarsis.

DE ISRAEL

«... y sabrás que Yo soy Jahwé,
tu salvador, tu redentor, el Fuerte de Jacob.»

Van trayendo a tus hijos de lejos,
y su oro y su plata con ellos,
para el nombre de Jahwé que es tu Dios,
para el santo de Israel que te honra.

Los hijos del extranjero levantarán tus murallas,
y los reyes serán tus servidores;
que en mi ira te azoté,
y en mi gracia te consuelo.

Y tus puertas estarán siempre patentes,
ni de día ni de noche se cerrarán,
y te entrarán su riqueza los pueblos,
y en cortejo triunfal sus soberanos.

Pueblo y reino que no te acate perecerá,
tales naciones serán a fondo destruidas.

A ti vendrá la majestad del Libano,
cipreses, olmos y alerces juntamente,
para ornar el lugar de mi santuario.
El lugar que yo huella haré glorioso.

Te llegarán humillados
hijos de quien te humilló,
y a las plantas de tus pies se postrarán
quienes de ti se mofaron.

Y la ciudad de Jahwé te llamarán,
Sión del Santo de Israel,
la que antes eras abandonada,
la detestada, la sin romeros,
el orgullo de los siglos Yo te haré,
la alegría de tiempos y tiempos.

Tú mamarás la leche de los pueblos,
y al pecho de los reyes mamarás,
y sabrás que yo soy Jahwé,
tu salvador, tu redentor, el Fuerte de Jacob.

En vez de bronce te haré entrar en oro,
en vez de hierro te haré entrar plata,
bronce en vez de madera,
y en vez de piedras hierro.

Para gobierno te daré la paz,
y para fiscalía la justicia,
en tu tierra jamás se oirá violencia,
ni saqueo ni destrozo en tus fronteras;
a tus murallas llamarás salud,
alabanza a tus puertas.

Ya el sol no te será la luz del día
ni de la luna el claror te alumbrará,
mas Jahwé te será la luz eterna;
tu Dios el resplandor.

Tu sol no tendrá ocaso,
ni menguante tu luna;
pues Jahwé te será la luz eterna;
se te acabaron los días de luto.

Todos los de tu pueblo serán justos,
y para siempre heredarán la tierra,
retoños son de mi plantío,
obras son de mi mano en gloriarme.

El más pequeño será millar,
y el más exiguo será pueblo potente.
Yo Jahwé lo aceleraré a su tiempo.

DEL SUEÑO A LA REALIDAD

1882. Comienzan a llegar, especialmente desde Rusia, donde se generalizan los ataques contra ellos, judíos que se asientan en Palestina. Entre 1882 y 1903 los recién llegados fundaron asociaciones sionistas como *Chovevei Sion* (Amantes de Sión). Atatürk les reconoce un estatuto de igualdad social y civil. Aún así, sufren dificultades derivadas del proceso de descomposición del Imperio otomano y las dificultades para cultivar la tierra. El barón Rothschild envía misiones científicas para establecer los mejores medios de explotación de la región. En 1903 los judíos cultivan ya 50.000 hectáreas y tienen 23 explotaciones agrícolas.

1895. Teodoro Herzl publica en Viena *El Estado judío*. En él defiende que sólo se podrá acabar con el antisemitismo mediante el reagrupamiento de los judíos en un estado autónomo judío y que éste debería resurgir en Palestina. Diferentes personalidades judías se van sumando a la idea.

1897. Herzl funda en Basilea la Organización Sionista Mundial. En agosto se reúne el primer Congreso Mundial Sionista, al que asisten más de doscientos delegados de países europeos, americanos y norteafricanos.

1906-1916. Se fundan diversas cooperativas agrícolas conocidas como *kibbuzim* con un marcado carácter socialista. Prosigue la llegada de inmigrantes.

1909. Se funda Tel Aviv, la «Colina de la Primavera» sobre una duna del desierto, cerca de la población costera de Jaffa.

1917. El 2 de noviembre el Foreign Office británico declara abiertamente su simpatía por el sionismo en una carta firmada por el ministro Arthur James Balfour y dirigida a Lord Rothschild. Se trata de la conocida Declaración Balfour, que provocó un fuerte empuje en la trayectoria hacia la constitución de un estado judío. Ofrecemos el núcleo de la declaración: «El gobierno de Su Majestad considera con benevolencia la creación de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina y hará todo lo posible para facilitar la consecución de este objetivo; naturalmente, no debe emprenderse ninguna acción que pudiera perjudicar a los derechos religiosos o civiles de las comunidades no judías que habitan en Palestina ni la situación jurídica civil de los judíos que viven en otros países».

1919-1923. Nueva oleada de inmigrantes: llegan en estos años unos cuarenta mil judíos a Palestina, especialmente procedentes de la Europa oriental. En el

período de entreguerras fue continuada la conflictividad entre árabes y judíos. El mando de la zona lo detenta Gran Bretaña. Las inmigraciones traían a personas que escapaban de los rigores de la posguerra europea, así como de los nuevos pogromos que acompañaron a la Revolución rusa, a pesar de la vinculación siempre existente entre los círculos sionistas y los revolucionarios. La región llegó a parecer saturada y el paro afectó a cuatro mil inmigrantes que deseaban establecerse en el país.

1925. A partir de 1925, en tan sólo dieciocho meses, 48.000 inmigrantes van a sumarse a los 93.000 judíos que ya viven en Palestina. Esta oleada procedía, sobre todo, de Polonia, pero también de la Unión Soviética, del Yemen y de Irak. Tel Aviv absorbió al 65 %. Entre 1926 y 1928, el país atravesó una crisis económica que empujó a algunos miles a emigrar; los que se quedaron apostaron por la agricultura, especialmente por los cítricos; a finales de la década se consigue una franca recuperación.

1929-1939. Se desarrolla notablemente la organización de los judíos en Palestina mientras el nazismo asciende en Alemania y en los Estados Unidos se restringe la inmigración. La población judía llega casi al medio millón. Gran Bretaña empieza a temer las oleadas de judíos y extrema sus controles. Muchos entran clandestinamente o se hacen pasar por turistas; a menudo traen grandes capitales que invierten en la industria.

1936-1939. Desde huelgas generales a ataques de bandas armadas, los árabes intentan aterrorizar a los judíos, a pesar de contar éstos con el apoyo del ejército británico. El líder árabe Hadj-Amin el Husseini, al frente del Alto Comité Árabe, dirige una insurrección en todo el país que duró más de cuatro meses. En 1937, los británicos propusieron un plan para el reparto de Palestina entre árabes y judíos; pero esta solución fue rechazada por los palestinos, que respondieron con el asesinato del comisario británico en Galilea. El hecho provocó una violenta reacción británica consistente en desmantelar el Alto Comité Árabe, bombardear poblaciones civiles y llevar a cabo ejecuciones públicas.

1939. El 17 de mayo, el gobierno británico encabezado por Neville Chamberlain, ante la creciente conflictividad de la zona, promulga el «Libro Blanco» con el que se pretende regular la llegada de inmigrantes judíos limitando su número a 15.000 anuales. A finales de agosto el congreso sionista reunido en Ginebra recha-

za el «Libro Blanco» y propone la emigración inmediata de 100.000 judíos a Palestina. Una semana antes de empezar la segunda guerra mundial, acaba el congreso sionista con las declaraciones del líder judío Weizmann, que, refiriéndose a la democracia occidental, declara «vuestra causa es nuestra causa y vuestra lucha es nuestra lucha».

1939-1945. Durante la segunda guerra mundial la mayoría de judíos que intentan acceder por vía marítima son desviados hacia Chipre. Miles de judíos luchan bajo bandera británica en el norte de África. El líder sionista David Ben Gurion declara: «luchamos al lado de Inglaterra como si no existiera el Libro Blanco y luchamos contra el Libro Blanco como si no existiera la guerra». Tras acabar la guerra el gobierno británico sigue impidiendo la inmigración masiva de judíos pero se ve obligado a hacer frente a organizaciones extremistas árabes y judías.

1947. Gran Bretaña se lava las manos ante el problema palestino y cede el protagonismo a la ONU. El 29 de noviembre de 1947 la Asamblea de las Naciones Unidas decide dividir Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe.

1948. Ben Gurion, coincidiendo con la partida de los últimos efectivos británicos, proclama en Tel Aviv el nuevo Estado de Israel. La proclamación oficial la presiden un retrato de Herzl y la bandera blanca y azul con la estrella de David, que había sido empleada por la brigada judía al final de la segunda guerra mundial al tomar parte en la ocupación de los países del Eje. A los pocos días se inicia la guerra y ante la sorpresa mundial los árabes acaban siendo derrotados e Israel extiende su dominio más allá de lo marcado por la ONU.

1949. El 14 de febrero la Asamblea Constituyente se reúne en Jerusalén y el 8 de marzo se transforma en la Knesset o parlamento, que, de hecho, ya existía como institución desde 1920-1921. El presidente del nuevo Estado es Hayyim Weizmann y el primer ministro, Ben Gurion. Se reactivan fuertemente la Organización Sionista, encargada de mantener contactos entre la diáspora y el «Yisuv» (conjunto de judíos en Palestina) y la Agencia Judía, creada en 1929, cuya misión consiste en reclutar nuevos inmigrantes.

1948-1951. Llegan 700.000 nuevos inmigrantes, más de los que había al fundarse el nuevo Estado. El principal problema es alojar y dar trabajo a toda esta multitud; entre 1948 y 1953 se crean 284 poblaciones nuevas.

1950. Se decreta la «ley del retorno»: todo judío tiene el derecho de emigrar a Israel y a obtener la nacionalidad israelí. La ley del servicio militar obligatorio se inserta en una política de fortalecimiento continuo del ejército, en previsión de los conflictos.

1956. En julio, descontento por la negativa de los

Estados Unidos de financiar la construcción de la presa de Asuan, Nasser nacionalizó el canal de Suez, propiedad de compañías privadas occidentales. La respuesta de Occidente no se hizo esperar, y británicos y franceses prepararon una operación militar a la cual decidió unirse Israel. El 29 de octubre Israel atacó Egipto en el Sinaí. Con el pretexto de separar a los beligerantes, Francia y Gran Bretaña intervinieron destruyendo la aviación egipcia y después a los paracaidistas en Port Saïd. Pero las presiones de la Unión Soviética y Estados Unidos les obligaron a retirarse. En el período que va de la guerra del Sinaí a 1967, Israel siguió modernizando su ejército; mientras sigue recibiendo compensaciones de guerra por parte de Alemania y los donativos multimillonarios de los cinco millones de judíos estadounidenses.

1967. 5 de junio: la Guerra de los Seis Días (al séptimo día el ejército judío «descansó» tras la victoria sobre los árabes) permite la ocupación de Jerusalén oriental, Cisjordania, la franja de Gaza, la península del Sinaí y los Altos del Golán. El 22 de octubre la ONU ordena sin éxito la retirada de Israel de los territorios ocupados.

1973. El 6 de octubre, festividad judía del Yom Kippur, Egipto y Siria lanzan un ataque coordinado sobre Israel pero son rechazados.

1977-1979. Acuerdos diplomáticos entre Egipto e Israel (Tratados de Camp David y de Washington) bajo la influencia de Estados Unidos.

1982. Israel entra en el Líbano y expulsa del país a la OLP (Organización árabe para la liberación de Palestina, muy activa ya desde 1964). En 1985 se retira parcialmente del Líbano pero establece una «franja de seguridad».

1987-1993. La *intifada* o rebelión árabe popular se convierte en el principal problema cotidiano del Estado de Israel.

1991. Israel no responde a los misiles iraquíes, atendiendo a los consejos estadounidenses. Tras la Guerra del Golfo comienzan las negociaciones, el llamado «proceso de paz en Oriente Medio», que va progresando con altibajos (asesinato de Isaac Rabin el 4 de noviembre de 1995, establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina, conflictos ante nuevos asentamientos judíos en territorios árabes, etc.). Hoy, mientras siguen contactos esporádicos entre las partes enfrentadas, se posponen los plazos determinados según los acuerdos firmados. Los árabes radicales no aceptan el liderazgo de un Arafat al que consideran traidor; por otra parte, el gobierno judío fomenta el establecimiento de nuevos colonos judíos en territorios tradicionalmente árabes y humilla constantemente a los palestinos que se ven obligados a trabajar en ciudades judías y cruzar cada día un puesto fronterizo para ir a dormir a sus casas de una población perteneciente a la Autoridad Nacional Palestina.

El pensamiento religioso de Israel expuesto por Ben Gurion

*El padre Juan Manuel Igartua, S.I. († 1992), fue un asiduo colaborador de esta revista, además de autor de numerosos libros. Nuestros lectores recordarán sus artículos, muchos de ellos tratando temas relacionados con Israel y con la teología de la historia, de la que fue un profundo y original cultivador. En este número dedicado al cincuentenario del Estado de Israel, nadie mejor que el padre Igartua para glosar el pensamiento religioso de quien fue su indiscutible creador, David Ben Gurion, y que expuso en su libro *Le peuple et l'Etat d'Israel* (París, Editions du Minuit, 1959). El artículo que reproducimos, casi en su totalidad, fue escrito en 1960 (CRISTIANDAD, núm. 352, junio de 1960).*

[...]

La tierra soñada

Nos cuenta en su libro las impresiones que recibió su alma al llegar en el año 1905 a la tierra de Israel por primera vez. Su relato, impregnado de una honda emoción de juventud y vestido de la verdadera poesía de las cosas sentidas en la entraña, puede hacernos comprender lo que cada judío lleva en su alma desde hace siglos: el recuerdo amoroso de una tierra que fue la de sus padres, a la cual se sienten enraizados sin haber vivido en ella, solamente sin duda porque la historia vieja de Israel la llevan prendida en sus almas, llenas de una fe, aunque sea materialista, en la divina palabra:

«Apenas desembarqué, me precipité a Petah-Tikvá. Esta primera noche sobre suelo de la patria imprimió en mi corazón un recuerdo impregnado de gozo victorioso. No pude dormir: estaba, pues, en Israel, en una aldea hebrea en Tierra Santa, en una aldea judía, que llevaba el nombre de Petah-Tikvá «el umbral de la esperanza». Los aullidos de los chacales en las viñas, los rebuznos de los asnos en las cuadras, el croar de las ranas en los pantanos, el denso olor de las acacias, el rumor del mar a lo lejos, la sombra de los naranjos en la bruma, el titilar de las estrellas sobre el azul oscuro del lejano cielo, brillante e irreal, todo era maravillosamente extraño, como en un reino de leyenda...

»Toda la noche permanecí sentado y en comunión con los cielos nuevos. ¡Qué bellos son los días de nuestro país, esos días bañados de luz, deslumbrantes, con sus paisajes montañosos o marítimos! Pero setenta y siete veces más admirables son las noches de profundos secretos; envueltas en misterio; las gotitas temblorosas de oro que chispean en la bóveda celeste; el claro-oscuro de

las noches de luna; el cristal del aire tenso de las montañas. Todo está impregnado de serenidad, de nostalgia y de secretos murmullos. Todo se baña en una atmósfera de irrealidad. Se escucha en silencio: los ecos de la infancia, los cuentos de antaño, y las visiones de los últimos días afloran cuando todo se calla. Llenan el alma y el corazón de esperanza».

Y este mismo amor lleno de poética sugerencia y de irrompible esperanza aparece en las danzas juveniles de estos precursores con el gozo del futuro:

«Era la época de la nueva Inmigración. Cada barco traía una oleada de jóvenes: la mayor parte se instalaba en Petah-Tikvá... No sólo éramos trabajadores, sino también conquistadores, una banda de conquistadores en la Tierra de Israel. Sentíamos en lo más profundo de nosotros mismos la exaltación de las victorias. Por la noche, tras la jornada de trabajo... nos reuníamos en la cantina obrera o en los caminos de las dunas y en medio de las viñas y naranjales danzábamos cantando, mano en mano, hombro con hombro» (p. 10).

El hecho extraordinario

De «resurrección de Israel» es calificada la instauración del nuevo Estado de Israel por su principal fautor. Con esta palabra majestuosa da de una vez todo el valor que el hecho extraordinario del nuevo Estado tiene en la historia del mundo.

«He aquí que 1813 años después del hundimiento de la independencia de Israel, después del levantamiento de Bar Kosiba, el Estado de Israel resucita por fin, y las puertas del país se abren de par en par para acoger a los proscritos» (p. 65).

Se advertirá cómo, tal vez deliberadamente, Ben

Gurion señala la rebelión de Bar Kosiba en 135 d. de C. como el fin de la independencia de Israel. Pero esta independencia no existía ya. El año 70 había tenido su final, en la catástrofe del Templo, conforme a la profecía de Jesús. La rebelión de Bar Kosiba en realidad debe ser contada más bien entre los intentos fallidos de restauración, como el primero. Pero es difícil que una mente israelí quiera venir a aceptar el cumplimiento dramático de la profecía de Jesús que los cristianos llevan inscrito en la memoria.

«El 14 de mayo de 1948 el nuevo Estado no fue creado de la nada: ha resucitado 1813 años después de su independencia abolida en la época de Bar Kosiba... El nacimiento del Estado judío no fue un suceso de estrictos límites geográficos o cronológicos. Fue un suceso de resonancia mundial, que puso fin a una larga evolución histórica, que derribó los sistemas existentes, y provocó mutaciones que van más lejos que su definición limitada en el tiempo y en el espacio.

«Es demasiado pronto para juzgar el lugar que tendrá Israel en el sistema de fuerzas mundiales, y su papel en la determinación de las nuevas formas de la sociedad humana. Pero el mismo día de la fundación del Estado, se hizo evidente, y no sólo para los judíos de Israel, que algo se había producido de incalculable alcance, que interesaba a todo judío de cualquier parte del mundo» (pp. 76-77).

Características del nuevo Estado

Si reunimos algunos de los rasgos característicos de este nuevo y singular Estado, que el Presidente nos da, podemos hacer el siguiente retrato:

Es un pueblo históricamente pequeño: «Uno de los datos permanentes de nuestra historia es que hemos sido siempre, que siempre hasta hoy hemos permanecido un pueblo ínfimo por el número. Este es un hecho cuyas consecuencias pesan sobre nuestra vida, tanto para bien como para mal» (p. 37-38).

Es un pueblo formado por desterrados que vienen de múltiples países. Desarrolla este hecho ampliamente, con todas sus consecuencias llenas de problemas, a lo largo de todo el capítulo V: «Diversidad y unicidad del Estado de Israel». Se trataba de formar un pueblo único, un Estado de hombres venidos de distintas culturas, de distintas lenguas, de distintas creencias religiosas también (fanáticos o ateos); dar unidad a una masa imponente, elaborada apenas todavía.

Es un pueblo que tiene la obligación fundamental (por razón de su misma esencia) de acoger a todo judío que quiera entrar. Obligado, pues, a aceptar la inmigración masiva con todos sus problemas. En diez años la pobla-

ción ha subido de 650.000 a dos millones. ¡Como si en Francia hubiesen entrado en ese mismo tiempo diez millones de franceses cada año!

Por razón de esta necesidad la Ley fundamental del nuevo Estado es la Ley llamada del Retorno, que abre las puertas del país a todo judío que pueda probar que lo es, sin más condiciones. De esta Ley trata el discurso de Ben Gurion ante el Knesset o Parlamento de Israel, que ha sido insertado en el capítulo IV del libro.

[...]

Los factores fundamentales del pueblo de Israel

«Nuestro problema religioso no es comparable con el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado de los países cristianos. La religión judía es esencialmente diferente de la cristiana: no se contenta con dogmas especulativos, sino que se funda en prescripciones de hacer o no hacer, que intervienen en toda la vida del hombre, desde que nace (y aun desde su concepción) hasta su muerte y su inhumación, sin dejar ningún terreno neutro en que la religión no intervenga. Por otra parte, nuestra religión es nacional: lleva encima todo el peso de la historia de Israel, desde su origen hasta hoy» (pp. 116-117).

Estas palabras del Premier, más o menos exactas en cuanto al sentido del cristianismo, nos revelan ciertamente una posición necesaria y fundamental de Israel. Si se hace caso omiso de la religión, no hay posibilidad de historia de Israel, como tal pueblo.

«En los textos más antiguos de la Biblia se reconocen ya los dos factores que hacen de nosotros un pueblo: nuestra común descendencia de la semilla de Abraham y de los hijos de Israel (Jacob), y la alianza pactada entre Dios, su servidor Moisés y el pueblo de Israel» (Deuter. V, 3).»

Por eso todas las fiestas de Israel eran religiosas, y al conmemorarlas hoy no es posible quitarles este carácter. Esto ha provocado un ardiente conflicto entre los partidos religiosos fanáticos de lo antiguo, y los que no creen, que son muchos.

Al aprobar y reconocer el Consejo Nacional todas las Leyes del Gobierno Mandatario, la legislación actual ha reconocido por tanto el Estatuto legal del Gran Rabinato. He aquí un gran problema político existente entre los que quieren su poder y los que no lo quieren.

El tercer gran factor nacional de Israel es el mesianismo:

«La primera fuente del sionismo brota de la profundidad del subconsciente. Es perenne, no depende de épocas ni de lugares, es tan antigua como el mismo pueblo. Es la fe mesiánica... La fe en la venida del Mesías se ha

convertido en uno de los principios del judaísmo. Cada judío repetía cada día: «Creo con fe perfecta en la llegada del Mesías, y aunque tarde esperaré cada día su venida» (pp. 93-34).

Y por esto precisamente con plena energía reconoce Ben Gurion a la extraordinaria institución hebrea antigua del profetismo el carácter de auténtica interpretación del pensamiento nacional:

«Antes de Jeremías ya diversas influencias extranjeras se filtraban en Israel, y chocaban contra el auténtico espíritu de la nación, expresado por boca de los profetas. Nuestro pueblo realizó obras inmortales, y una de las más milagrosas y grandiosas manifestaciones de la vida humana se reveló aquí: el profetismo hebreo, que dio a conocer la noticia de la futura redención, la de nuestro pueblo y la del mundo entero. Este anuncio mesiánico se convirtió en manantial de vida, valor y fortaleza para el pueblo judío a lo largo de sus trágicas desventuras e innumerables errores» (pp. 40, 93).

Significado del mesianismo y del milagro

Hemos visto mencionadas por Ben Gurion dos palabras de carácter profundamente religioso: *mesianismo* y *milagro*. ¿Qué sentido tienen estos términos en boca de los actuales judíos? He aquí la concepción actual del mesianismo en Israel que, como se podrá apreciar, es semejante a la que los racionalistas han pregonado:

«El pueblo de Israel, fiel a sí mismo, no puede aceptar la suprema espiritualidad o moral de ninguna fuerza *universal* que le sea superior. (¿Alude al subrayar él mismo la palabra *universal* al catolicismo, que por definición es universal?) No puede inclinar la cabeza delante de los que se han proclamado, por el hecho de su potencia militar o económica, árbitros supremos de la humanidad... Debe salvar su independencia en todos los problemas humanos, y preservar sus preciosos tesoros de libertad, igualdad, justicia y paz... En la escala mundial somos sólo una pequeña nación. No podemos tener la ambición de arreglar nosotros mismos problemas que son ahora universales. Debemos someternos en este aspecto al parecer de los grandes y poderosos, que saben todo, tienen autoridad sobre todo y lo deciden todo. (Adviértase la amargura irónica de estas palabras.) Pero hay un plano en el que somos iguales a todos, y capaces como los demás de influir sobre la humanidad entera y las generaciones del porvenir: es el dominio del espíritu» (p. 56).

Esta herencia espiritual, que Israel espera hacer triunfar, logrando así un triunfo de sus ideas peculiares, que alcancen el dominio del mundo, está constituida por dos puntos principales: la idea de la dignidad del hombre,

creado a imagen de Dios (p. 57), y la fe en el porvenir que «ha hecho nacer el mesianismo y la esperanza de una redención nacional y universal» (p. 58). He aquí el mesianismo de Israel: una redención social de ideas, no personificadas en hombre alguno, necesariamente al menos. Frente al mesianismo cristiano, que llama Mesías a Jesús, un hombre concreto que realizó la Redención de Dios en un orden sobrenatural (aunque luego tenga consecuencias sociales ciertamente), Israel cree en una redención universal y nacional de tipo exclusivamente social: He aquí el principal abismo de separación entre las dos concepciones mesiánicas: la racionalista y la cristiana, la judía y la católica.

«Jamás nos hemos vuelto hacia una legendaria Edad de Oro, hacia un pasado que no volverá. Nuestra tensión es hacia el futuro, hacia esos días futuros en que la tierra se llenará del conocimiento de Dios, como las aguas cubren el mar, en que los pueblos cambiarán sus espadas por arados, en que ninguna nación alzarará la espada contra otra nación ni enseñará la guerra» (pp. 58-59).

Es manifiesta la alusión a los textos de Isaías, y hace pensar el texto al mostrar al desnudo la concepción mesiánica, en la traducción moderna del pensamiento judío antiguo de imperialismo dominador, pero espiritualizado y modernizado. Pero no es el triunfo de Cristo lo que se otea, sino el triunfo de Israel, que es el hijo de Dios.

La palabra *milagro* usada por Ben Gurion, repetidas veces, lo es en el orden natural de hecho prodigioso: «sobrevino el milagro de nuestra independencia» (p. 103); «el milagro del nacimiento del Estado» (p. 103); «Toda nuestra obra en el país es uno de los milagros de la historia, pero no un milagro sobrenatural» (pp. 172-173).

Y, sin embargo, en este último texto muestra Ben Gurion de manera máxima su acercamiento profundo al pensamiento tradicional del judaísmo, religioso máximamente:

«Tales milagros sobrenaturales, si es que existen, no deben parecernos inconcebibles: si es posible crear un globo terrestre y hacerlo moverse perpetuamente alrededor del sol, es posible también ordenarle que se pare o detener el sol. La inteligencia humana no ha llegado hasta ahora —y no se sabe si llegará jamás— a descifrar el misterio de la creación, el enigma de la existencia y de su perpetua renovación. Cuanto más conocen la inteligencia y la experiencia humanas el mundo que nos rodea tanto ese enigma se hace más profundo y la clave del universo se aleja de nosotros» (p. 173).

En estas palabras está admirablemente matizado su pensamiento. No es imposible de concebir el milagro, pues todo es misterioso para nosotros, pero no se sabe tampoco si existe. Su acercamiento a la fe es acercamiento al misterio, pero permanece en la duda respetuo-



David Ben Gurion, primer jefe de Gobierno de Israel

sa de la incredulidad. Así los racionalistas de hoy, aleccionados por la experiencia, se han acercado algo más. Ya no niegan, sino que se abstienen. Pero hay posibilidad de comprensión. Diríase que es el mismo avance científico el que ha hecho más respetuosa a la verdadera inteligencia.

Pero a continuación abre la conclusión de estas premisas. Él trata solamente del milagro natural, puesto que no sabe si existe el sobrenatural: y el milagro natural es la tenacidad y la inteligencia del hombre: «el maravilloso instrumento, inmensamente poderoso, que ayuda al hombre a dominar la naturaleza no es otro que el hombre mismo» (p. 173). He aquí por fin el pensamiento concreto de la ciencia moderna, orgullosa de sí misma.

La Biblia

«Nos hace falta infundir a la juventud la sustancia y la esencia de los valores del judaísmo, y especialmente los de la Biblia. En Israel una enseñanza no fundada sobre la Biblia es impensable. Debemos pensar en especial en incluir en nuestros programas los mensajes de nuestros Profetas, sus lecciones de justicia y de caridad, de fraternidad humana, de amor del prójimo. Debemos implantar en el corazón de nuestros hijos, desde su más tierna edad, el ansia por una sociedad que no hiera ni dañe, en la que reinen la igualdad y la justicia, una fraternidad fecunda, la tolerancia y la libertad» (p. 127).

Al oír declaraciones como estas uno entiende mejor el sentido de muchos acontecimientos del mundo, desde la Revolución francesa para aquí: es un mismo espíritu humano el que impregna estos pensamientos: humano sin duda en los dos sentidos: de exaltación de la dignidad del hombre, pero también de la dignidad del hombre natural; diríase un retorno al paraíso, y en realidad tal pensamiento, imperante en el mundo hoy plenamente, contiene simplemente la negación, o la deliberada ignorancia del pecado original.

«Sin el estudio de la Biblia no puede haber educación judía, ni en Israel ni en la Diáspora. El judío ortodoxo encuentra en la Biblia los orígenes y los sucesos sobre los que funda su fe. Pero aun el judío que no practica descubre allí la génesis de su pueblo, los episodios de la lucha contra el mundo de la idolatría, los relatos de gloria y de esplendor, el vigor de la profecía de Israel, inestimables tesoros de lirismo, sabiduría y pensamiento, inigualables por su fervor espiritual, su pureza poética y su audacia de expresión.

»Con la Biblia escoltará a los Patriarcas que recorren la Tierra Santa como los cheiks beduinos de hoy; gustará su modo de vivir rústico, sobre todo el de Abraham, el primer hebreo de la dinastía, y la irradiación de una grandeza de alma, de una soberana sabiduría, de una gracia humana brotadas de la comunión vivida con el Dios de verdad y de bondad, que presente en sus corazones iluminaba sus caminos.

»Por el estudio de los Profetas de Israel, visionarios de la casta verdad y de la justicia ideal, penetrará el secreto de aquella fuerza de alma, que jamás ha abandonado al pueblo judío a lo largo de las generaciones. Percibirá, en cada página, la sed moral y espiritual de una unidad suprema: unidad de la nación, unidad del género humano, unidad del universo cósmico, unidad de la materia y del espíritu, unidad del Creador y de la criatura. Esta sed no ha sido calmada desde Abraham con Moisés, los Profetas de Israel, los sabios de la Edad Media, hasta los filósofos modernos como Spinoza o Einstein. (Nótese de paso aquí claramente la mezcla de los conceptos divinos y humanos, característica del pensamiento moderno, racionalista y judío, obra maestra suya: la mención de Spinoza no es aquí casual, para iluminar mejor el sentido panteístico de aquella declaración a primera vista admirable: «la unidad del Creador y de la criatura»).

»Por la Biblia comprenderá cuán relacionados y dependientes entre sí están el particularismo histórico de su pueblo y su misión universal y humana. Encontrará en la Biblia algo más que la historia, la poesía, la sabiduría, la filosofía y aun que la inspiración divina. En el Libro de los Libros leerá el porvenir, el porvenir de su pueblo y el de la humanidad, el apocalipsis del fin de los

tiempos, visión de redención, de paz y de justicia que en la Antigüedad fue descrita desde lo alto del Monte de Jerusalén, y hoy todavía irradia, en plenitud de frescor, y hace estremecerse los corazones como en el día de su proclamación. Trae el verdadero mensaje de la liberación de Israel, y la respuesta a los dos problemas vitales de la humanidad de hoy: el del trabajo en la sociedad, y el de la guerra y la paz entre los pueblos... La Biblia ha llegado a ser el Libro Principal de todas las naciones del mundo» (pp. 152-154).

[...]

La Roca de Israel

Queremos acabar este artículo con la presentación de una anécdota relatada por Ben Gurion, que muestra las dificultades de la empresa del nuevo Israel y al par ilumina claramente la mentalidad semirreligiosa, semiataea del nuevo Estado, conflicto interior necesario que presenta ante el mundo una nueva concepción religiosa hasta ahora desconocida en la historia de las naciones. És-

tas, o se proclaman religiosas o se proclaman indiferentes o se proclaman ateas. Pero es nuevo el proclamarse, a la vez, religioso y no religioso.

«Solamente el último párrafo de la Carta de la Independencia levantó dificultades para su aprobación, porque contenía la expresión: Confianza en la Roca de Israel. Los racionalistas fanáticos encontraban que esto era atentar contra el libre pensamiento, mientras que los extremistas ortodoxos juzgaban que era herético haber omitido el término: y su Salvador. Después de muchas discusiones todo el mundo firmó finalmente el conjunto de la Declaración» (pp. 103-104).

De este modo y con este pensamiento va por la historia del mundo este recién nacido, y a la vez veterano, Estado de Israel, que, como anuncian las distintas ideas que aquí hemos mencionado, seguirá su curso, y, si no cae bajo la potencia de sus decididos adversarios y el abandono de sus amigos, llegará sin duda a dar mucho que hacer a la historia y a los historiadores.

Es de suma importancia valorar bien estas ideas, porque esta nación, según sabemos por la revelación, está llamada a jugar un papel preponderante en el futuro del mundo. (Cfr. Rom, XI, 12, 15, 25-27).

Confesad al Señor, hijos de Israel...

Confesad al Señor, hijos de Israel,
y en presencia de los gentiles alabadle.
Que por esto os dispersó entre las gentes que le ignoran,
para que contéis sus maravillas y les anunciéis
que no hay fuera de Él otro Dios omnipotente.
Proclamad allí su magnificencia,
enaltecedle delante de todo viviente,
pues Él es nuestro Señor y nuestro Dios,
Él nuestro padre por todos los siglos.
Él nos castigó por nuestras iniquidades,
y Él nos salvará por su misericordia,
y nos recogerá de entre todos los gentiles,
entre los cuales hayáis sido dispersados.
Cuando vosotros os volviereis a Él
con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma
para obrar verdad en su presencia,
entonces Él se volverá a vosotros,
y no os esconderá ya más su rostro.

(Tobías 13,3-6)

MARIA, ESPERANZA DE ISRAEL

Nuestra Señora del Monte Carmelo, advocación primera y manifestación gloriosa del triunfo de la Virgen María

ANA DÍAZ

San Elías funda la Orden carmelitana para venerar a la predestinada Virgen que había de ser madre del Mesías

Surge el Carmelo, primer santuario del mundo dedicado a la predestinada para ser Madre de Dios María Santísima, del fuego ardiente que consume al profeta Elías, celoso por la gloria de Dios ante la apostasía de su pueblo. Con él nace la devoción mariana mediante su gloriosa Orden carmelitana a la que, con predilección, se le ha concedido la gracia de la contemplación y, especialmente en estos últimos tiempos, el don de dar a conocer al pueblo cristiano las dulzuras del amor misericordioso de Dios.

Los carmelitas fieles, siguiendo las gloriosas tradiciones de su Orden, siempre han considerado como su fundador y patriarca al gran profeta San Elías. Las disputas que en otro tiempo se entablaron quedaron zanjadas por el rescripto de Benedicto III que permitió colocar la estatua de San Elías como fundador de la Orden en los jardines del Vaticano junto a otros santos fundadores de las demás Ordenes religiosas, con la siguiente inscripción: «Erigida por toda la Orden de los Carmelitas, a su fundador el Santo Profeta Elías».

Los portentosos hechos del profeta Elías que se leen en el final del primero, en el comienzo del segundo libro de los Reyes, y en el capítulo 48 del Eclesiástico, quedan resumidos en el texto de la lápida que preside la entrada de la gruta de San Elías en el Monte Carmelo: «Esta caverna sirvió en un tiempo de morada a Elías Tesbita, jefe y maestro de los profetas, quien ardiendo de celo por la gloria del Dios de los ejércitos, confirmó y robusteció a los que claudicaban entre los hijos de Israel, trituró la impiedad y la apostasía de los reyes, de los tiranos y de los falsos profetas de Baal, abriendo el cielo por tres veces para que bajara fuego de lo alto y consumiese a los prevaricadores. Desde la cumbre más alta de este monte vio claramente en la nubecilla que se alzaba del mar la figura de la excelsa Virgen que habría de ser Madre de Dios, y comenzó desde entonces a tributarle culto como Señora de este monte, siendo este Santua-

rio el primero dedicado en el mundo a María por los hijos de los profetas...»

Yahwé se compadece de su pueblo arrepentido y desvela a Elías sus proyectos de misericordia

Eran tiempos de gran tribulación. El débil rey Ajab, dominado por su impía esposa Jezabel, hizo el mal a los ojos de Yahwé más que todos los que fueron antes que él. Siguiendo su ejemplo el pueblo de Israel, queriendo ser como los gentiles, abandonaba a Yahwé y se entregaba al culto de los Baales fenicios. Arreciaba la persecución propiciada desde el poder político, y parecía ya próxima la desaparición de la fe y la esperanza en las promesas de Dios. El resto fiel de Israel era cada vez más reducido y sólo Elías quedaba ya de los profetas de Yahwé. No cabía esperanza humana; era, pues, la hora de Dios. Elías, celando por la gloria del Dios de los ejércitos, se enfrentó con el rey, y tras espetarle: «Tú y la casa de tu padre sois los destructores de Israel al abandonar los mandatos de Yahwé y andar en pos de los Baales», siguiendo la inspiración misericordiosa de Dios, le mostró el camino de salvación: «Ahora, pues, manda aviso y congrega junto a mí en el Monte Carmelo a todo Israel, a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y a los cuatrocientos profetas de la aserá que comen en la mesa de Jezabel».

Allí tuvo lugar el trascendental desafío de Elías, solo con Dios, frente a centenares de profetas de Belcebú. Elías, tras el fracaso de sus oponentes, invocó a Dios: «Contestame, Yahwé, para que sepa este pueblo que Tú eres el verdadero Dios y así se convierta su corazón». Como respuesta cayó fuego de lo alto que consumió el holocausto, y todo el pueblo, rostro en tierra, exclamó: «Yahwé es el verdadero Dios». Las entrañas de misericordia de Dios se commovieron, y desveló a Elías sus planes de redención, y compadeciéndose de su pueblo arrepentido, que sufría sed desde hacía tres años y medio, hizo ascender a Elías a la cumbre del Carmelo donde, prosternado en tierra rezaba con el rostro entre las rodillas. Siete veces envió Elías a su criado a que otea-

se hacia el mar mientras él oraba cada vez más insistente, hasta que por fin aquél le dijo: «Se divisa una nubecilla pequeña como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar». Y en brevísimo tiempo el cielo se nubló y cayó una gran lluvia.

La nubecilla que asciende del mar, figura de la Inmaculada Virgen María

¿Qué vio Elías en aquella nubecilla pequeña? Tenemos la opinión autorizada de la Iglesia en el prefacio de la Misa de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo: «Verdaderamente es muy justo y digno... darte gracias Padre Omnipotente por haberte dignado mostrar por modo maravilloso a Elías, tu profeta Santo, una nubecilla ascendiendo desde el mar, en la que estaba significada la Inmaculada Virgen María, y a la cual quisiste Tú que dieran culto los Hijos de los profetas». Y en la lectura del segundo nocturno de la fiesta del Carmen: «Los discípulos de Elías y Eliseo empezaron a venerar con tal singular amor a la Santísima Virgen... que fueron los primeros de todos en erigir un templo a la Purísima Señora del Monte Carmelo, desde donde el profeta Elías había visto elevarse del mar aquella nubecilla que fue tipo insigne de María Inmaculada». Juan de Jerusalén (de *Inst. Prim. Monac.*, lib IV, cap I,) nos dice que en esta maravillosa nubecilla reveló Dios al profeta Elías «El misterio de la Inmaculada Concepción de María, su voto de virginidad, la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, y el tiempo en que ésta había de realizarse».

Los textos de la liturgia de la fiesta están tomados de los santos Padres, que ven a Elías como precursor de María en el primer advenimiento de Cristo, y en la nubecilla que apareció de modo casi imperceptible, trayendo la lluvia tan deseada por los desfallecidos habitantes de la tierra, una bella figura de la Santísima Virgen María, la cual, pasando casi desapercibida, nos trajo en su purísimo seno al Salvador, tanto tiempo deseado por las naciones, lluvia benéfica que descendió del cielo y derramó la justicia e inagotables bendiciones sobre los hombres, como anunció Isaías: «Enviad cielos vuestro rocío, y las nubes destilen justicia. Que la tierra se abra y germine al Salvador y la justicia conjuntamente» (Is 45,8)

«Os enviaré al profeta Elías para restablecer las tribus de Israel»

«Y sucedió que un carro de fuego y unos caballos también de fuego separaron a Elías y Eliseo. Y Elías subió en un torbellino al cielo» (II Re 2,11). «¡Cuán

admirable fuiste, oh Elías!... de quien está escrito que estás preparado para, en un tiempo dado, amansar la ira de Dios, para convertir el corazón de los padres hacia los hijos y restablecer las tribus de Israel» (Ecli 48,10). El escrito de referencia es el epílogo de los Profetas del Antiguo Testamento (Mal 4,23-24). «Os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día grande y terrible de Yahwé, para que vuelva el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres».

En la literalidad de estos textos se funda la antigua interpretación, común entre los Padres, de que al fin de los tiempos Elías está destinado a predicar la conversión a Israel antes de la segunda venida del Señor, como lo hizo en su primera San Juan Bautista, que vino con el espíritu y la virtud de Elías (Lc 1,17).

Hoy eruditos teólogos críticos niegan la anunciada venida de Elías en los últimos tiempos. Les responderemos con la autorizada opinión de Maldonado, que en su célebre *Comentario a los cuatro Evangelios* sobre el texto de San Mateo 17,11, en que Cristo afirma: «Elías ha de venir y restaurarlo todo», comenta: «Cristo afirma que Elías ha de venir. Los calvinistas, más sabios que el mismo Cristo, según ellos se creen, no admiten esta venida y se rien de nosotros porque la tenemos por segura. Ellos aplican todo lo que dice Cristo de Elías al Bautista, según parece exponer el Señor en el verso siguiente. Pues tengan paciencia estos señores que se creen animados por el espíritu de Dios, que nosotros en nuestra simplicidad nos fiamos más de la Escritura que de su sapiencia. Primero Cristo no dice que “Elías haya venido ya”, sino que vendrá, pues lo que dice en el verso siguiente: que ya vino, lo refiere a Juan Bautista, que en efecto se había presentado en el espíritu y virtud de Elías».

El eximio Padre Suárez, en los *Misterios de la vida de Cristo*, comentando el evangelio de San Lucas 1,17, dice, citando a San Agustín: «¿Cómo dice el Bautista que no es Elías, y el Señor que sí lo es? Porque el Señor Jesucristo quiso prefigurar en él su advenimiento futuro, y dijo esto porque Juan tenía el espíritu de Elías. Y lo que fue Juan respecto al primer advenimiento de Cristo, será Elías para el segundo.»

Elías ha de convertir los corazones de los padres a los hijos

Elías ha de convertir los corazones de los padres a los hijos. ¿Qué se ha de entender por padres e hijos? Por padres podemos entender a los judíos creyentes, y por hijos a Cristo y a su Iglesia, siguiendo a San Agustín en el capítulo XXIX del libro XX de la *Ciudad de Dios*, que titula «De la venida de Elías antes del juicio, y de

cómo descubriendo con su predicación los secretos de la divina Escritura, se convertirán los judíos», en que dice: «... explicándoles la ley este profeta Elías, grande y admirable, han de venir a creer los judíos en el verdadero Cristo... y manifestando a los judíos espiritualmente la ley —que ahora entienden carnalmente—, convertirá el corazón del padre al hijo».

Dice San Luis María Grignon de Montfort en su *Tratado de la verdadera devoción*: «María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de que por medio de ella los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo». Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos, y... como Ella es la aurora que precede y descubre al sol de justicia, Jesucristo, ha de ser conocida y vista a fin de que lo sea Jesucristo: «Como María es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Éste venga la segunda, aunque de diferente manera».

El mismo Montfort en su *Oración abrasada* exclama: «¿Cuándo será que venga ese diluvio de fuego de puro amor que Vos, Espíritu Santo, debéis encender en toda la tierra de un modo tan suave y tan vehemente que... los judíos mismos se abrasarán en él y se convertirán?». «María ha de brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia para atraer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y desviados, que se convertirán...»

La conversión de Israel al fin de los tiempos, obra de María por medio de su profeta Elías

De los textos expuestos cabe entender que la conversión de los judíos al fin de los tiempos ha de realizarse por la predicación de Elías, y éstos han de ser atraídos a Cristo y recibidos amorosamente en su Iglesia por la mediación e intercesión de María. Parece que la predicación de Elías podría ser bien recibida por los judíos piadosos que todavía hoy le veneran e invocan, pues en la circuncisión de los niños a los siete días de nacer, ponen una silla destinada a Elías, al que suponen presente como testigo del signo de alianza que introduce al niño en el linaje de Abraham.

Resultaría aventurado suponer que, cumplido el tiempo de las naciones, emprenderá Elías, santo como el que más de los últimos tiempos, la conversión de los judíos fieles que esperen aún al Mesías, predicándoles las maravillas que Dios obró en la humilde y excelsa Virgen de la estirpe de Jessé, la hermosura del Carmelo y del Sarón, y los torrentes de gracia que por su medio tiene preparados derramar sobre su antiguo pueblo elegido, cumpliendo la anunciado por Jeremías: «Yo os intro-

duje en la tierra del Carmelo para que comieseis sus frutos y gustaseis lo bueno que en él se encierra».

María puede hacer que su pueblo lo comprenda todo

Lo que María ha hecho individualmente con tantos hijos convertidos de su pueblo, puede hacerlo también colectivamente, y con sólo su presencia, su mirada y su sonrisa hacer del resto fiel de Israel, lo que hizo con Alfonso de Ratisbona en su día, que «lo comprenda todo», y así se cumpla su profetizada conversión, en que reconociendo a Cristo como Hijo de Dios, Mesías prometido para la salvación de los hombres, vengan su paz y sus bendiciones para que la humanidad toda pase como de muerte a vida.

Con sus ojos de misericordia, sin decir una sólo palabra, sólo mirándole amorosamente, María concedió la conversión instantánea a Alfonso de Ratisbona, un judío agnóstico y mundano a quien un piadoso amigo el día anterior había puesto al cuello una medalla milagrosa y rezado insistentemente por él la oración del «Acordaos», y quien desde entonces antepuso a su nombre el de María, y que a todos explicaba: «La he visto, no me ha hablado, pero lo comprendí todo», «No tengo por qué temer; me siento amparado por una misericordia inmensa». Ordenado sacerdote, fundó con su hermano Teodoro la Congregación de Nuestra Señora de Sión para rogar por la conversión de su pueblo Israel. Está enterrado en Ain Karem, la montaña de Judea que oyó por primera vez el «Magnificat», a la que María subió con prisas a ayudar a su prima Isabel. Preside su tumba la imagen de María de la Medalla Milagrosa con esta leyenda: «Oh, María! Acordaos de vuestro hijo, dulce y gloriosa conquista de vuestro amor. Padre María, 6 de mayo de 1884».

María hizo de Herman Cohen, joven pianista judío, bohemio y disoluto, tras su milagrosa conversión, iniciada repentinamente cuando sustituía a un amigo en la función del Mes de Mayo en París, un Agustín María del Santísimo Sacramento, fundador de la Adoración nocturna, que pidió ingresar en «la Orden del Carmelo, salida de entre los judíos por obra del gran profeta Elías» para honrar a la Gloria de Jerusalén, la Alegría de Israel, el Honor de su pueblo, para allí unirse en vida contemplativa con el Mesías encontrado, y años más tarde delante de la gruta de Lourdes le hizo la merced de recobrar milagrosamente la vista en uno de sus primeros milagros como Inmaculada.

A San Pedro Tomás, Patriarca de Constantinopla, carmelita y mártir, se le apareció la Virgen del Carmen y le aseguró que su Orden duraría hasta el fin del mundo, «pues así lo alcanzó de mi Hijo el Profeta Elías, su fun-

dador en el monte Tabor». Siendo admirable la historia pasada y presente de la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, creemos estar en vísperas de lo más hermoso, que estaría por venir. Si Dios concedió en su tiempo a Santa Teresa con su carisma contemplativo, su radiante simpatía, su atrayente humildad y sentido común, para propagar por el mundo su Carmelo; en los nuestros y para los que se avencinan, ha concedido a Santa Teresita su carisma de doctora de su amor misericordioso, y tras ella ha bendecido su Orden con esa insólita floración primaveral de santos que augura una singular misión en la Iglesia de éstos nuestros últimos tiempos.

La Virgen del Carmen en la última aparición en Lourdes y Fátima

Nuestra Señora, para su último encuentro con Bernardita escoge la fiesta de Virgen del Carmen, el 16 de julio de 1858. «¿Por qué así?» —se pregunta Monseñor Theas, obispo de Tarbes-Lourdes en su libro *Bajo el fulgor de Lourdes*—; y responde: «No hablemos de casualidad. La elección de esta fecha es intencionada. Sin duda nosotros desconocemos todas las razones, pero la Providencia, seguramente, ha querido mostrar una especial benevolencia a toda la familia carmelitana... Entre la Virgen de Lourdes y el Carmelo hay una relación especial, una intimidad particular». Dice Bernardita de aquel día: «La Virgen se me apareció sin decirme nada... estaba más bella que nunca».

Las carmelitas, queriendo honrar particularmente esta última aparición del 16 de julio, establecieron su monasterio frente a la gruta, lo más cerca posible del lugar que ocupaba Bernardita aquel día, que antes del desvío del Gave se hallaba en la orilla derecha, y en acción de gracias llamaron a su monasterio el Carmelo de la Sonrisa.

En la máxima manifestación mariana de este siglo, en la que asegura el triunfo de su Corazón Inmaculado, en Fátima el 13 de octubre de 1917 la Virgen María quiso despedirse de los niños con una visión de su triunfo glorioso, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen coronada como Reina del cielo y de la tierra, y llevándose pronto a los otros dos videntes, quiso introducir a Lucía en su jardín del Carmelo.

Fue la sexta y última de las apariciones: en seguida, abriendo las manos, Nuestra Señora las hizo reflejar en el sol, y mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol. Lucía en ese momento exclamó: «¡Mirad el sol!».

A los ojos de los videntes se sucedieron entonces tres cuadros que correspondían a los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del Rosario: «Aparecieron al lado

del sol, San José con el Niño Jesús y Nuestra Señora del Rosario. Era la Sagrada Familia. La Virgen estaba vestida de blanco, con un manto azul. San José también vestía de blanco, y el Niño Jesús, de rojo claro. San José bendijo a la multitud trazando tres veces la señal de la cruz. El Niño Jesús hizo lo mismo. Siguió la visión de Nuestra Señora de los Dolores y de Nuestro Señor atormentado de dolor en el camino del Calvario. Nuestro Señor trazó una señal de la cruz para bendecir al pueblo. Finalmente, apareció, en una visión gloriosa, Nuestra Señora del Carmen, coronada Reina del Cielo y de la Tierra, con el Niño Jesús en brazos.»

«¿Quién podrá, Señor, oponerse a vuestra voluntad, si vos habéis resuelto salvar a Israel?» (Ester, cap. XIII)

Al fin del pasado siglo, el 18 de diciembre de 1899, León XIII por el Breve *Cum sicut* pedía al pueblo cristiano que rezara esta oración por la conversión de los judíos y de los turcos: «¡Oh, dulce Corazón de María! Decid a Jesús aquello que nosotros ni sabemos ni podemos decirle, y Él os escuchará... y si para vencer la resistencia de aquellos por quienes os rogamus, es necesario un milagro, ¡oh, Virgen Inmaculada!, os lo pedimos por el inmenso amor que tenéis a Jesús. Ah, sí, dignaos apareceros a los judíos y a los turcos, como ya os aparecisteis a Ratisbona, y a una señal de vuestra diestra, ellos, como él, quedarán convertidos; oh, venga pronto tal día en que la Sacrosanta Trinidad reine por medio de Vos en todos los corazones, y todos conozcan, amen y adoren en espíritu y en verdad al Fruto bendito de vuestro seno, Jesús!».

Madre de Dios Santísima, Señora del Monte Carmelo, su decoro y hermosura, que habéis querido que en este monte se os erigiera el primero de vuestros santuarios en el mundo entero, y que fuera lugar de vuestras delicias y trono de vuestras misericordias sobre cuantos se cobijan bajo el manto de vuestro pardo escapulario. Esposa del Cantar de los Cantares, nombre que evoca profecía porque es de presencia que precede a la del esposo, cuna de la devoción mariana más popular del pueblo cristiano, en cuya completa manifestación cifran sus esperanzas tantos moradores espirituales del Carmelo, como preludio del prometido reinado de vuestro Hijo en el mundo.

Hermosura del Carmelo y del Sarón, como por primera vez hace ahora dos milenios, dignaos acelerar el tiempo prometido en que los cielos destilen el rocío de lo alto, y Vos, la mística nube, llovednos de nuevo al Justo, Cristo Jesús, Hijo de Dios, único Salvador de la humanidad, Mesías bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Los contenidos de la esperanza cristiana y la teología de la Historia

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

En el llamado de S.S. Juan Pablo II a redescubrir durante este año la virtud teologal de la esperanza, no habla el Papa de una esperanza inconcreta y genérica, antes por el contrario, la especifica de forma expresa, al nombrarla inmediatamente unida a su objeto o contenido. Así es como dice: «Los cristianos son llamados a prepararse para el gran Jubileo del inicio del tercer milenio *renovando la esperanza en la venida definitiva del Reino de Dios*, preparándolo día a día en ellos mismos, en la comunidad cristiana a la que pertenecen, en el contexto social en el que viven y también en la historia del mundo». ¹ Estas palabras son una clara invitación del Papa a resituar la esperanza en su dimensión más original y rica, de espera del Reino prometido por Cristo desde la vida histórica humana, de espera de una plena realización aún no alcanzada de las promesas mesiánicas, de espera vigilante y activa de la anunciada segunda y definitiva venida de Cristo a la Tierra.

De acuerdo con las orientaciones recibidas del P. Orlandis, CRISTIANDAD siempre ha contado entre sus tareas más propias la de ahondar precisamente en esos contenidos de la esperanza, que durante siglos han quedado en un segundo plano, o incluso han sido dejados de lado, como si de esperanzas terrenas y carnales se tratara. Existe, sin duda, una deformación de la esperanza en el Reino de Cristo que lo reduce a dimensiones meramente humanas. Lo conocemos: desde el milenarismo de los judaizantes, hasta el inmanentismo historicista y revolucionario del marxismo y su asimilación en la llamada «teología de la liberación». Pero por el otro lado, es también una deformación de la esperanza, por ser una mutilación, la negativa a incluir entre los bienes mesiánicos prometidos cualquier elemento temporal y, particularmente, la negativa a esperar una futura realización terrena más plena que la presente de los bienes mesiánicos. Estas negativas obligan, naturalmente, a reinterpretar todas las promesas de triunfo y plenitud del Reino en clave de eternidad. La Iglesia en la tierra, se dice, será siempre perseguida y sufriente, en analogía a Cristo en el tiempo de su pasión. Y así como Cristo, tras la muerte alcanzó la resurrección, así la Iglesia obtendrá la plenitud sólo en la gloria definitiva

del cielo, pero no en un triunfo terrenal de ningún tipo. ²

Ahora bien, esta «espiritualización» exagerada de la esperanza cristiana, al caer en cierto extremo, sucede que más bien favorece el mismo error que quiere combatir. En efecto, ¿no es posible que sea la insuficiencia de este tipo de esperanza, lo que ha propiciado la vuelta de muchos hacia aquellos milenarismos ateos, al no saber cómo era dable encajar en una auténtica visión cristiana la preocupación por el orden temporal y por un mundo mejor? Esta cuestión nos parece, pues, de suma importancia, ya que en ella se juega un aspecto crucial de la relación entre lo terreno y lo celestial, entre lo temporal y lo eterno, de la «encarnación» de lo divino y la «divinización» de lo humano.

Hay aún otro peligro en la concepción minimalista de la esperanza, y es la desconexión que necesariamente se sigue respecto a las esperanzas de Israel. Ocurre entonces lo que tanto lamenta el cardenal Lustiger, judío convertido al catolicismo: que los cristianos no comprenden su propia religión y son, en el fondo, como paganos. ³ En el caso extremo, se alcanza una nueva forma del error gnóstico y maniqueo: el rechazo del Antiguo Testamento, en el que se llega a ser incapaz de reconocer la acción del mismo Dios que Jesús nos manifiesta en el Nuevo.

Sin embargo, es necesario distinguir lo que es substancial y obligatorio en la esperanza teologal, y lo que no es obligatorio esperar, por ser accesorio y discutible, al menos entre tanto la Iglesia no se pronuncie acerca de ello. En el artículo que titulé *¿Somos pesimistas?*, al que remitimos a nuestros lectores, distinguía el P. Orlandis dos grados de optimismo: un optimismo nuclear, propio de todo cristiano, fundado en la herencia recibida de Cristo y de sus apóstoles por la Iglesia, y un optimismo más grande, como el del P. Ramière y el suyo propio. El pri-

2. A modo de ejemplo, muy característico: v. el comentario de S. Birngruber en ocasión del pasaje del Apocalipsis que habla del reinado de mil años: «Del mismo modo que Cristo no realizó los sueños mesiánicos terrestres, sino que quiso ser exclusivamente Rey de los corazones, así también su Reino había de ser exclusivamente espiritual». *El Apocalipsis de S. Juan*, Rialp, Madrid, 1966, p. 268.

3. V. *La elección de Dios* 1ª parte, cap. III, «Judaísmo y cristianismo».

1. *Tertio millenio adveniente* 46.

mero surge de la esperanza en «una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora»,⁴ y es «la flor de las virtudes teologales». Pero el segundo y mayor también es fruto de la esperanza teologal; de ningún modo surge de una esperanza humana. Su contenido se resume sencillamente como la confianza en un triunfo venidero de la Iglesia en este mundo. En qué sentido y con qué fundamento puede esperarse este triunfo, es lo que seguidamente nos proponemos desarrollar algún tanto.

El estudio y la exposición sistemática y rigurosa de este contenido es tarea que corresponde precisamente a la teología de la historia. Disciplina a la que el P. Ramière dio el nombre, pero que muchos otros han cultivado, a lo largo de todos los siglos del cristianismo. La teología de la historia, en palabras del P. Orlandis «acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan».⁵ Podríamos decir que el mismo Cristo nos exhorta a cultivarla, cuando recomienda a sus discípulos aprender la parábola que proporciona la higuera (Mc 13, 28). Para comprender mejor la esperanza más optimista en un triunfo venidero de la Iglesia en este mundo, pues, en una especie de rápida excursión por los campos de la teología de la historia, vamos a examinar primeramente algunos puntos acerca de las promesas, que son el fundamento de dicha esperanza.⁶

Dimensión individual y dimensión social de las promesas

Recordemos, para empezar, que ya en el momento de la caída de nuestros primeros padres, aún antes de anunciarles los castigos que habían merecido, Dios produjo el primer anuncio del Mesías, nacido de mujer, que ha de vencer a Satanás:

«Entonces Yahwé dijo a la serpiente: “Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Enemistad pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar”» (Gn 3,14-15).

Ya en este momento podemos ver que Dios no considera al hombre y a la mujer sólo en su individualidad, sino que además contempla sus linajes, por lo cual, sus palabras valen para toda la humanidad.

4. *Cristiandad* 73, abril de 1947, p. 146.

5. *Loc. cit.*

6. Cf. «Las promesas divinas, fundamento de la esperanza», *Cristiandad* 801-802, p. 72.

En la Alianza que Dios realiza con Noé podemos ver algo parecido. Dios se compromete con un hombre, y en él, en su nombre, con toda su descendencia, e incluso con la creación entera que le está sometida.

«Dijo Dios a Noé y a sus hijos con él: «He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña: las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra. Establezco mi alianza con vosotros, y no volverá nunca más a ser aniquilada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra»» (Gn 9,8-17).

Pero es sobre todo en las promesas a Abraham, padre del pueblo de Israel, donde la doble dimensión individual y colectiva de las promesas resalta más claramente:

«Yahwé dijo a Abram: “Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición.

Bendeciré a quienes te bendigan
y maldeciré a quienes te maldigan.

Por ti se bendecirán

todos los linajes de la tierra”» (Gn 12,1-3).

«El Angel de Yahwé llamó a Abraham por segunda vez desde los cielos, y dijo: “Por mí mismo juro, oráculo de Yahwé, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz”» (Gn 22, 15-18).

He aquí, pues, que las promesas se hicieron a un hombre singular, Abraham; y a su descendencia (es decir, a un pueblo, el pueblo de Israel); pero también algo les alcanza a todos los demás pueblos y naciones: pues todos los linajes, todas las naciones de la tierra alcanzarán bendición por Abraham y su descendencia.

Las promesas al pueblo de Israel se confirman, se concretan y se perfilan muchas veces a lo largo del Antiguo Testamento, como es bien sabido, sobre todo en los salmos y en los profetas. No hace falta ahora hacer su recorrido. Sí sólo notar que existía una esperanza colectiva, de Israel como pueblo, en virtud precisamente de todas estas promesas. Lo que Israel esperaba era una especie de recuperación del paraíso perdido, precedida ciertamente de grandes sufrimientos y catástrofes, pero en que, como en un siglo de oro, Israel, libre de sus opresores y nuevamente reunido en su tierra, vendría a ser el centro no sólo religioso, sino también político y económico de la humanidad. En esa época el conocimiento de Dios llenaría el mundo; todos los ídolos serían derribados; todas las na-

ciones se dirigirían a Jerusalén a buscar la ley y la bendición de Yahwé. Y reinarian la paz y la justicia en toda la tierra.

He aquí la dimensión integral —pues abarca todo lo humano— y universal —pues alcanza a todas las naciones— de la esperanza judía. Las esperanzas de la Iglesia, que no significan una ruptura con las de Israel, sino una etapa más avanzada, más sólida y más pura de las mismas, no recortan en la substancia el alcance de estas dimensiones. No se pierde en ellas la dimensión social, y por tanto, no dejan de afectar al ámbito de lo público, económico y político. La Iglesia católica siempre ha rechazado relegar la religión al círculo estrecho de lo meramente privado. Pero es que tenemos una confirmación reciente de lo que venimos diciendo en el último Concilio, que, al renovar en la Iglesia la conciencia de ser «el pueblo de Dios», ha puesto más de relieve la dimensión social de la que no puede desgajarse ningún aspecto de la vida cristiana. En particular, la esperanza teológica es una esperanza individual y colectiva y se refiere no sólo a bienes particulares, sino también a bienes comunes futuros.

Hay en Santo Tomás un fundamento importante a esta dimensión social de la esperanza, que aparece cuando el Aquinate se pregunta si se puede esperar la felicidad eterna de los demás o sólo la propia de uno mismo. Su respuesta es que cabe la esperanza de la salvación ajena, a partir de un supuesto, que es la unión de amor con el otro para quien se espera. Por lo tanto, dice: «así como es la misma virtud de caridad aquella por la que se ama a Dios, a sí mismo y al prójimo, así es también por la misma virtud de esperanza que se espera para sí y para los demás».⁷ Dado que el lazo que une a los pueblos, según el propio Santo Tomás, es cierto amor de amistad, resulta claro que en un pueblo cuyo lazo de unión sea la caridad, será no sólo posible, sino necesaria, una esperanza común y compartida de salvación para todo el pueblo.

La Iglesia, heredera de las promesas

La esperanza de salvación que se funda en las promesas divinas, tal como es rectamente comprendida por los cristianos, se refiere en último término y principalmente a la eternidad, pues tiene por objeto a Dios mismo, como bien eterno que se nos dará en la otra vida. Pero hay también muchas promesas divinas que se refieren al curso de la historia, a planes de Dios sobre la humanidad en el tiempo, y son tan esenciales a su designio salvífico como las que se refieren a la eternidad. La principal de ellas, la

gran promesa que hizo Dios a Israel, es evidentemente la venida del Mesías, Rey y Salvador del pueblo. Esta promesa se ha cumplido ya, y no es objeto de esperanza para nosotros, sino de fe. Se cumplió en Jesús, nacido de María, virgen, en Belén de Judea. Ahora bien, esto no supone que se haya cumplido ya todo lo que en el Antiguo Testamento se prometió. De hecho, es manifiesto que Jesús inició algo que dejó por terminar, que hizo el encargo a sus discípulos de llevarlo adelante hasta su culminación, y que añadió promesas a las promesas antiguas, con lo que resulta evidente que los tiempos mesiánicos no se reducen a la época de la vida de Jesús, sino que corresponden a todo lo que solemos llamar «la era cristiana». El Reino de Dios es como un grano de mostaza, no una obra hecha de una vez, sino que empieza como algo pequeño y se hace grande con el correr del tiempo.

Los judíos no comprendieron esto, y se creyeron justificados en rechazar el Evangelio porque no veían el cumplimiento de sus esperanzas. También a los discípulos inmediatos de Cristo se les planteaba agudamente esta cuestión, pues aún después de su resurrección le preguntaban: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» (Hch 1, 6). Lo mismo les había ocurrido a los del camino de Emaús antes de reconocer al Señor: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel» (Lc 24, 21). La respuesta de Cristo, entonces, es la que da origen y sentido al nuevo tiempo de esperanza en que vivimos los cristianos. He aquí como nos expone este punto crucial el reciente Catecismo:

«Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1,6-7) que, según los profetas (cf. Is 11,1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz.» (nº 672)

Este «aún no es la hora» abre desde luego un tiempo de espera que, como dice el Catecismo, es también de prueba, de tristeza y de combate. Lo que no puede ser, evidentemente, es un tiempo de olvido de aquello que ha sido aplazado, mas no cancelado. La característica que define lo más positivo y esencial de este tiempo de «ausencia del novio», es precisamente el tener las miras puestas en esa hora que ha de venir, en que el novio volverá, en que se cumplirá finalmente el prometido restablecimiento del Reino, lo que Israel esperaba.

Hay muchas palabras de Jesús —sea en parábolas, sea en forma de anuncios de género «apocalíptico», sea en lenguaje llano y explícito— que se refieren a su próxima marcha y posterior retorno, a la tardanza en la vuelta, a la sorpresa con que se producirá, y a los signos que precederán o acompañarán a los hechos y los señalarán a los discípulos, que han de estar siempre atentos a los signos de los tiempos. Por esto es nuestro tiempo particularmen-

7. *S.Th.* II-II q. 17 a. 3.

te un tiempo de esperanza, porque nos damos cuenta de que se están cumpliendo ya las promesas, pero falta aún que se cumplan en su plenitud.

La noción de un triunfo de Israel

Como resumiendo lo dicho, podemos ahora argumentar dos puntos. Primero: las nuevas promesas y profecías de Cristo no pueden entenderse sin enlace con las del Antiguo Testamento, ni en discrepancia con ellas, ni mucho menos como si las cancelaran. Pues, tratándose todas de promesas divinas, no pueden dejar de cumplirse. Segundo: si para Israel la esperada salvación del pueblo significaba un triunfo futuro de Israel entre las demás naciones, los cristianos, que se entienden a sí mismos como el nuevo Israel y el único pueblo de Dios en la Nueva Alianza, lógicamente han de esperar el cumplimiento de aquellas promesas en la forma de un triunfo venidero de la Iglesia en el mundo. Nuestro última tarea, pues, habrá de ser ya únicamente concretar los aspectos y características de tal triunfo, en vistas sobre todo a evitar con cuidado cualquier idea incompatible con las enseñanzas de Cristo y con la pureza de la fe, cualquier error que puede darse en materias que, por su carácter recóndito, fácilmente excitan la curiosidad y la fantasía.

Nuestro primer guía puede ser sin duda el P. Enrique Ramière, máximo impulsor del Apostolado de la Oración y gran apóstol del Corazón de Jesús. En *Las esperanzas de la Iglesia*, obra fundamental para este tema, el P. Ramière muestra suficientemente su modo de entender el esperado triunfo de la Iglesia, en las diversas expresiones que utiliza para designarlo: «una era de paz y prosperidad terrenal» para la Iglesia; el fin de la «enemistad de la mayor parte de los hombres con la tierna Madre de sus almas» (p. 103); «alianza entre la sociedad temporal y la espiritual» (p. 104); «la Iglesia triunfa, los designios de Dios se cumplen, el reinado de Jesucristo se restablece en la tierra, los pueblos se unen y toda la sociedad entra en una era de paz y de incomparable felicidad» (p. 106). Como podemos ver, el triunfo de la Iglesia, lejos de cualquier fantasía de prestigio mundano o de dominio terreno, no significa otra cosa que la aceptación teórica y práctica por parte de los hombres y de las sociedades de la doctrina de la misma, con todos los bienes que de tal aceptación se derivan.

El P. Orlandis, en el artículo ya citado más arriba, dice haber llegado a su sistema de teología de la historia antes de haber leído al P. Ramière, pero que, habiendo hallado luego que coincidían en lo substancial, su conocimiento contribuyó a confirmarle en relación a la ortodoxia de su sistema. Sin embargo, lo que definitivamente le convenció de que no se le podía tachar de afín al error milenarista,

fueron las encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús del Papa Pío XI, con las que sus ideas concordaban en todo lo esencial. El P. Orlandis insiste en la necesidad de purificar la esperanza de toda ilusoria imaginación. La plenitud del Reino de Cristo, el triunfo de la Iglesia, no significa ni una era paradisiaca, sin pecado original ni concupiscencia, ni una época de santidad sin cruz ni mortificación, ni un cambio de organización de la Iglesia, ni un enriquecimiento esencial de la misma. Llega a decir el P. Orlandis que tendría visos de malsana curiosidad preguntarse hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo, y que no cabe esperar algo así como una época sin pecados mortales. Por último, hay que excluir la idea de una presencia visible de Cristo Rey en la tierra, error incompatible con la institución del Pontificado y condenado expresamente por la Iglesia. Lo que el P. Orlandis espera, como cumplimiento de lo prometido por Dios a los hombres desde antiguo, es otra cosa. En sus propias palabras, «no es sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la soberanía social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral».⁸

Claro que esto supone un giro de ciento ochenta grados en el curso actual de las cosas: una inversión del proceso secularizador de la sociedad y el estado moderno, el fin del liberalismo y del laicismo, el acatamiento en la práctica política y legislativa de la ley de Dios, etc. Todo esto no se dará como resultado de un proceso tranquilo de difusión y penetración paulatina del mensaje evangélico en el mundo. En total concordancia con lo que indudablemente previenen las profecías, el *Catecismo de la Iglesia Católica* (núm. 677) advierte bien claramente: «El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4)».

Sin embargo, la venida del Reino también se prepara de algún modo. Los cristianos no estamos exentos de trabajar para ella. Las consagraciones de naciones y del mundo entero a Jesucristo Rey, la presencia cada vez mayor de María en la vida de la Iglesia, la extensión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, son otros tantos medios queridos por Dios para acercar a la humanidad hacia sus planes y cumplirlos finalmente en ella, como se lo tiene prometido. El fruto de la aceptación voluntaria del Reinado de Cristo por las naciones, será aquella paz que tanto buscan fuera de él, pero que no puede hallarse sino en él.

8. Loc. cit. p. 148.

El Templo de Jerusalén, centro de la vida judía

JORGE SOLEY CLIMENT

El pasado día 16 de septiembre los servicios informativos de TVE se hacían eco de la ocupación de la explanada de las mezquitas por parte de un grupo de judíos, autodenominados «fieles del Templo», para orar en el lugar en el que se alzaba el antiguo Templo de Jerusalén y en el que pretenden edificar el Tercer Templo. Por otra parte, *Tierra Santa*, la revista editada por los franciscanos, recoge en su último número la siguiente información: «Un grupo de judíos ultraortodoxos está preparándose para acelerar la venida del Mesías y, con ese fin, reabrir al culto sacerdotal el Templo de Jerusalén. Cuatro familias judías, descendientes de los kohanim o sacerdotes del Antiguo Testamento, están dispuestas a ceder sus hijos varones al servicio sacerdotal. Serán preparados, desde el momento del nacimiento, en un lugar aislado, esterilizado, en los alrededores de Jerusalén. Serán cuidados con todo esmero para que no contraigan impurezas legales, dado que serán los encargados de purificar al pueblo». Así pues, los intentos de reconstrucción del Tercer Templo tienen una indudable vigencia y actualidad.

El templo de Salomón

El Templo de Jerusalén ha mantenido una posición central en la memoria colectiva judía. Íntimamente unido a la Ciudad Santa, resulta difícil hacerse una verdadera idea del significado del Templo en el sentir del pueblo judío a lo largo de los siglos. Una breve mirada al pasado nos ayudará a penetrar en el sentido profundo del Templo que era el centro del mundo, el único lugar donde se daba culto al verdadero Dios, Creador y Señor del Universo, tal y como Él había prescrito. Ya en los inicios del caminar del pueblo de la Alianza aparece Jerusalén como un lugar dotado de una especial singularidad; Abraham había sido bendecido misteriosamente por Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo y prefiguración de Jesucristo. Diez siglos más tarde, David, ungido rey sobre las doce tribus, conquistaba la fortaleza de Sión a los jebuseos, estableciéndose así el cetro de Judá sobre Jerusalén. El Arca de la Alianza, conducida por los hijos de Aarón y de Leví, había entrado en Jerusalén entre los gritos de júbilo de la multitud. Pero no le correspondía a David levantar la casa de Yahvé, sino a su hijo, Salomón, quien edificó el Templo

en el que Dios cumpliría su promesa: «moraré en medio de los israelitas y no abandonaré a mi pueblo, Israel» (I Reyes 6,13). Organizó el rey una leva que alcanzó la cifra de 30.000 hombres enviados al Líbano, una parte mínima del esfuerzo realizado para levantar el Templo, pues «tenía, además, Salomón setenta mil hombres dedicados al transporte y ochenta mil cortadores en el monte, sin contar los principales jefes que había puesto Salomón al frente de las obras, en número de tres mil trescientos» (I Reyes 5,15-16). El esplendor del culto alcanzó cotas de grandiosidad difíciles de igualar, en las que todo un pueblo adoraba a Dios, sabiéndose en relación directa con Él.

Con el correr del tiempo vendrían, sin embargo, las infidelidades, los sincretismos religiosos, la aceptación de ídolos extranjeros, y también la voz de Yahvé a través de los profetas, llamando a la conversión. En tiempos de Jeremías, en el horizonte se podía otear, amenazante, el Segundo Imperio babilónico. Desoyendo una vez más las palabras del profeta, Sedecías, el último rey de Judá, se alzó contra Babilonia, provocando la venganza de Nabucodonosor II, que acabaría con su dinastía y conllevaría el destierro de todo el pueblo judío y la destrucción y saqueo de Jerusalén y del Templo.

El segundo templo

El profundo dolor que experimentaron los hijos de Judá ante la visión de la destrucción de lo que era más amado queda expresado en el salmo 137, «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión... ¿Cómo habíamos de cantar las canciones de Yahvé en tierra extranjera? Si yo me olvidara de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha, que se me pegue la lengua al paladar si no te recuerdo, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías». Pero Dios no abandonó a su pueblo, y tras siete décadas desde la primera deportación, se valió de Ciro para liberar a Judá del yugo babilónico y permitirle retornar a su tierra. El regreso a Jerusalén exigía la reconstrucción del Templo, el centro espiritual del pueblo escogido. Se iniciaba así el período del Segundo Templo.

El hundimiento del Imperio medo-persa ante el empuje de Alejandro Magno cambiaría los equilibrios políticos en Oriente, quedando Israel bajo dependencia helénica.

Antioco IV, propulsor de una política de asimilación helenística, atacó las bases más sagradas de la vida judía, llegando a profanar el Templo de Jerusalén, consagrándolo al culto pagano. La respuesta no se hizo esperar y, tras las túnicas desgarradas y los llantos de dolor, vino el alzamiento de los macabeos que culminaría con la reconquista de Jerusalén. «Y juntándose el ejército, subieron al monte Sión. Al ver asolado el templo, profanado el altar, quemadas las puertas, matojos nacidos en los atrios como en un bosque o en un monte cualquiera, y las habitaciones destruidas, rasgaron sus vestiduras, dieron muestras de gran dolor y echaron cenizas sobre sus cabezas» (I Mac 4,37-39). Luego repararon el Lugar Santo y el interior de la Casa y santificaron los atrios, «el pueblo entero se postró en tierra y adoró y bendijo al Cielo que los había conducido a la victoria» (I Mac, 4, 54).

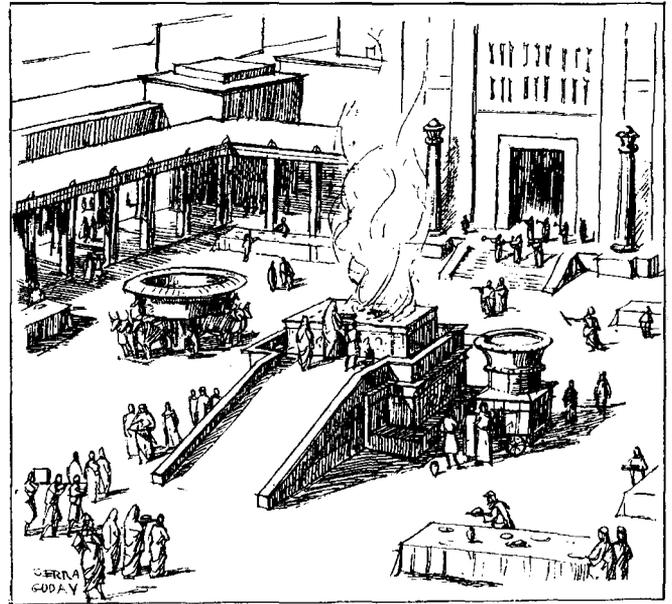
La muerte de Judas Macabeo significaría el inicio del período de los monarcas hasmoneos. Las disputas entre los últimos hasmoneos, Hircano y Aristóbulo, abrió la puerta a la conquista del país por parte de Roma, que apoyaría la entronización de Herodes, el idumeo. De forma misteriosa, Yahvé iba disponiéndolo todo para la venida de su Hijo al mundo, la llegada del esperado Mesías redentor. Flavio Josefo testimonia cómo, a pesar de sus muestras de sumisión a Roma, en un intento de ganarse a los judíos «Herodes renovó el Templo e hizo cercar con un muro muy fuerte el doble espacio de terreno alrededor del Templo»; ésta sería la fisonomía que admiraron Jesús y los primeros cristianos.

Jesús y el Templo

La actitud de Jesús hacia el Templo fue siempre de inmenso amor y veneración, lo que no impidió que, al final de su predicación, profetizase su no muy lejana ruina. El Templo es la casa del Padre en la que Jesús es encontrado por sus apenados padres entre los doctores de la Ley. Su celo por el Templo le llevará, ya en los años de su vida pública, a purificarlo de los mercaderes que lo habían convertido en casa de contratación. Acudirá a él con ocasión de las fiestas, enseñará en él y realizará curaciones milagrosas en el propio Templo. Pero también será allí donde Jesús, poco antes del inicio de su Pasión, profetizará la destrucción del Templo: «¿No veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida» (Mt 14, 2).

Destrucción del segundo templo

El desgarrar del velo del Templo en dos partes, de arriba abajo, en el momento en que Jesús entregaba su alma al



El esplendor del culto en el templo de Jerusalén

Padre, es efecto de la muerte del Hijo de Dios y, al mismo tiempo, prefigura la inminente desgracia que se cernía sobre el Templo. La profecía de Jesús no tardaría en cumplirse, y el año 66 d. de C. asiste a la sublevación judía que marcaría el inicio de una guerra que se saldaría con la derrota judía a manos de Tito y con el arrasamiento e incendio del Templo de Jerusalén en el año 70. Años más tarde, tras la promesa inicial de Trajano en el sentido de permitir la reconstrucción del Templo y su posterior negativa, y las medidas antijudías adoptadas por Adriano, los judíos volverían a alzarse en armas, capitaneados esta vez por Bar Kosiba, el *Hijo de la Estrella*, reconocido como mesías por el rabí Akiva. Dió Casio relata la suerte que corrió la sublevación: «Se salvaron muy pocos. Los romanos destruyeron cincuenta de sus fortalezas más importantes y arrasaron 985 de sus poblaciones de mayor relevancia. Quinientos ochenta mil judíos murieron en combates y escaramuzas y un número incalculable cayó víctima del hambre, el fuego y la espada. Casi todo el territorio de Judea quedó devastado».

El siglo II asiste, pues, a la devastación de Jerusalén (rebautizada como Aelia Capitolina y convertida en metrópoli pagana consagrada a Júpiter) y de las tierras de Judea, a la destrucción definitiva hasta el día de hoy, del Templo y a la dispersión de los supervivientes del pueblo judío por el mundo entero. Juliano el Apóstata, en su odio hacia la fe cristiana, albergó la idea de reconstruir el Templo de Jerusalén, pero la realidad fue que éste ya

no volvería a levantarse. A pesar de vivir durante siglos alejados de la tierra que Yahwé había dado a sus padres, los judíos mantuvieron viva la memoria de su Ciudad Santa, tal y como expresan en el saludo ritual que, generación tras generación, han repetido los judíos en el destierro: «el año próximo, en Jerusalén».

El anhelo por el tercer templo

Si bien el anhelo por el retorno a Jerusalén fue diluyéndose a medida que pasaba el tiempo y la vida en la diáspora se estabilizaba y se hacía más atractiva, éste siempre perduró en una minoría de judíos piadosos. Y hablar de Jerusalén significa hablar del Templo, el centro de la ciudad y de toda la nación. Conocemos bien por las páginas de *CRISTIANDAD* la historia del sionismo y la proclamación del Estado de Israel hace ahora medio siglo. Pues bien, tanto en las mentalidades de los primeros Chovevei Sion que emigraron de Rusia a la Palestina otomana, como en las de muchos de los sionistas que hicieron realidad la creación de un Estado judío o en las de los judíos piadosos que se enfrentaron al sionismo, ha persistido la idea del Templo. Una idea que, si se mantiene pura entre unos pocos judíos religiosos, ha sido mayoritariamente secularizada por el sionismo. Unas veces el Templo se identifica con el Estado de Israel, cuando se afirma el salto desde la era bíblica y el Segundo Templo a la «resurrección nacional» o «Tercer Templo» encarnado en el Estado de Israel. Esta postura convive con otra visión que espera, no sólo un Tercer Templo simbólico, sino también su reconstrucción material.

Retomando la información referida a los «fieles del Templo» expuesta al inicio de este escrito, su líder declaraba que, en estos tiempos de redención que vivimos, se hacía necesaria la reedificación del Templo. En la concepción del «mesianismo activo» se alcanzaría así la redención total de Israel, que de este modo alcanzaría al mundo entero y abriría la puerta del esperado período mesiánico. El rabino Kook, que veía en el sionismo el inicio de la redención, veía la necesidad de erigir de nuevo el Templo, que ya vislumbraba, para redimir al universo entero: «Aquí está el Templo sobre sus cimientos, para honor y gloria de todos los pueblos y reinos y aquí, ante nosotros, aparecen los sacerdotes, hombres santos, siervos del Templo del Señor Dios de Israel... El renacimiento de nuestro espíritu renovará todas las civilizaciones del mundo. Se resolverán todos los conflictos y nuestro resurgimiento hará que toda vida sea luminosa con el gozo del nuevo nacimiento». Esta visión mesiánica guarda un evidente paralelismo con el mesianismo secularizado que se expresa en las

siguientes palabras de Ben Gurión: «el pueblo judío será el testimonio de la realización de los ideales de Isaías y su contribución al establecimiento del mundo nuevo aportará a la humanidad la paz, la seguridad y el respeto del género humano».

En esta perspectiva, 1948 supuso la declaración de independencia de Israel, pero dejaba en manos árabes la parte antigua de Jerusalén; en 1967 se daba un nuevo paso con la conquista judía de todo Jerusalén. La culminación de este proceso no puede ser otra que la reconstrucción del Templo. Para ello, los judíos se enfrentan con diversos impedimentos. De una parte, la oposición del mundo cristiano a la «judaización» de Jerusalén, para la que se exige un estatuto especial que reconozca su carácter sagrado para judíos, cristianos y musulmanes. Por otra parte, la oposición del mundo islámico, que ve amenazado el tercer lugar santo del Islam, desde donde Mahoma había ascendido al cielo en su viaje nocturno. Obstáculos de no poca importancia pero que, a la luz de la historia, no creemos insalvables para el pueblo judío que, de esta forma, aun sin quererlo, una vez más obedece a los planes de la Divina Providencia.

La idea de la reconstrucción material del Tercer Templo es asumida, si bien no por la totalidad del pueblo judío, sí por múltiples judíos de toda condición y orientación, desde el sionismo hasta la ultraortodoxia. Pero, a la luz de los textos citados, es legítimo preguntarse, aceptando la hipótesis de que finalmente será reedificado, ¿lo será para dar culto a Dios o para dar culto al hombre? Si en el pasado el Templo dio gloria a Yahwé, podría ocurrir que, en el futuro, el Tercer Templo se asemejara, más que a esa antigua imagen, al sueño de Juliano el Apóstata. Desde esta perspectiva resulta clarificador recordar las palabras de San Pablo acerca del Anticristo que se sentará en el templo de Dios: «antes ha de venir la apostasía y se ha de manifestar el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza sobre todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta llegar a sentarse en el templo de Dios, manifestando que él es Dios» (2 Tes 2,3-4).

Frente a la versión secularizada y humanista del mesianismo, desde las páginas de *CRISTIANDAD*, fieles a las enseñanzas del Padre Orlandis, continuamos proclamando nuestras esperanzas conexas al segundo advenimiento, por las que sabemos que, en lo tocante a Jerusalén, «sucederá en lo postrero de los tiempos que el monte de la Casa de Yahwé será consolidado por cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados. Confluirán a él todas las naciones y acudirán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte de Yahwé, a la Casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y seguiremos sus sendas». Ya que de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra de Yahwé» (Is 2,2-4).

EL POSTULADO DE LOS

No podíamos pasar por alto, tratando de Israel, el postulado promovido por los hermanos Lémann con motivo del Concilio Vaticano I, firmado por 510 obispos y aceptado por Pío IX. Los dos hermanos sacerdotes, judíos conversos a la fe cristiana, habían iniciado su camino en la Santa Escala, que habían subido de rodillas en nombre de todo su pueblo, recitando «aquí está nuestra pobre nación, que la sangre del Justo caiga sobre nosotros como rocío de perdón y de amor». Recibida la bendición del Papa, recorrerían incansablemente las moradas de los obispos para conseguir sus firmas de apoyo al postulado. Leído algo más de un siglo después, se hace patente la clarividencia del escrito de los hermanos Lémann: se ha confirmado, de manera trágica,

el camino de apostasía por el que deambulan las naciones cristianas; también se ha confirmado que, sin la protección del gueto, la mayoría de los judíos han seguido ese mismo camino de abandono de la fe de sus mayores. No es menos cierta la suposición de que «quizá no esté tan cercana su total conversión a Cristo...», pero tampoco es menos cierto el comentario de Pío IX a los dos sacerdotes: «Sí, es muy conveniente dirigir a los israelitas algunas palabras de exhortación y de ayuda. Vuestra nación tiene en las Escrituras promesas ciertas de conversión. Si la vendimia no puede hacerse aún toda entera, que el cielo nos conceda recoger al menos algunos racimos». Desde entonces, si bien esperamos el día de la vendimia, hemos podido recoger notables racimos.

Postulado de quinientos diez obispos sobre la invitación a los hebreos para reconocer a Jesús como Mesías salvador (enviado por el secretario del Concilio a la Comisión el 2 de abril de 1870).

Carta propuesta a la firma de los Padres

Eminentísimos y reverendísimos padres:

Sobre la puerta exterior del aula conciliar podemos leer estas palabras de Cristo: *Enseñad a todas las gentes*. A todo aquel que lea esta inscripción le es patente vuestra solicitud hacia las diversas ramas de la familia humana; también nosotros, hijos de Abraham y ahora, por la misericordia de Dios, sacerdotes de Cristo, hemos tomado de ella la fuerza y el ánimo para dirigirnos a vosotros, para suplicar vuestra piadosísima misericordia en favor de nuestro pueblo de los hebreos.

La Iglesia fue fiel a su deber divino cuando fue necesario llevar la luz del Evangelio a los que están sentados en la sombra de la muerte. Y cuando no pudo iluminar a algún pueblo con la doctrina se ha de pensar que su celo quedó infructuoso por un cierto impedimento; así ocurrió, durante diecinueve siglos, con el infeliz linaje de los israelitas.

Pero hoy, por manifiesta intervención de la divina providencia, parecen haberse removido los antiguos obstáculos. Ya en el presente siglo, la condición de nuestro pueblo ha cambiado totalmente, tanto en las cosas civiles, como respecto a la religión.

Porque si atendemos al presente estado de los judíos en la convivencia social, los veremos, en casi todo el

Occidente, mezclados con los naturales del país y viviendo en su común régimen político. El muro de separación conocido como *gueto*, con el que los judíos mismos durante la Edad Media querían rodearse y protegerse, cayó ya hace muchos años; en la misma Roma nuestro magnífico y glorioso pontífice-rey, Pío IX, mandó quitar la puerta divisoria ya desde su ascensión a la cátedra de Pedro; y el mejor de los pastores no encontró a los judíos como desagradecidos y desconocedores del beneficio; pues no hace mucho tiempo oímos con nuestros oídos a los israelitas proclamar con agradecimiento: «verdaderamente, Pío IX es para nosotros un Ángel».

Igualmente en el aspecto religioso se ha producido un gran cambio entre los judíos. Pues, mientras un muro material los mantenía segregados de la sociedad civil, no menos alejados de las leyes y costumbres de los cristianos los mantenía el libro titulado el *Talmud*. Ahora, no obstante, al iniciar su convivencia social con los cristianos, han sido también llevados a abrazar otras costumbres y otros símbolos, abandonado ya el *talmudismo*. En realidad, al haber caído los pueblos del Occidente en el *racionalismo* o *indiferentismo*, los israelitas, admitidos a participar de su vida social, han marchado por el mismo pésimo camino.

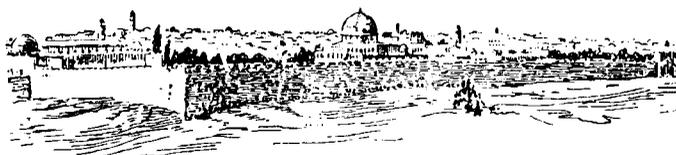
En esta situación, participando los israelitas en la so-

HERMANOS LÉMANN

En 1870 se asistía a un «cambio radical de la situación política y social de los judíos». La formación del Estado de Israel parece el paso final de esta rehabilitación social. El P. Igartua explicaba cómo, en la profecía de Ezequiel sobre los huesos y la resurrección, hay dos fases: la primera, formación del cadáver a partir de los huesos, es la rehabilitación social y reunión de los elementos dispersos; la segunda, infusión del aliento de vida, es la religiosa, reconociendo el pueblo judío a Jesús como Mesías.

Antes de leer el texto completo del postulado, conviene recordar la objeción que se levantaba contra los hermanos Lémann: la conversión de los judíos tiene conexión con el fin del mundo, trabajar por ella es apresurar el fin del mundo. Las respuestas que daban a esta

dificultad mantienen un indudable interés: la conversión de los judíos es llamada por San Pablo la resurrección del mundo, lo cual parece indicar un lapso de tiempo grande tras su conversión. Los profetas, a su vez, anunciaron que después de que Dios recoja a su pueblo, no lo dejará ya más. Tal y como señalaba el P. Igartua en su artículo «La última vuelta del judío errante» (CRISTIANDAD, núm.370, diciembre de 1961), esto también parece exigir un tiempo largo en el que se cumpla este amor de Dios a su pueblo convertido. En el mismo artículo, se cita el comentario, no por evidente menos necesario, de un obispo a los hermanos Lémann: «esto es lo que pedimos cada día, cuando recitamos el Padrenuestro, diciendo Adveniat regnum tuum».



ciudad civil, y, después de abandonar la fe de sus padres, siguiendo, arrastrados y seducidos, doctrinas detestables, nos hemos persuadido, eminentísimos y reverendísimos padres, de que el celo de las almas y también el amor a nuestro pueblo nos exigen que, humildemente postrados a vuestros pies, imploremos vuestra misericordia hacia nuestros hermanos, los hijos de Abraham.

Así pues, insistentemente suplicamos de vuestra misericordia que os dignéis prevenir con paterna invitación a los hebreos, desde vuestro sacrosanto concilio; pues con tal indulgencia, aunque quizá no esté tan cercana su total conversión a Cristo, imitaréis a aquel piadoso padre del que dice el evangelista: *estando él muy lejos todavía, vióle su padre y se le enterneció el corazón y corriendo hacia él se le echó al cuello.*

Así, eminentísimos y reverendísimos padres, tendréis misericordia eficazmente de nuestros hermanos, porque los judíos siempre son para Dios *muy queridos por causa de sus padres, porque de ellos nació Cristo según la carne.*

Tendréis misericordia, recordando aquella poderosísima exhortación que dirigió a los judíos desde el inicio de su apostolado Pedro ante cuyo glorioso sepulcro estáis ahora congregados.

Tendréis misericordia, siendo partícipes de aquel continuo dolor que expresó así, divinamente inspirado, Pa-

blo: Es grande mi tristeza e incesante el dolor de mi corazón; pues desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne, que son los israelitas.

Tendréis misericordia, no sea que, mientras el Concilio Vaticano acoge bajo sus alas a todas las naciones del orbe, quede fuera de su atención aquel pueblo del que, gimiendo, habló así Cristo: *¡Jerusalén, Jerusalén, cuantas veces quise congrega a tus hijos como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas!*

Tendréis misericordia, oh padres clementísimos, como nuestra hermana, a la que el mismo amadísimo pontífice recientemente honró con el título de *inmaculada*, la bienaventurada Virgen María, cuyas entrañas maternas se colmarán de un gozo para ella deseadísimos, cuando sienta que ha sido escuchado el supremo anhelo de su cántico sublime: *Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había anunciado a nuestros padres, a Abraham y a su linaje por todos los siglos.*

José Lémann Agustín Lémann
del Clero de la diócesis de Lyon

Roma, en el día 20 de enero de 1870, aniversario de la aparición de la bienaventurada Virgen Inmaculada en la Iglesia de San Andrés *delle Fratte*.

San Ignacio de Loyola, peregrino en Tierra Santa

SANTIAGO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

El 18 o 19 de marzo de 1523, San Ignacio de Loyola embarca en el puerto de Barcelona con el objeto de peregrinar a los Santos Lugares. El santo se había convertido en Loyola, durante su convalecencia de las heridas de guerra sufridas en las piernas, y pasado casi un año viviendo como un ermitaño en Manresa, donde escribió los *Ejercicios Espirituales*.

Su propósito es el de llegar a Tierra Santa sin dinero, cosa harto difícil, ya que las etapas eran numerosas y los turcos, que en aquella época dominaban Palestina, cobraban gran cantidad de dinero a modo de peaje a los cristianos que peregrinaban a Palestina. Ignacio busca sólo tener a Dios por refugio y poner en Él toda su confianza y afición y esperanza. La peregrinación de San Ignacio a Jerusalén es la de un penitente que viaja sin compañero y sin dinero y se sustenta de limosna.¹ Su primera etapa consiste en acudir a Roma con el objeto de pedir permiso al Santo Padre, pues en aquellos años sin el permiso papal no se podía peregrinar a Tierra Santa. Adriano VI le concedió el permiso sin dificultad; es más, con una rapidez fuera de lo común.

Después de permanecer cerca de un mes en Roma, el peregrino se pone en camino y marcha a pie hasta Venecia, de donde zarpaban las expediciones a Tierra Santa. La gente con la que se encuentra en Roma y durante la marcha a Venecia, le intenta persuadir de su empeño de llegar sin dinero a Palestina, pero San Ignacio no se asusta, y su fe y ejemplo consiguen que esas mismas personas le acaben ayudando. Porque Ignacio está convencido de que el auxilio divino le hará llegar a los lugares donde Cristo vivió y padeció. En Venecia conoce a un rico español que le lleva a cenar a su casa y tanto se entusiasma de lo que hace y dice San Ignacio que intercede y le consigue el pasaje gratis para Tierra Santa. El 14 de julio, estando enfermo Ignacio, parte en dirección a Chipre a donde llega 32 días más tarde. Ya en Chipre y de nuevo sin dinero con el que pagar el pasaje a Palestina, Ignacio renueva una vez más el «ejercicio de confianza en la providencia divina hasta un grado heroico en lo humano, perseverando en aquella gran certidumbre que tenía en su alma que Dios le había de dar modo de ir a Jerusalén».²

Llegada a Palestina

El día 25 de agosto llegan al puerto de Jafa Ignacio y otros 20 peregrinos con los que coincide en el barco que le lleva a Tierra Santa, con los que compartirá la peregrinación y le ayudarán en su sustento. Entre ellos hay españoles y suizos, y algunos de ellos escribirán más tarde el itinerario de la peregrinación, facilitando a los historiadores el estudio de la peregrinación de San Ignacio. No pueden desembarcar hasta que llegue la escolta turca, porque los peregrinos eran vigilados por los turcos durante la estancia en Palestina. Una vez efectuado el desembarco, inician el trayecto hasta Jerusalén, ya acompañados por frailes franciscanos que, como es bien conocido, eran los encargados de la Custodia de los Santos Lugares.

Cuando quedaban dos millas para llegar a Jerusalén, un peregrino español «propuso con mucha devoción pues de ahí a poco se podría ver la santa ciudad, que sería bueno para todos se aparejasen en sus conciencias y fuesen en silencio».³ Al divisar Jerusalén, los 21 peregrinos experimentaron una «gran consolación», con una «alegría que no parecía natural». El recogimiento a buen seguro les facilitó la consolación. El mismo San Ignacio explica que la misma consolación sintió siempre en las visitaciones de los Santos Lugares. Ignacio fue a Palestina a contemplar los misterios de Cristo sobre el terreno y «como si presente me hallase».⁴ Una vez en Jerusalén, Ignacio se hospeda en el convento franciscano de Monte Sión en calidad de mendicante, mientras que el resto de peregrinos lo hacen en la hospedería de San Juan, próxima a la basílica del Santo Sepulcro.

La visita comienza por el Cenáculo, que está en el convento de Monte Sión, donde oyen misa, y donde se guardaba un fragmento de la columna donde fue flagelado Cristo. Los peregrinos iban cantando y rezando con los frailes. Después visitan los lugares que ahora miserablemente derruidos y lastimosamente desplazados recordaban el sitio de la casa donde tuvo lugar la dormición de la Virgen María, la estancia donde san Juan oficiaba la Misa a la Madre y otros lugares santos.

1. Braulio M. Martín, SJ: *Íñigo de Loyola peregrino en Jerusalén. 1523-1524*.

2. Id.

3. Id.

4. S. Ignacio de Loyola: *Autobiografía*, dictada entre 1553 y 1555



San Ignacio de Loyola

En la época en que San Ignacio peregrina a Jerusalén, los turcos cerraban cada día las puertas de la Basílica del Santo Sepulcro, principal objetivo de las peregrinaciones, y nadie podía entrar ni salir sin que lo autorizase el comandante turco de Jerusalén. Éste sellaba personalmente la puerta cada día. Además, había que abonar dinero por entrar, de tal manera que el conde de Chateaubriand, único peregrino en 1806, escribe que «pagué a Mahoma el derecho de adorar a Jesucristo». Entrados los peregrinos, la puerta se sellaba, y pasaban la noche en ella, hasta la mañana. El recinto cubría también el monte Calvario, al que se llegaba subiendo una escalinata. Precisamente en el Calvario se da uno de los momentos más intensos en la peregrinación de Ignacio, postrado donde murió el Salvador y conmovido por la «pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí». ⁵ Durante su estancia en tierra Santa realizarán dos vigili- as más en la Basílica del Santo Sepulcro. En estas vigili- as los peregrinos rezaban, cantaban, oían Misa, se confesaban... Al día siguiente, tras un descanso, recorrieron la Vía Dolorosa.

5. S. Ignacio de Loyola: *Ejercicios Espirituales*, tercera semana, segunda contemplación.

Salidas de Jerusalén

No permanecieron durante toda la peregrinación en Jerusalén. Realizan salidas a Betania, donde visitan la casa y el sepulcro de Lázaro. Sobre el sepulcro de Lázaro se había construido una iglesia que fue semidestruida y transformada en mezquita en el siglo xvi, por lo que San Ignacio y sus hermanos de peregrinación tuvieron que entrar descalzos. Visitaron también el lugar donde Jesús ascendió al cielo y después se encaminaron a Belén. Estas travesías las realizaban en asno. En Belén visitaron el campo de los Pastores, cuya iglesia se hallaba en aquel tiempo derruida, como muchas otras, debido al abandono que padecían por la dominación musulmana. También recorrieron todos los lugares santos. Alrededor del pesebre donde nació Jesús los franciscanos tenían un convento. Como hizo la Virgen, visitaron al día siguiente Ain Karem.

Después volvieron a Jerusalén, y celebraron la segunda vigilia en la basílica del Santo Sepulcro. La última travesía que realizó San Ignacio fue a Jericó, pasando por el Jordán, donde se purifican los peregrinos. Éstos tuvieron que soportar muchas humillaciones durante toda la estancia en Palestina, ya que los turcos que les «escoltaban» en sus salidas les robaban vino y comida y les hacían pagar por realizar las visitas. Pero San Ignacio, fiel a su propósito y con la mayor confianza en Dios, quedaba exento o sus compañeros lo mantenían, y lo mismo hacían los franciscanos para con Él.

De nuevo en Jerusalén, la estancia en Palestina se hace cada vez más peligrosa, debido a la llegada de tropas de Damasco. El emir de Jerusalén les aconseja la partida, pero todavía pasarán una tercera vigilia en la basílica del Santo Sepulcro. San Ignacio sale de esta vigilia con el propósito firme y renovado de quedarse en Jerusalén viviendo de limosna. Algunos peregrinos fueron armados Caballeros de la Orden del Santo Sepulcro durante esta vigilia.

Decisión del santo de quedarse en Tierra Santa

Con la intención de quedarse en los Lugares Santos, Ignacio se reúne con los superiores franciscanos. Los monjes le contestan que no convenía, dado el peligro para cualquier peregrino cristiano de ser encarcelado o muerto, y después la religión se veía obligada a rescatar a los presos. A San Ignacio todos estos argumentos no le asustan y sólo se resignará a volver en caso de caer en desobediencia grave. Los franciscanos tenían el permiso de la Santa Sede para permitir a los peregrinos permanecer en Tierra Santa, y también la potestad de excomulgar al que no estuviese dispuesto a obedecer.

cer. El padre guardián de Monte Sión era el delegado del Papa en Tierra Santa. Ningún cristiano podía quedarse en Palestina contra la voluntad del padre guardián, a menos que tuviera permiso del Santo Padre. San Ignacio obedece y marchará de Tierra Santa, pero seguirá contemplando con «vista imaginativa» los lugares «por donde Cristo predicaba», los que en los Ejercicios invita a contemplar como si «presente me hallase». La resolución del padre guardián fue providencial para la labor que esperaba al peregrino de Loyola a su regreso.

La única vez que Ignacio caminó sólo por Tierra Santa fue un día cercano a su marcha. Visitó en primer lugar el sitio donde Cristo ascendió al Cielo, donde hizo oración con «harta consolación». La estancia de San Ignacio en los Santos Lugares, en palabras de su propia boca, fue un «tener tanta consolación de Nuestro Señor, que le parecía que veía a Cristo sobre él siempre».

Retorno a España

A finales de septiembre inician la vuelta al puerto de Jafa, desde donde partirán a Chipre. El camino fue muy accidentado, ya que los turcos les robaban y obligaban a pagar más de la cuenta. Tras una despedida emotiva de los franciscanos, sin los cuales las peregrinaciones hubieran sido mucho más peligrosas de lo que ya eran, zarparon rumbo a Chipre. San Ignacio siempre confió en Dios para realizar su peregrinación sin dinero, y en el viaje de vuelta siguió siendo así. Llegado a Venecia, San Ignacio decide que debe iniciar su «segunda peregrinación, la de su formación sacerdotal, que durará más de diez años».⁶ San Ignacio tenía 32 años. Decide volver

6. Braulio M. Martín, SJ: id.



Puerta de entrada a la basílica del Santo Sepulcro

a España y llega a Barcelona en la cuaresma de 1524. Fue una peregrinación de un año aproximadamente en la que San Ignacio, con los Ejercicios Espirituales ya redactados, debió perfilar las composiciones de lugar de los mismos. Una peregrinación que llena al nuevo soldado de Cristo de encendido amor a Dios, confianza y fortaleza para la misión que el Señor le tenía encomendada, la fundación de la Compañía de Jesús.

Escuchad la palabra de Jahwé, ¡oh naciones!, anunciadla en las islas lejanas y decid: El que ha dispersado a Israel lo reúne y lo guarda como un pastor su grey... Y ellos vendrán y exultarán en el monte de Sión y afluirán a los bienes de Jahwé: al trigo, al vino y al aceite, y a las crías del ganado menor y la vacada; y su alma será cual huerto bien regado, y no volverán ya a languidecer. Hay esperanza para tu porvenir —afirma Jahwé—; regresarán tus hijos a su territorio.

(Jeremías, 31,10-12.17)

Las grandes corrientes religiosas y políticas del mundo judío

JORGE SOLEY CLIMENT

El mundo judío no es en absoluto un bloque monolítico. Ya en tiempos de Jesús, su fragmentación era notoria: tanto por los evangelios como por otros testimonios de la época conocemos la división existente entre fariseos, saduceos y esenios. Mucho ha llovido desde entonces y las tendencias disgregadoras han aumentado, dando lugar a un panorama complejo que intentaremos clarificar en la medida de nuestras posibilidades.

Como veremos, las interrelaciones entre religión y política son muy estrechas; sin embargo, intentaremos definir en primer lugar las principales corrientes religiosas judías. Hasta hace dos siglos las comunidades judías dispersas por el mundo respondían a lo que hoy en día entendemos como ortodoxia. Existían posturas encontradas, especialmente entre cabalistas y halajistas, que daban mayor peso a la Cábala o a la Ley respectivamente, y también es cierto que se daban algunos casos de abandono de la antigua fe mosaica, pero eran de escasa importancia. Con el siglo XVIII llegó la Haskalá, las luces judías, la aplicación del iluminismo racionalista a la religión judía, reducida a mera religión natural. En esta línea destaca la figura de Moisés Mendelssohn. No es de extrañar que en su país, Alemania, surgiera un siglo más tarde el Movimiento de la Reforma, cuyo objetivo era modernizar el judaísmo, tanto en sus dogmas como en sus ritos. Como una vía entre reforma y ortodoxia surgió, también en el siglo XIX, el movimiento conservador, nacido en Alemania y rápidamente propagado a Estados Unidos. Las principales características de estas corrientes son las siguientes:

Las corrientes religiosas

La Reforma: se caracteriza por el estudio crítico del sistema halájico-exegético, no aceptando la autoridad de las interpretaciones rabínicas tradicionales, que se deben adaptar al mundo moderno («La Halajá es para nosotros una fuente de inspiración, no de autoridad», Aba Kovner). Desde sus comienzos, además, ha puesto énfasis en los aspectos éticos del judaísmo. Agrupada en la Federación Mundial del Judaísmo Progresista, se encuentra extendida principalmente por la Diáspora. Su implan-

tación en Israel es reciente, pues data de principios de los años sesenta. Hoy en día cuenta con 17 congregaciones esparcidas por todo Israel, dos kibutzim, un asentamiento en Galilea y diversas instituciones educativas.

Dentro de la Reforma destaca por su importancia creciente la corriente del judaísmo liberal, que participa de las características reformistas, haciendo mayor hincapié en su sionismo y su adhesión al Estado de Israel. Si el judaísmo rabínico afirmaba la creencia apocalíptica en un mesías, el judaísmo liberal sostiene la esperanza universalista en una era mesiánica a la que se llega gradualmente por las acciones de los hombres.

El movimiento conservador: Frente a los excesos del reformismo, pero rechazando al mismo tiempo la ortodoxia, nace el movimiento conservador que, sin embargo, salva lo esencial de la Reforma, esto es, la diferenciación entre el culto y la tradición, prescindibles y adaptables, y la ética judía, irrenunciable. Así, las formas judaicas deben ir adaptándose al medio en el que se vive, pero tratando de conservar el espíritu y sin provocar traumas evitables. Esta pretendida síntesis entre modernidad y tradición hace que, hoy en día, el movimiento haga hincapié en «la lucha por los derechos humanos y la igualdad de los sexos, y la relación no coercitiva frente al judío no religioso» (rabino Ari Burzstein). Por otro lado, el movimiento tiene el problema de la «regionalidad»: en Israel es meramente testimonial y lucha en la actualidad por el reconocimiento oficial; en Estados Unidos es ampliamente mayoritario, contando con más de seiscientas sinagogas conservadoras y la asociación Anti-Diffamation League, mientras que en Iberoamérica se confunde con el reformismo.

El judaísmo ortodoxo: Se denominan ortodoxas las diferentes comunidades y movimientos judíos que tratan de mantener el modo de vida tradicional judío, siguiendo al pie de la letra las leyes del Talmud. Su postura frente a las restantes corrientes es taxativa y muestra la profunda separación existente respecto de ellas: «Lo que se conoce como reformas a la Torá, al judaísmo, no son más que una doctrina creada por seres humanos y carece del carácter eterno y divino de nuestra Torá; éstas no son

sino aplicaciones cómodas que cambian según el interés de quien las maneje en el momento. En consecuencia, no es un judaísmo original y mucho menos religión judía» (rabino Blidstein). En un principio, la ortodoxia religiosa se opuso al movimiento sionista, pero después el rabino Kook, nombrado gran rabino de los ashkenazis de Jerusalén en 1921, impulsó la corriente del sionismo religioso que, desde posiciones religiosas ortodoxas, se comprometió activamente en la empresa del retorno a Eretz Israel. En la misma línea podemos caracterizar la corriente denominada neo-ortodoxia, liderada por los rabinos Hirsch, Jung y Soloveichik. Ciertos sectores dentro de la neo-ortodoxia ven en el Estado de Israel el principio de Redención, otros no le asignan ese papel mesiánico. Actualmente, además de diversas yeshivots (academias talmúdicas), controlan la Universidad de Bar Ilán.

A su vez, la ultraortodoxia se caracteriza por una mayor exigencia en el cumplimiento de las prescripciones surgidas de los textos sagrados y una mayor fidelidad a las tradiciones judías. Dentro del universo ultraortodoxo destaca el jasidismo, movimiento pietista nacido en Polonia en el siglo XVIII y actualmente extendido por todo el mundo bajo el nombre de Jabad Lubavitch, cuyo centro radica en Brooklyn.

Con la instauración del Estado de Israel en 1948, se extendió una actitud pragmática de aceptación del Estado por parte de numerosos ortodoxos no-sionistas y ultraortodoxos, al tiempo que se obtenían ciertos privilegios, como la exención del servicio militar para los estudiantes de las yeshivot. La ortodoxia se concentra especialmente en Israel, donde han alcanzado un importante peso social y político, experimentando un crecimiento sustancial tanto por causas demográficas como por conversiones de judíos no ortodoxos que han realizado su teshuvá (retorno a la fe). En la actualidad entre un 30 y un 35 % de los judíos que viven en Israel se definen como tradicionalistas, es decir, observan algunas prescripciones religiosas y van a la sinagoga los días señalados, pero no son ortodoxos en el sentido pleno de la palabra. Entre un 15 y un 20 % se definen como judíos ortodoxos y sionistas religiosos, mientras que los ultraortodoxos significan un 5 %.

Judaísmo secular: Si bien no se trata de una corriente religiosa, engloba a un porcentaje mayoritario del pueblo judío, con presencia tanto en el Yishuv como en la Diáspora. El judaísmo laico o secular expresa su identidad judía en términos no religiosos, reduciendo la religión judía a su faceta cultural. Aceptan la Torá, los ritos y festividades judías, pero sólo como un signo de identidad judía. La mayor parte de los fundadores y líderes del movimiento sionista eran y son judíos seculares.

Los grupos políticos

En cuanto a las corrientes políticas, la vida judía en este siglo se ha visto marcada por la extensión y la victoria del sionismo. La combinación de nacionalismo y socialismo, de modernidad revolucionaria, presente en el sionismo, provocó el rechazo del mismo por parte de los núcleos religiosos ortodoxos, enfrentamiento que fue en gran parte superado por las posiciones del sionismo religioso. El sionismo es en la actualidad claramente mayoritario en Israel y existe un amplio consenso sobre su carácter fundacional e irremplazable. Las principales corrientes políticas sionistas son las siguientes:

Partido Laborista: Heredero del Mapai y de la corriente sionista socialista, gobernó Israel de manera ininterrumpida desde 1948 hasta 1977. En torno a él se agrupan otros partidos de izquierdas y los continuadores de la corriente del sionismo espiritual, que hace hincapié en el renacimiento cultural del pueblo judío y de su lengua, el hebreo, y se organizó en la «Fracción democrática». La izquierda sionista y laicista es representada también por los partidos minoritarios Meretz, Poale Sión y Hashomer Hatzair.

Likud: Partido heredero del Jerud y del movimiento juvenil Betar, representa la corriente del sionismo revisionista de Jabotinsky, de marcado carácter nacionalista y opuesto al sionismo socialista. De la mano de Menahem Begin alcanzó el poder en 1977. En la actualidad gobierna Israel a través de un acuerdo de coalición encabezado por Benjamín Netanyahu. En su órbita se sitúa el partido laicista y liberal del alcalde de Tel Aviv, Roni Miló y el Guesher, y también el Moledet, de un nacionalismo exacerbado y el Tsomet de Rafael Eitán. Suele contar asimismo con el apoyo en la Knesset del partido de los emigrantes rusos, el Yisrael Ba Aliya.

Mafdal (Partido Nacional Religioso): agrupa a los seguidores del sionismo religioso. A principios de siglo se creó el primer partido en esta corriente, el Hamizraji-Centro Espiritual, que siempre fue minoritario. Desde principios de la década de los setenta ha ido incrementando su peso, si bien en las últimas elecciones perdió un importante caudal de votos a manos de los partidos ultraortodoxos. En su órbita encontramos el movimiento juvenil Bné Akiva (hijos de Akiva, en recuerdo al rabino que apoyó la insurrección de Bar Kojiba) y el Gush Emounim, el Bloque de los fieles, que enfatiza la unidad territorial de Eretz Israel sobre fundamentos bíblicos y la obligación de su colonización como parte del proceso mesiánico. El aspecto de sus militantes combina las vestimentas occidentales con la kippá y otras



prendas judías. El mesianismo activo del Gush tuvo su apogeo a partir de la guerra del Yom Kippur y agrupa diversas colonias judías opuestas a toda cesión territorial.

Fuera del consenso sionista encontramos dos tendencias:

Partidos ultraortodoxos: los «hombre de negro», vestidos con el atuendo lituano del siglo XVII, se dividen en tres partidos: Agudat Israel, Degel Ha Torá y Shas. Agudat Israel fue el primer partido ultraortodoxo y antisionista. Dirigido por rabinos ashkenazis, cuenta hoy en día con el apoyo del Rabí Shlita, gran maestro de los jasídicos de Lubavich (y que curiosamente, en su antisionismo, nunca ha pisado Israel). Una escisión del Agudat dio lugar al Degel Ha Torá, reticente ante el mesianismo heterodoxo jasídico y continuador del espíritu de los mitnagdim. La última escisión del Agudat, esta vez por cuestiones étnicas, es el Shas sefardí

(Sefardíes Guardianes de la Torá), que han demostrado ser los más dinámicos, alcanzando 10 diputados en las últimas elecciones (entre los tres partidos consiguieron 23 diputados en la actual Knesset sobre un total de 120). La actitud antisionista de estos partidos se ha ido matizando, o incluso diluyendo en algunos casos, en la medida en que alcanzaban importantes cotas de poder en las coaliciones de gobierno. Este proceso se ha conjugado con un acercamiento del sionismo religioso a posiciones ultraortodoxas (que ha provocado una escisión del Mafdal, el Meimad, opuesto a todo acercamiento a los ultraortodoxos).

Canaaneos y comunistas: El movimiento canaaneo aboga por una identidad semita que englobe a judíos y árabes, ignorando a la Diáspora y derogando la Ley de retorno. Este grupo recoge las ideas de Hilel Kuk, Y. Ratosh, Amos Oz o A.B. Ieoshúa y de los movimientos por los derechos civiles. Sus apoyos se encuentran en medios intelectuales, teniendo escasa relevancia popular.

El partido comunista, Maki, de estricta obediencia soviética, forma parte del Hadach (Frente democrático por la paz), que cuenta con tres diputados, en claro retroceso respecto de sus mejores resultados. Otros grupos comunistas antisionistas son el Poale Sión Smol y el Brit Harmol.

Este repaso a las principales corrientes, tanto religiosas como políticas, del judaísmo actual no agota todas las posibles posturas, pero sí engloba los posicionamientos abrumadoramente mayoritarios. En este sentido podemos observar las profundas mutaciones que han cambiado el rostro del judaísmo en los últimos tres siglos. Primero la Haskalá y la Reforma, y más tarde el sionismo, laicista y religioso después, han provocado que la antigua figura del judío piadoso haya casi desaparecido por completo, pudiéndose afirmar que, en la actualidad, sólo pervive en un pequeño «resto» de Israel.

Porque los hijos de Israel permanecerán muchos días sin rey ni príncipe, sin sacrificio ni masebá, sin efod ni terafim. Después los israelitas volverán a buscar a Jahwé, su Dios, su rey, y acudirán temerosos a Jahwé y su bondad al cabo de los días.

(Oseas 3,4-5)

UNA JUDÍA EN LOS ALTARES: EDITH STEIN

MIGUEL FERRER FLÓREZ

El pasado 11 de octubre tuvo lugar la canonización de Edith Stein, ya beatificada en Colonia (1987) por el papa Juan Pablo II. De esta forma aquella filósofa seguidora de Husserl, insigne pedagoga y socióloga destinada a ser una figura de primer orden de nuestro siglo xx se ha convertido en santa Teresa Benedicta de la Cruz por obra de la gracia de Dios, a la que supo corresponder con admirable fidelidad. En este proceso interno que supone dar el *sí* a la plena realización de la entrega a Dios no estuvo ajena la primera doctora santa Teresa de Jesús que en 1567, al concluir el *Libro de la vida*, echó una simiente divina que daría sus frutos; y aún cuatrocientos años después en una nueva flor de santidad del esplendoroso jardín de santidad que es el Carmelo.

¿Quién era Edith Stein? Nacida el 12 de octubre de 1891 en Breslau (actual ciudad polaca de Wroclaw) en la Silesia entonces de dominio alemán y hoy dependiente de Polonia, vino al mundo en el seno de una familia judía como hija de Siegfred Stein y de Auguste Curant. Desde niña destaca entre sus once hermanos por su clara inteligencia y en 1906, a los 16 años, experimenta una profunda crisis religiosa que le conduce al abandono del judaísmo por no encontrar la verdad que tan ansiosamente buscaba. Cursó sus estudios de bachillerato para seguir después los universitarios, singularmente en Gotinga, donde se entusiasma con la fenomenología de Husserl, entonces en auge. Conoce también a Max Scheler y se le presenta súbitamente el problema de la fe.

Durante la primera guerra mundial trabaja voluntariamente como enfermera en la Cruz Roja y al mismo tiempo se dedica a preparar su tesis doctoral *Sobre el problema de la empatía*, que es calificada con la máxima nota y publicada en 1917. Acabada la guerra colabora en la reconstrucción moral de su patria durante la República de Weimar e intenta acceder a una cátedra universitaria en Gotinga y en Kiel. No lo consigue por su condición de mujer, dado el ambiente de la época, pero defiende la posición de aquella en la sociedad y se entrega a la investigación científica.

El año 1921 fue para ella el año de la gracia. Pasando unos días en casa de una amiga cae en sus manos el *Libro de la vida*, de santa Teresa de Jesús. El 1 de enero del año siguiente se bautiza y un mes después recibe el sacramento de la confirmación.

En el período 1922-1933 desarrolla una intensa acti-

vidad intelectual y pedagógica defendiendo la posición de la mujer en el mundo y divulgando los criterios básicos de la verdadera educación. Sus estudios continuaron el gran vuelo que su personalidad determinaba y así siendo profesora de antropología y pedagogía en el Instituto de Pedagogía de Münster fue invitada a explicar la fenomenología en el Congreso Internacional tomista de Juvisy (París, 1932); en este tiempo trabajaba en la traducción de la obra *De veritate*, de santo Tomás de Aquino.

La última etapa de su vida (1933-1942) es acaso la más apasionante. La subida de Adolfo Hitler al poder (enero de 1933) significó para Edith Stein el truncamiento de su carrera docente que no científica. La acción de la gracia guiada por su director espiritual, el padre Rafael Walzer desde 1928, da el toque definitivo y Edith ingresa en el Carmelo de Colonia (1934). Hecha la profesión de sus votos el año siguiente, continuó por orden expresa de sus superiores su actividad científica y en 1936 concluye su gran obra *Ser infinito y ser eterno*.

En los últimos años de su vida los acontecimientos se precipitaron. Hace su profesión perpetua el 21 de abril de 1938, tan sólo seis días antes de la muerte de Husserl. En el mismo año se traslada al convento de Echt (Holanda) para no comprometer con su condición judía a la comunidad carmelita de Colonia, pero el estallido de la segunda guerra mundial acabará con sus proyectos y luego con su vida. Invadida Holanda por las fuerzas del III Reich alemán, su vida está constantemente amenazada y a pesar de todo consigue llevar a término la redacción de *Ciencia de la Cruz* (1941). El 1942 es el año fatal. Ella y su hermana Rosa, terciaria carmelita y portera del convento, son apresadas por las SS y después de pasar por varios campos de concentración en Holanda, llegan el 9 de agosto a Auchswitz, donde son asesinadas en la cámara de gas en circunstancias terribles.

Con ello termina su vida terrena, en la que se perfilan dos notas características: su condición judía y su fe católica. Llegó ciertamente el *dies mortalis*, que para el cristiano es el *dies natalis*.

La extraordinaria personalidad de Edith Stein está fundamentada en un doble servicio: fidelidad y renunciamiento. Examinemos algo estas dos notas fehacientes de su carácter. La fidelidad al ideal y al concepto de la vida viene constituido por la sincera búsqueda de la verdad desde los primeros años de su existencia. En el



fondo, pues, la búsqueda de Dios. Precisamente su franco y natural deseo de dar con la verdad fue lo que determinó su abandono del judaísmo en el que había sido educada. Elaboró así un proceso de desarrollo mental que va desde la marginación del ambiente en que se había formado, hasta la ciencia filosófica y la penetración en el mundo de los valores (Scheler). Aquí surge inesperadamente su encuentro con la fe al inquirir el fundamento sólido de éstos, que está en Dios. Por la fidelidad en llegar al alcance de la verdad encuentra el misterio y la seguridad de la fe.

Ya dentro del edén de la fe cristiana descubre como lógica consecuencia de Quien la reveló, todo un mundo complementario, que es el del amor. Edith siente el deber, y lo sigue fielmente, de corresponder a esta fe y lo verifica mediante el ejercicio del amor que forma un todo con la verdad y la fe, ideales supremos de su vida ejemplar que tan plenamente comprendió y vivió.

La segunda nota es el valor del renunciamiento que Edith aceptó gustosa toda su vida y que sólo vamos a concretar en dos aspectos principales. En primer lugar, el abdicar el entorno judío en el que nació y recibió su primera formación. Si siempre resulta doloroso abandonar «aquello» que constituye lo que consideramos como «nuestro», se hace más penoso aún en el ámbito del pueblo judío. Su larga tradición y la interpretación exclusiva del Antiguo Testamento, el mundo de la Torah, el Talmud y el Midrás, con sus ritos, celebraciones y ce-

remonias que rigen todavía en el judaísmo, determinan de tal modo al creyente judío que renunciar a todos ellos exige un esfuerzo tremendo explicable en gran parte por el aislamiento que ha experimentado el pueblo, a menudo vejado y escarnecido con traumas y persecuciones de todo género.

La otra renuncia de Edith consistió en la que hizo respecto a la ciencia humana cultivada de modo exclusivo tan sólo desde una óptica laica. Venturosamente la certera visión de sus superiores tuvo en cuenta el encauce idóneo debido a la inestimable vocación científica de Edith Stein, que atinó precisamente en el camino religioso un condicionamiento adecuado para su ulterior desarrollo alcanzando cotas que hoy admiramos, gracias generosas que Dios a través de su persona ha concedido al hombre.

Podría hablarse de otras renunciaciones llevadas a cabo, como la que supuso dar el *sí* a la conversión e incluso al seguimiento firme de Jesús en el Carmelo, pero el abandono de seducciones y complacencias que supusieron son fruto maduro del reconocimiento de la Verdad y el Amor que culminaron su felicidad en la tierra.

La personalidad de Edith Stein ofrece acaso el peligro de imaginarnos su figura elevada y científica, alejada de las preocupaciones diarias de la vida del hombre. No es así en manera alguna. Sin examinar sus luminosos escritos divulgando su profundo conocimiento de las relaciones entre el hombre y la mujer, sobre educación y formación en el campo del magisterio, por ejemplo, se hace preciso hacer mención de cómo vivió el amor de Dios. A tal efecto son recomendables sus meditaciones espirituales como *Elevación de la Cruz*, *Profesión de la hermana Mirian* y particularmente algunos fragmentos de *Ciencia de la Cruz*.

Edith Stein plasmó también en delicadas poesías los sentimientos más vivos respecto a Dios. Lo hizo en forma tan sencilla como profunda siempre desde el principio «luxta crucem tecum stare», es decir, «Hoy he estado bajo la cruz contigo», título de una de sus más hermosas composiciones, en la que revela cómo entonces sintió que la Virgen María se convirtió en nuestra Madre. Como buena hija del Carmelo le profesó una devoción tiernísima como el más seguro camino para penetrar en el amor a Dios, conforme expresó en unos versos escritos con ocasión del bautismo de su hermana Rosa Stein. De hecho, son el resumen de su itinerario para irrumpir en el secreto del Sagrado Corazón de Jesús y constituyen su verdadero testamento espiritual legado a los cristianos:

«Mí corazón se ha convertido en un pesebre
que espera el Tuyo,
¡No por mucho!»

TRES TESTIMONIOS

J.J.E.S.

Juan María Lustiger:

«Creí en Jesucristo, el Mesías de Israel, el Hijo de Dios»

Había nacido en París en una familia de judíos polacos de clase media no practicantes. Tenía 13 años cuando los alemanes invadieron Francia y comenzaron las dificultades para un niño con el nombre de Aarón, Aarón Lustiger. Para evitar contratiempos sus padres le llevaron a estudiar a Orleans, hospedándole en una familia católica. Su madre le visitaba cuando podía, viajando en tren y ocultando, para que no la detuvieran, su estrella amarilla cosida al vestido, hasta que un día ya no vino más. Aarón supo años después que su madre fue denunciada, la deportaron y murió en el campo de Auschwitz.

El joven Aarón pidió prestado a los dueños de la casa el Nuevo Testamento y lo comenzó a leer desde el principio, por el Evangelio de San Mateo. La Catedral de Orleans se halla en el camino que recorría cada día para ir y venir del Instituto. Era la Semana Santa de 1940, justo antes de la Pascua. Sintiendo un impulso interior se atrevió ese día a entrar en un templo católico: «Hoy sé que aquel día era Jueves Santo... en el crucero brillaba un conjunto ordenado de flores y luces. Permanecí un rato absorto. Ignoraba el significado de lo que presenciaba. No sabía qué hacía allí tanta gente en silencio. Volví al día siguiente, quería verlo de nuevo, pero la catedral estaba vacía. No sabía que era Viernes Santo. Sentí en mí un inmenso vacío espiritual, y en aquel momento vino a mi mente un deseo: Quiero que me bauticen. Se lo dije a la dueña de la casa, pues sabía que iba a misa. Ella me dijo: Tienes que preguntárselo a tus padres. Me dirigí al obispo de Orleans, que me instruyó en la doctrina cristiana dándome clases particulares. Comprendí que el cristianismo es el fruto del judaísmo; para ser más exacto, creí en Jesucristo, el Mesías de Israel, el Hijo de Dios. Recibí el bautismo y la Comunión el 25 de agosto de 1940». Desde entonces Aarón pasó a llamarse Juan María.

«Mi primera Semana Santa ya como cristiano, la de 1941, la pasé con los Oratorianos en Montsoult cantando durante tres tardes seguidas con la comunidad el Oficio de Tinieblas, los Salmos y las Lamentaciones de Jeremías. Me parecía evidente que los católicos recogían la herencia que Dios había destinado en un principio a Israel, su hijo mayor, el primogénito.»

La elección de Dios

En el libro *La elección de Dios*, el hoy arzobispo de París y Cardenal de la Iglesia católica Juan María Lustiger, en diálogo con dos periodistas, dice:

«El Verbo eterno de Dios se encarnó en María, hija de Israel, porque Dios su Padre, de antemano eligió a este pueblo y le confió su Nombre y su Palabra. El Hijo fue enviado en la plenitud de los tiempos, esperada por el pueblo de Dios, para que éste le reconociera. En términos familiares, Jesús no podía decidir arbitrariamente un lugar y una fecha de nacimiento. No nació en Belén como podía haber nacido en cualquier otro sitio —como París o Roma—, por cuestión de preferencias o casualidad. Para ser reconocido como «Rey de los judíos» y enviado del único Dios, no podía nacer en ningún otro sitio mas que en Israel».

Le preguntan: ¿Es para Ud. el cristianismo la realización del judaísmo?, y responde:

«La palabra *realización* tiene múltiples significaciones. Las Escrituras hablan de plenitud para anunciar el regreso de Cristo y también su manifestación en toda su Gloria. Todo esto es la realización».

A la pregunta de por qué a los cristianos en general les extraña el vínculo natural entre judaísmo y cristianismo, responde:

«A lo largo de toda la tradición cristiana se hallan testimonios y jalones de lo que a algunos les parece una novedad del Vaticano II. El hilo nunca se ha roto y la comprensión de la relación entre los dos testamentos nunca ha desaparecido... sería totalmente inexplicable que el Concilio Ecuménico Vaticano II publicara repentinamente un texto que hubiera cambiado la doctrina y hubiera estado en contradicción con todo lo que el cristianismo hubiera enseñado hasta entonces. No es posible, por definición».

Preguntado sobre la relación entre judíos y cristianos, responde:

«Las palabras que emplea San Pablo para las relaciones entre judíos y gentiles son las de «celos mutuos». Los gentiles niegan a Israel, e Israel, a su vez, teme perder su identidad y su propio privilegio. El

miedo a fundirse y desaparecer es un temor legítimo y la supervivencia de Israel por fidelidad a Dios sigue siendo un testimonio inscrito en la historia de los dones y de las llamadas irrevocables de Dios. Pero el miedo a aceptar que los paganos puedan recibir la gracia de la Alianza es otra cosa, porque la promesa que consta en los profetas Amós, Oseas, Isaías, Jeremías, es que de Egipto, de Asiria y de otros lugares los gentiles vendrán y adorarán al Dios vivo».

Se le pregunta: ¿Qué hubiera pasado si todos los judíos hubieran reconocido al Mesías en Jesús?, y res-

ponde: «No puedo imaginar lo que precisamente no nos pertenece, la imagen de los tiempos escatológicos».

¿Qué ocurriría si, por una especie de milagro, el judaísmo reconociera la Mesías?

«Los judíos forman parte de la historia de la salvación. Si todo Israel reconociera al Mesías, eso significaría que el conjunto de las naciones lo habría reconocido también».

(Jean Marie Lustiger. *La elección de Dios*, Barcelona, Planeta, 1989)

Teodoro Ratisbona:

«¡Surge Sión! Abrid las puertas y entrará el Rey de la Gloria»

La instantánea conversión de Alfonso de Ratisbona por la Virgen María ha sido narrada en otro lugar. Menos conocida es la de su hermano mayor Teodoro que entonces ya era sacerdote de Jesucristo y por ello ignorado, y odiado por Alfonso y toda su familia de banqueros judíos de Estrasburgo, familia en que no se practicaba religión alguna. Teodoro buscaba la verdad, y por amor a su pueblo se entregó a dirigir las escuelas para los niños judíos pobres de la ciudad. Comunicó sus anhelos al célebre M. Bautain, quien le dijo: «Convertíos en un buen israelita y la verdad hará el resto». Cristo tuvo misericordia de él. Se bautizó en secreto «por temor a los judíos» el Sábado Santo de 1827. Tres años después fue ordenado sacerdote, y estando de vicario del párroco Desgenettes en Nuestra Señora de las Victorias de París, al conocer la milagrosa conversión de su hermano Alfonso, comprendió la misión que María quería de ambos.

El papa Gregorio XVI le confirmó en sus proyectos: «Id primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Como su hermano Alfonso le urgía a predicar ya a los israelitas, se volvió a la Virgen María y le dijo: «Si sois Vos, oh María, la que habéis revelado este pensamiento a mi hermano, hacedme conocer la voluntad de Dios mediante un signo por el que yo pueda discernirla. Antes de poner manos a la obra pido que me sea presentada una niña israelita y que pueda bautizarla con autorización de sus padres». Aquella misma tarde dos jovencitas judías respondían a la señal demandada, y tiempo después eran bautizadas en compañía de su madre.

Teodoro y Alfonso Ratisbona fundaron la Congregación de Nuestra Señora de Sión para la conversión de los judíos. El Padre Teodoro escribió a Roma: «La Iglesia, empeñada en enviar misioneros a todo el mundo, ¿no querría también testimoniar su compasión por

los retoños de Abraham? Notemos que los restos de Israel no han sido milagrosamente conservados, a través de las vicisitudes de los siglos, mas que porque el Señor les reserva una inmensa y última misericordia. Debe venir el tiempo en que estos restos se reanimarán y procurarán a la Iglesia una gloria nueva. Esta es la enseñanza de los apóstoles y de los Padres». La Santa Sede aprobó su obra, la bendijo y le alentó en su misión: «La obra de Sión es la obra especial de la Santísima Virgen... la misión de reunir a los judíos es la misión personal de Jesucristo, que se os encarga».

«Respuesta a un judío inquisidor»

El Padre Teodoro para su misión con los israelitas escribió un opúsculo titulado: *Respuestas a un judío inquisidor*, en el que en forma dialogada va refutando las objeciones que los judíos oponían a su predicación de que Jesucristo es el Mesías que Israel ha venido esperando. La cuestión principal para los judíos de su tiempo, como para los de hoy, y para tantos que se dicen cristianos, es la de probar que el Mesías prometido había de ser Dios mismo: los libros del Antiguo Testamento revelan la divinidad del Mesías, especialmente los Salmos de David y los libros de los Profetas. David habla de esta manera: «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a Tus enemigos como escabel de Tus pies» (Sal 109,1), Isaías nos anuncia el nacimiento de un niño sobre cuyos hombros se ha constituido el principado, cuyo nombre será admirable, «Dios fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz» (Is 9,6), y no puede referirse a un Mesías que fuera tan sólo un hombre, pues en el capítulo VII dice: «Una

Virgen concebirá y dará a luz a un hijo, y será su nombre Dios con nosotros (Enmanuel)». Esta grandiosa profecía concuerda con lo siguiente: «Dios mismo vendrá y te salvará» (Sal 35,4). A la pregunta de cómo interpretan los judíos estos textos?, responde:

«En general, no los leen; y si los leen no los comprenden. Pero los que los han leído y estudiado atentamente no han sido capaces de confundir su claridad y significación, y los han aplicado al Mesías».

A la pregunta: «Los judíos enseñan que el Mesías reinará para siempre. ¿Cómo puede conciliarse esto con sus sufrimientos y su muerte?», responde: «Los profetas que anunciaron el Reino del Mesías, predijeron también Sus humillaciones y sufrimientos... Es la respuesta dada por Cristo que da aún más fuerza a las profecías: “¿No debía el Cristo sufrir estas cosas y entrar así en Su gloria?” (Lc 24,26). El Reino de Jesús en la tierra comenzó por el establecimiento de su Iglesia, la cual se ha extendido desde su creación por todo el mundo conocido y tiende a crecer más y más hasta cubrir toda la tierra. Pero como los hombres gozan de libre albedrío, siempre habrá quienes resistan Su imperio, de tal modo que la completa realización del Reino de Cristo tendrá lugar tan sólo en Su última venida».

Pregunta: ¿Habrán entonces dos advenimientos del Mesías? ¿El Antiguo Testamento justifica esta creencia?

Respuesta: «Sí, y precisamente porque los judíos no entienden ésto, rehúsan reconocer el cumplimiento de las Profecías en los hechos que ven con sus ojos. Y aquí tocamos su error principal. El Antiguo Testamento, confirmado por el Evangelio, menciona expresa y claramente las dos venidas de Cristo. La primera se cumpliría en las condiciones más humildes, sería el nacimiento del “Hombre de dolores”, quien por medio de Sus padecimientos, humillaciones y muerte satisfaría por los pecados del mundo. La conversión de las naciones y el establecimiento de la Iglesia son el fruto de esta primera venida. La segunda tendrá lugar con gran pompa y majestad. No aparecerá el Mesías como un Salvador, sino como Juez de vivos y muertos; se verá entonces el total cumplimiento de aquellas profecías que anunciaron la gloria de Jesucristo; Su Reino y el de sus santos será absoluto y universal en medio de una paz inperdurable. (...) Es el olvido de las profecías referentes a la primera venida, lo que ciega a los judíos y robustece su incredulidad. Esperando un solo advenimiento han confundido la doble serie de profecías acerca del primero y segundo advenimiento, hasta hallar contradicción entre ellas».

(P. Teodoro Ratisbona: *¡Surge, Sión! Abrid las puertas y entrará el Rey de la Gloria*, Buenos Aires, Difusión, 1944)

Eugenio Zolli:

«Mi encuentro con Cristo, el siervo doliente de Yahwé»

Israel Zoller (1881-1956), gran rabino de Roma y rector del Colegio Rabínico, obligado en 1933 a italianizar su apellido por el de Zolli, era un verdadero israelita sediento de Dios. Estudiando a los Profetas, meditando sin descanso los textos de Isaías, su alma quedó atrapada por el Siervo de Yahwé y sus sufrimientos:

«Yo había llegado en mis meditaciones sobre el mesianismo hasta el límite extremo del pensamiento del Antiguo Testamento, hasta el Siervo de Dios, que para mí se había convertido en un punto de partida. Chorreando sangre de muchas, quizás demasiadas heridas, yo iba buscando alivio, amor, piedad, caridad, esperanza, fe, consuelo. Mi alma estaba llena de nostalgia; era toda ella un puro dolor. ¿De dónde me vendrá ayuda, me preguntaba con el Salmista?... y fue en una tarde estival del terrible 1917: la pluma se me cayó de la mano. La superficie de mi alma se cubrió de olas encrespadas como la superficie de un lago movido por el viento, y del fondo se elevó un grito angustioso; era un alma que grita-

ba: ¡Cristo, sálvame! ¿Y después? Cristo, Tú lo sabes».

El 16 de octubre de 1943 fue el día trágico en que más de 8000 judíos italianos fueron deportados para ser luego asesinados. El gran rabino fue a pedir ayuda al Papa con esta súplica: «¡El Nuevo Testamento no puede abandonar al Antiguo!». Pío XII le ayudó, y en 1945, pasada la tragedia de su pueblo, Israel Zolli quiso ser bautizado en la iglesia de Santa María de los Ángeles de Roma con el nombre de Eugenio. Luego, explicando el paso, escribió: «Del Antiguo al Nuevo Testamento no hay más que un solo Testamento, más que una sola Alianza sin ruptura, sin solución de continuidad, pero en un progreso de ternura divina... El mismo rayo de luz se desgaja de la robusta palabra de Amós, se revigoriga a través de la maravillosa palabra de Isaías para desembocar en la gran luz del Evangelio».

El 2 de marzo de 1956 después de comulgar expresó sus últimas palabras: «Espero que el Señor me perdonará mis pecados. De lo demás, me confío del todo a Él».

Un peregrino en Tierra Santa

MIGUEL ÁNGEL BELMONTE

Tres horas de viaje separan España de Tierra Santa; cuántos de nuestros mayores quisieron peregrinar allí y fueron la distancia o las dificultades del viaje obstáculos insalvables. Al llegar al aeropuerto llama la atención un ambiente frío y occidentalizado. Pero, en contraste, ya se puede leer allí mismo un pasaje del profeta Jeremías en un gran cuadro representando la vuelta de los cautivos a Sión: «pues he aquí que vendrán días —oráculo de Yahvé— en que haré tornar a los cautivos de mi pueblo Israel y de Judá —dice Yahvé— y les haré volver a la tierra que di a sus padres en promisión» (Jer 30,3). Entre turistas y equipajes la mirada se escapa involuntariamente hacia un rabino y sus extrañas vestiduras, su sombrero, su impenetrable mirada...

A orillas del mismo Mediterráneo que fue testigo de los viajes de San Pablo está la ciudad de Joppe, como un modesto olivo junto a los rascacielos de Tel Aviv; dando un testimonio de tradición y de sencillez, recordándonos el escenario de las primeras actividades apostólicas... En Tel Aviv se descubre por qué para muchos judíos ortodoxos no ha significado la constitución del Estado de Israel más que una vergüenza pública permanente: la utilización de lo sagrado para erigir una ciudad «babilónica»...

Por las carreteras que conducen hacia el norte, hacia la rica y fértil Galilea, sin alejarse en exceso de la costa mediterránea, queda uno extrañamente cautivado por la propaganda institucional acerca del 50 aniversario: murales ocupando grandes paredes nos muestran un incesante coro de niños y niñas enarbolando banderitas blancas con dos rayas azules horizontales y una estrella de David en el medio. Mientras tanto, en el alma del peregrino cristiano todo eso se difumina y se apaga, dando paso a una especie de hambre espiritual que se sabe pronto saciable; todos los signos de propaganda israelí no sirven sino para acrecentar en el peregrino la clara conciencia de que se halla uno en la Tierra Prometida.

Siguiendo la costa hacia el norte llegamos al emblemático Monte Carmelo, como en el siglo XIII llegó San Luis de Francia a dar gracias a la Virgen por haber sobrevivido a un naufragio. Al lado de la bulliciosa y moderna ciudad de Haifa destaca el desierto de vida contemplativa carmelitana seguidora del espíritu del profeta Elías, que también se retiró a este monte a orar.

Por fin llegamos al pueblo de Jesús, a Nazaret, y nos adentramos con espíritu filial en la Basílica de la Anunciación; su cripta nos invita al recogimiento. Empieza a comprender uno aquello oído alguna vez de que Tierra Santa es el quinto Evangelio; la meditación del misterio —parece oírse el «fiat»— no impide al peregrino estremecerse ante... ante ¡un adverbio! Sí, al leer la inscripción del altar «VERBUM CARO HIC FACTUM EST» sólo cabe el silencio sublime ante ese acontecimiento tan sobrenaturalmente ordinario y tan naturalmente extraordinario, el único Acontecimiento, el que da sentido a la historia: el Verbo se hizo carne AQUÍ. A pocos kilómetros de Nazaret, los matrimonios renuevan su compromiso en aquella población que sirvió de escenario al primer milagro de Nuestro Señor, Caná de Galilea.

Cruzando Galilea hacia el este en busca de Cafarnaúm nos dejamos sorprender por una vista panorámica del lago de Genesaret, imponente, majestuoso, tranquilo, fresco y lleno de vitalidad; y ya se esfuerza uno en distinguir alguna barca que nos recuerde la cuna de los apóstoles. Cafarnaúm, a orillas del lago, sólo conserva el testimonio de unas pocas piedras: contrasta con la bulliciosa Tiberíades, donde no hay, por cierto, cristianos. Una y otra representan la aparente derrota de Aquél que murió para darnos la Vida.

También a orillas del lago de Genesaret (que, por cierto, recibe múltiples denominaciones, mar de Galilea, lago Tiberíades...) encontramos uno de los momentos más dulces de la peregrinación a Tierra Santa: el Santuario de las Bienaventuranzas; allí se descubre la «estética católica», si se permite usar esta expresión. El diseñador del santuario, Barluzzi, nos describe con precisión la escena: «Sobre las dulces colinas que rodean el lago Tiberíades, al norte, y que recuerdan el Sermón de la Montaña... ha surgido en 1938 el santuario de las Bienaventuranzas. Domina el lago desde una altura aproximada de 200 metros. Las Bienaventuranzas han sugerido la planta octogonal. El octógono, cubierto por una cúpula, se encuentra rodeado por una galería con arcos abiertos hacia el centro del altar. A su vez, la galería está rodeada por un soportal que hace más tenue la luz y el calor solar. Es el mejor refugio para el visitante, que desde aquí disfruta al máximo de la contemplación de tan singular panorámica (...) Por su forma y colorido, el Santuario

de las Bienaventuranzas muestra la joya estética y espiritual que puede producir una sencillez no desguarnecida junto a una elegancia no artificiosa, que permite al alma una dulce meditación y envuelve el espíritu en la contemplación de la piedad». Celebrando la Eucaristía realmente allí, durante la Liturgia de la Palabra, al oír el pasaje evangélico del sermón de la montaña, el peregrino recibe entremezcladas la voz del sacerdote y la de Jesucristo: «Y abriendo sus labios, les enseñaba diciendo: bienaventurados...» (Mt 5,2).

Literalmente a orillas del lago se halla la pequeña Iglesia del Primado. Dentro de ella los cristianos veneran desde siempre la roca llamada Mensa Christi, sobre la que Jesús dio de comer a sus Apóstoles después de resucitar, tras lo cual confirmó a Pedro como cabeza de la Iglesia. Aquí hasta el escéptico más recalitrante ve derrumbarse sus ídolos: si el primado de Pedro fuera un invento «de frailes» ansiosos de poder ¿a santo de qué proponer este lugar tan poco «político» como escenario de aquella confirmación?

Dirigiéndonos ya hacia el sur siguiendo unas veces más de cerca, otras más de lejos, la estela del río Jordán, nos encaminamos hacia Jerusalén. Antes, sin embargo, atravesamos Samaria, con la visita ineludible al pozo de Jacob, donde el profeta plantó sus tiendas, donde Jesús sintió sed. Un alto en el camino para beber de aquella fuente; que también el peregrino moderno se cansa. Y antes de Jerusalén, nos desviamos hacia un lugar singular: Jericó y el Mar Muerto. Algún racionalista mal informado cree que Jesús caminó sobre las aguas en dicho mar en lugar del lago de Genesaret. Pero más le valdría no acercarse a estos lugares si prefiere seguir creyendo en la imposibilidad de los milagros: todo Jericó es un gran milagro, un oasis enorme en el desierto, un brote de agua fértil inexplicable; el Mar Muerto es otro signo inexplicable, en toda la tierra no se encuentra un lugar más profundo ni un mar tan carente de vida como éste. Es el Dedo de Dios que derriba de su trono al positivista y le advierte: «Hay un Cielo y hay un Infierno».

Cerca de Jerusalén, dos Santos Lugares que nos preparan para la entrada en la Ciudad Santa: Ain Karem y Belén. Ain Karem, patria de San Juan Bautista, cautiva por su belleza; allí concluyó la primera procesión del Corpus, el viaje de la Virgen desde Nazaret hasta la casa de Santa Isabel. Los mosaicos con el Magnificat en multitud de idiomas recuerdan al peregrino que María, la Madre de Dios, es Madre de todas las naciones. «En Belén, dice Orígenes, se muestra la cueva en que nació Jesús y, dentro de la cueva, el pesebre en el que fue reclinado, siendo de todos conocido, incluso de gentes ajenas

a la fe; en esta cueva nació aquel Jesús a quien admiran y adoran los cristianos». Esto sigue cumpliéndose hoy día punto por punto. Y también hoy se ven pastores con sus rebaños como aquellos a los que se les apareció el ángel anunciando el nacimiento del Niño-Dios.

Jerusalén representa la culminación de la peregrinación a Tierra Santa. Al entrar en ella ¿cómo no cantar con el Salmista, como si fuese la primera vez, «qué alegría cuando me dijeron “vamos a la Casa del Señor”...» Getsemaní, el Cenáculo, la Gruta del Prendimiento, la Vía Dolorosa... Todo prepara al peregrino para el gran encuentro con Cristo en la Basilica del Santo Sepulcro. Toda la Pasión se ofrece a nuestros ojos con un realismo impresionante. El Cenáculo, por ejemplo, y algunas estaciones de la Vía Dolorosa pasan desapercibidos para el turista despistado, como repitiéndose aquel silencio, aquella ignorancia, aquella tolerancia, de los que fueron testigos de la Pasión y pasaron de largo siguiendo su camino.

Por fin, el Día del Señor, un grupo de peregrinos católicos ha madrugado para rezar el Via Crucis siguiendo los lugares marcados por la tradición. Antes de acabar las últimas estaciones se detiene el rezo... ¿se detiene? No, la Eucaristía va a empezar en la Basilica del Santo Sepulcro, iglesia en cuyo interior se encuentran la roca del Calvario —en la parte superior— y el Santo Sepulcro propiamente dicho. Y en la Eucaristía se van a completar las estaciones «que faltaban». Un pensamiento invade al peregrino: cada vez que celebramos los Sagrados Misterios, renovamos el sacrificio de la Cruz; sólo cambia el tiempo y el lugar... Pero, esta vez, sólo cambia el «tiempo». Después de comulgar se siente el peregrino en el mismo «tiempo». Porque para Dios no hay pasado ni presente ni futuro; desde la impotencia el peregrino se ve transformado en un contemporáneo de Jesús, escondido tras unos árboles, sin atreverse a dar cabida en su mente a la idea de que el Nazareno era realmente el Hijo de Dios, el Mesías, la Tierra Prometida... El sepulcro, sin embargo, está vacío: «El primer día de la semana... Salieron Pedro y el otro discípulo y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo se adelantó a Pedro y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las prendas en el suelo, pero no entró. Llega también Simón Pedro después de él, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que había cubierto su cabeza, no con las vendas sino doblado aparte. Entonces entró también el otro discípulo que vino primero al sepulcro, y vio y creyó; porque aún no habían entendido la Escritura, según la cual era preciso que él resucitase de entre los muertos» (Jn 20, 3-9).



ACTUALIDAD RELIGIOSA

SANTIAGO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

La canonización de Ramón Lull sigue adelante

La causa de canonización del beato mallorquín Ramon Lull (1232-1316) tiene buenas perspectivas, una vez que se han superado los obstáculos que se oponían a ella. Este escritor mallorquín fue acusado de hereje y ello ocasionó dificultades en su proceso de canonización. A su regreso de la visita *ad limina* a Roma, el obispo de Mallorca, monseñor Teodoro Ubeda señaló que los últimos estudios han rechazado tales acusaciones, y por tanto su causa de canonización sigue en marcha y a buen ritmo.

Por otro lado, y continuando en las islas, la beatificación del sacerdote menorquín Juan Huguet Cardona, martirizado el 23 de julio de 1936 a los 33 días de su ordenación sacerdotal, se encuentra ya en sus últimos pasos.

Nuevos documentos del Papa

Este verano pasado, el santo Padre ha publicado tres nuevas Cartas Apostólicas: *Ad tuendam Fidem*, *Dies domini*, dedicado al día del Señor, y por último *Apostolos Suos*, dedicada a la estructura y misión de las conferencias episcopales. Por último, el 16 de octubre, coincidiendo con las celebraciones del vigésimo aniversario de la exaltación al Pontificado de Juan Pablo II, se hizo pública su decimotercera encíclica, titulada *Fides et Ratio*. CRISTIANIDAD tratará próximamente, Dios mediante, de ambos acontecimientos.

Dies Domini es el primer documento en la historia de la Iglesia dedicado íntegramente al domingo. En él, el Papa insiste en la santificación del domingo. Es muy bonita la estructura de la Carta, que consta de cinco capítulos titulados: «Dies Domini», día de la «celebración de las maravillas obradas por Dios», «Dies Christi», en honor de Cristo resucitado, la Pascua semanal. «Dies Ecclesiae», el tercer capítulo, es una descripción de la celebración eucarística. «Dies hominis», en el que se afirma que «es natural que los cristianos procuren que, incluso en las circunstancias especiales de nuestro tiempo, la legislación tenga en cuenta su deber de santificar el domingo». El último capítulo, «Dies dierum», explica el sentido cristiano del tiempo. «El domingo —dice el Papa—, seguirá marcando la peregrinación de la Iglesia hasta el domingo sin ocaso».

Milenario de la fiesta de Todos los difuntos

Este año se cumple el milenario de la institución de la fiesta de los Fieles Difuntos, que se celebra cada año el día 2 de noviembre. Esta fiesta fue instituida por San Odilón, monje benedictino y quinto abad de Cluny. Entre los diferentes actos conmemorativos, destaca el mensaje del Papa en el que recuerda que «San Odilón exhortó a sus monjes a rezar por los difuntos. (...) A partir de este monje se fue extendiendo la costumbre de interceder solemnemente por los difuntos. Al rezar por los muertos, la Iglesia contempla el misterio de la Resurrección de Cristo, que por su Cruz nos obtiene la salvación eterna. (...) Las oraciones de intercesión y súplica tienen un gran valor. El Señor siempre se conmueve por las súplicas de sus hijos, porque es Dios de vivos. (...) Las almas del purgatorio son ayudadas por la intercesión de los fieles, y sobre todo por el sacrificio propiciatorio del altar, así como por la caridad y otras obras de piedad».

Primer aniversario de la muerte de la Madre Teresa

El 5 de septiembre se cumplió el primer aniversario de la muerte de la Madre Teresa de Calcuta. En la Misa de primer aniversario, los pobres ocuparon las primeras filas, por delante de las personalidades. Tras la muerte de «un gran don de Dios a los más pobres» la congregación de las Misioneras de la Caridad sigue aumentando en vocaciones y labor. Sor Nirmala, actual superiora general, afirma que «tras la muerte de nuestra madre todo fue extraordinario. Las gentes se volcaron con nosotras, para protegernos. En las primeras semanas, las ofertas de colaboración y donativos fueron cuantiosos. Luego, cuando pasó el tiempo ambas cosas disminuyeron, pero siempre a un nivel superior al existente antes de la muerte de la Madre». Este año han fundado 20 nuevas casas.

La recogida de datos para el proceso de beatificación ya ha comenzado, aunque oficialmente el proceso no puede ser abierto hasta el 2002, cinco años después de la muerte. Han sido innumerables las llamadas a las Misioneras atribuyendo milagros a la Madre Teresa. Pidamos a este modelo de humanidad, gran defensora de la vida humana, que desde el cielo interceda en la lucha de los cristianos por defender el don de la sagrada vida humana.

EL HOGAR DE NAZARET, UNA ESCUELA ABIERTA A LAS FAMILIAS

IV Congreso Internacional de la Sagrada Familia

«Las familias de hoy se enfrentan con una problemática heterogénea, lejana de Nazaret en tiempo y espacio, enraizada en categorías ambientales perfectamente inéditas y totalmente diversas... Nuestra atención recae no tanto sobre la casa de Nazaret cuanto sobre la lección impartida en ella por el Maestro... que echó los fundamentos sólidos del auténtico edificio familiar».

Con estas palabras, el cardenal Antonio M. Javierre clausuró el día 13 de septiembre, en el Centre d'espiritualitat Josep Manyanet de Begues, el IV Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia. El cardenal se refirió ampliamente a la situación actual de la familia para concluir afirmando que el hogar de Nazaret, Jesús con María y José, es una verdadera escuela de familia, cuya lección fundamental se resume y comporta: acoger la Palabra, servirla con pasión y testimoniarla en la vida.

El congreso se había iniciado el día 8 del mismo mes para poner de relieve la presencia de la Sagrada Familia en el siglo XIX y analizar los retos que dimanan de la situación actual de la familia a la pastoral que se inspire en la Sagrada Familia, mediante una amplia serie de ponencias, comunicaciones y diálogos. El marco del congreso lo ha constituido el centenario de la revista *La Sagrada Familia*, fundada por el beato Josep Manyanet en 1899.

Como es ya costumbre, han participado en el mismo religiosas y religiosos de 25 institutos, algunos superiores y superiores generales, varios sacerdotes y laicos procedentes de España, Italia, Francia, Bélgica, Alemania, Portugal, Eritrea, Malta, Canadá, Estados Unidos, México, Colombia, Venezuela, Brasil, Chile y Argentina. Nota destacada ha sido este año la asistencia del cardenal Antonio M. Javierre, como ya se ha dicho, de Mons. Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Tarragona, de Mons. José V. Tommasi, obispo de Nueve de Julio (Argentina) y de Mons. Ramón Daumal, obispo auxiliar emérito de Barcelona, así como la presencia de un sacerdote de la iglesia ortodoxa bizantina, que ha dado un marcado tono ecuménico al congreso.

Se han hecho presentes, además, mediante cartas de adhesión y estímulo, varios cardenales, nuncios, obispos, superiores religiosos y laicos. Destaca, espe-

cialmente, la carta de la Secretaría de Estado del Vaticano, en la que Mons. G. B. Re, en nombre del Papa, «anima a no cejar en el empeño de presentar el modelo de la Familia de Nazaret a los hogares de hoy, para que les sea de ejemplo y les infunda fortaleza ante los desafíos de una sociedad marcada tantas veces por el individualismo y la huida de las grandes responsabilidades de la vida y de la fe».

Los congresistas tuvieron la oportunidad de visitar detenidamente el Templo de la Sagrada Familia de Barcelona, obra singular del siglo XIX en honor de la Sagrada Familia, debida a la sensibilidad eclesial del beato Josep Manyanet, al fervor de D. Josep M. Bocabella y al genio del arquitecto Antoni Gaudí.

Los trabajos presentados han puesto de manifiesto una presencia riquísima de la Sagrada Familia a lo largo del siglo XIX, tanto en Europa como en América, diseminada en numerosas iniciativas: templos, asociaciones, revistas y libros de espiritualidad y devoción.

En la sala del congreso podía admirarse una amplia exposición artística de las principales obras de arte del siglo XIX y una notable selección de estampas de puntilla, características del siglo XIX, referentes a las varias etapas del misterio de la Sagrada Familia y a su mensaje teológico y pastoral.

Las tardes del congreso han estado especialmente dedicadas a temas pastorales, como la presencia de la Sagrada Familia en los medios de comunicación social, las conclusiones del Congreso Teológico Internacional de Río de Janeiro, la relación entre la Sagrada Familia y la pastoral familiar y los desafíos pastorales de la familia en el siglo XXI.

Los congresistas han terminado con honda satisfacción sus trabajos aprobando nueve propuestas doctrinales y pastorales, entre las que sobresalen la celebración del próximo congreso en Roma, en coincidencia con el jubileo de las familias con el Papa, y la petición a elevar a la Santa Sede para que los fieles y las familias puedan venerar una imagen de la Sagrada Familia en la Basílica Vaticana en recuerdo del jubileo familiar del año 2000.

J.M.B.

CRISTIANDAD hace cincuenta años

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

Optimismo nuclear

En el número de 15 de septiembre de 1948, CRISTIANDAD recordaba, ya desde su portada, que la Iglesia, por decisión del Papa Pío XII, se acercaba a su cuarto año jubilar, que se celebraría en 1950. Anunciaba, además, que, con este mismo título, acababa de publicar su segundo folleto a fin de aumentar más todavía la difusión de los textos y documentos publicados ya en la revista, desde su aparición, relativos a esta efemérides. El proemio de dicho folleto fue luego recogido de nuevo en una publicación titulada *Actualidad de la idea de Cristo Rey* (1951), que reunía diversos artículos de la revista y que se cerraba, precisamente, con la reproducción de un importante artículo del P. Orlandis titulado «¿Somos pesimistas?». Más adelante transcribimos un párrafo de este artículo que fue la editorial de CRISTIANDAD del 1 de abril de 1947.

Los años jubilaes de la Iglesia contemporánea, después del Vaticano I, fueron los de 1875, 1900, y 1925. En el primero de ellos, con el Santo Padre Pío IX, se realizó la consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús. El instrumento elegido por Dios para promover esta consagración —y el que fue encargado por el propio Pío IX para anunciarlo a todos los obispos del mundo—, fue el inolvidable fundador del Apostolado de la Oración el P. Enrique Ramière, S.I. Desde entonces, de modo particular, la devoción al Corazón de Jesús pasó a ser el motor de la Iglesia, si vale la expresión. Ya no era una congregación, una cofradía o un obispado; la Iglesia misma, como tal, se consagraba al Sagrado Corazón, se ponía en manos de su redentor manifestado como el Dios-hombre que ama misericordiosamente a toda la Iglesia, a todos los hombres, especialmente los más pecadores.

El año jubilar de 1900, presidido por la consagración de todo el mundo al mismo Sagrado Corazón, lo proclamó el ya anciano Papa Leon XIII. En esta ocasión, fue la hoy beata sor María del Divino Corazón la encargada por el mismo Sagrado Corazón de transmitir este deseo expreso y animar al sumo pontífice a vencer las dificultades teóricas y prácticas que implicaban el trascendental acto pontificio. El propio Papa confesó al obispo de Lieja en abril de aquel año de 1899: «voy a realizar el acto más grandioso de mi pontificado». La consagración se anunció mediante la encíclica *Annum Sacrum* y se fijó para el 11 de junio de aquel año de 1899, en todas las

diócesis del mundo, con la fórmula que redactó Leon XIII y que él mismo también recitó en la capilla Paulina. Con esta consagración se ejercía el reconocimiento de Cristo como Señor de derecho de todo el mundo, fuesen o no católicos, único en quien el mundo entero podía confiar.

El año santo de 1925, proclamado por Pío XI, tuvo como manifestación más destacada la institución de la fiesta de Cristo Rey proclamada en la encíclica *Quas Primas* del 11 de diciembre de aquel mismo año santo, que explicitaba, precisamente en estos tiempos de creciente laicismo, la soberanía de Cristo como único Rey de todo el mundo.

Estos tres jubileos estaban esencialmente marcados por los mismos ideales que inspiraban nuestra revista. No es extraño que se aprestaran a celebrar el cuarto año jubilar con gozo y expectación.

Lo que el año jubilar de 1950 iba a ser para la Iglesia CRISTIANDAD no podía saberlo, pero hacía augurios que se cumplieron crecidamente. En agosto de aquel año Pío XII publicó la importante encíclica *Humani generis* para condenar todas las desviaciones en el campo filosófico y teológico que inficionaban a tantos miembros de la Iglesia. Consagró la Iglesia al Corazón Inmaculado de María y, con entusiasmo enorme de todo el orbe católico, proclamó, en la fiesta de Todos los Santos de aquel año, el dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo.

En 1998, cincuenta años después, nos hallamos también a las puertas de un nuevo año jubilar, y en fecha muy significativa, la del año 2000. El Papa Juan Pablo II ha programado tres años de intensa preparación, llenos de contenido espiritual, con el pensamiento y la oración puestos en la Santísima Trinidad, ayudados por la santísima Virgen de modo muy especial, y ejercitando de modo particular y sucesivo las virtudes teologales. A nosotros nos queda cumplir estos mandamientos y deseos pontificios y también, fielmente, implorar para que se renueve, muy solemnemente, la Consagración del mundo a los sagrados Corazones de Jesús y María. CRISTIANDAD desea hacerse eco de este deseo y contribuir a que se haga realidad. Por ello, resulta actual reproducir un fragmento —una vez más—, del artículo del P. Orlandis titulado «Optimis-

mo nuclear» y que ya se reproducía en la revista hace cincuenta años. En él se justificaba la razón de un optimismo en unos tiempos en tantos sentidos definitivamente calamitosos para la Iglesia y el mundo.

Estas eran algunas de las palabras del P. Orlandis:

A quienquiera que haya leído con atención, siquiera mediana, los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estruc-

turadas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo «docete omnes gentes»: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

«Copiandad»

En el número de 15 de octubre del mismo año de 1948 la revista publicaba un editorial titulado «Copiandad» en muchos sentidos insólito. Podía parecer anecdótico, a lo más, metodológico, y sin embargo, nos define espléndidamente o, si se quiere, explica el modo de ser de la revista CRISTIANDAD. Quien se tome la molestia de releerlo, verá que no necesita, por nuestra parte, ningún comentario. En todo caso, leerlo es un gozo en muchos sentidos y, en esta sección conmemorativa parece muy legítimo y casi obligado, pues se ejerce —en alto grado— la «copiandad». Este es el texto de aquella editorial:

El contacto con el genio es necesario para la vida del espíritu. El genio, como el profeta, es un don de Dios, un embajador suyo entre los hombres: es una llama purificadora del ambiente, un aventador de egoísmos, un alumbrador de serias esperanzas.

[...]

CRISTIANDAD se humilla ante el genio. Se humilla más todavía ante el Espíritu. Nada desea tanto como el hacer silencio en sí misma y a su alrededor para oírles pronunciar sus oráculos. De aquí la importancia que atribuye a su sección «Nova et vetera», que es verdaderamente el centro de la revista. Un amigo la apellidó un día, por esta razón, «Copiandad»; pocas veces se ha sentido mejor definida. Y si algo la desazona alguna vez es ver que se atiende —no le importa que sea para elogio o censura— a secciones o artículos que ella estima de mero complemento, sin otro valor, a menudo, que el ser escritos con sincero deseo de la verdad, y en uso de un derecho legítimo.

CRISTIANDAD es, esencialmente, «Copiandad» —¿Cuándo lo comprenderán todos sus lectores?— acopio de documentos pontificios, o de príncipes de la Iglesia, fragmentos de los clásicos del pensamiento católico e incluso —¿por qué no?— de autores que no nos pertenecen pero cuya doctrina o encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio y que hay que reivindicar de ellos «como de poseedores injustos», o al contrario, nos opone, en tesis tal vez bien estructuradas, un medio precioso para contrastar nuestras convicciones.

CRISTIANDAD insistirá en su método: cada día será más «Copiandad». No temerá repetirse, sobre todo cuando nos hablan los Sumos Pontífices. A los que alegasen fatiga, les respondería, afectuosamente: Lee de nuevo, medita. Fijate en quien te habla; no lo hace en vano, por hablar, por lucirse, para arrancar de ti, subrepticamente, un apoyo a sus ambiciones. No es la novedad ni el mucho saber lo que satisface el ánimo, sino el gustar las cosas internamente. Combate en ti mismo la indiferencia nacida de la familiaridad, la expresión que desdeñas —tal vez— por sabida, levanta en realidad una punta del velo que encubre los secretos de Dios. Que ella no sea para ti algo externo. Préstale la originalidad que puede encontrar en ti si tú vibras a su unísono, si permites que se reencarne en ti, que goce en ti de un nuevo, irradiante modo de ser. Préstate a brillar con su luz, a calentar con su calor, renuncia a la mezquindad de tus opiniones particulares y de tus intereses estrechos y deja que Dios habite en tu alma, y te haga socio de sus empresas. ¡Tu vida tendrá así un valor de universalidad, para bien de la humanidad entera!